EMILIE PINE

Ruth y Pen



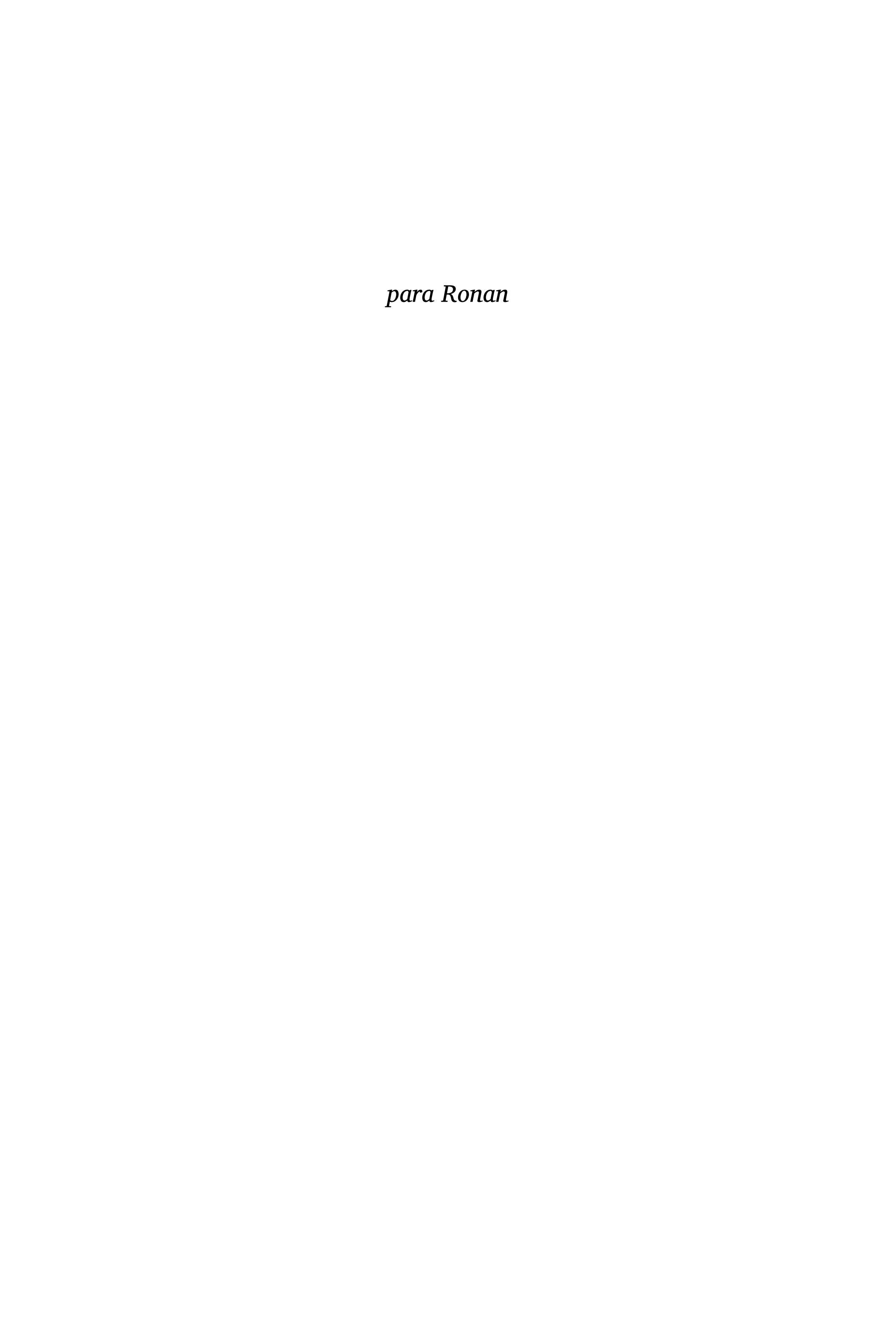
EMILIE PINE

Ruth y Pen

Traducción de Laura Salas Rodríguez



RANDOM HOUSE



para Ronan

6.19

Ahí está.

Ruth se despierta con la vejiga llena, aún medio soñando que está en otro lugar. Dónde era, dónde estaba, mejor no, quiere saber dónde está ahora. Lunes por la mañana. En casa. Y el otro lado de la cama vacío.

En el baño enciende la luz, se sienta a hacer pis, y comprueba automáticamente la ropa interior. No hay sangre. Un agradecimiento silencioso. Lo comentará más tarde en el hospital. ¡Todo bien! ¡Solo una revisión! Pero no es tan fácil acallar el miedo. A lo mejor debería volver a la cama un ratito más, aún es bastante temprano. Pero tiene la sensación pegajosa que sigue a una noche febril. Mejor ducharse.

Se agacha para ver si está quitado el tapón y la asalta un mareo, una neblina.

«¿Esto es lo que quieres?», había preguntado él la noche anterior, cuando estaban a punto de colgar. Y Ruth había pensado: ¿y si digo la verdad? Aunque a lo mejor aquello no era una pregunta de veras. A lo mejor no quería saber la respuesta. Ruth es incapaz, aun ahora, de recordar la entonación. «¿Esto es lo que quieres?». ¿Era una pregunta o una acusación?

Las cañerías emiten el gruñido habitual antes de que salga el agua, una pausa recriminatoria (tenía que haber llamado para la revisión del calentador, por favor, que no se le estropee a ella). Ruth se mete bajo el agua, siente el primer chorro de calor en la piel. Pero la pregunta no la abandona. A lo mejor debería cerrar el grifo, salir, echarse atrás y devolverle la llamada a Aidan. Se imagina preguntándole: «¿A qué te referías con "querer"?». Pero seguramente él siga dormido, nunca lo despierta nada: ni el ruido, ni la agitación emocional, nada de nada; se ha dormido, o está durmiendo, a pesar de todo. Es un agravante más en sus argumentos contra él: es un dormilón.

Se enjabona dos veces con champú, últimamente lo hace así: una vez con el barato, otra con el de hierba limón. A veces se echa un chorro de agua fría al final. Pero esa mañana Ruth pone el agua caliente al máximo, con la esperanza de derretir la ansiedad que le pesa en el pecho.

Cierra el grifo; el ventilador aún no ha parado de girar. A lo mejor su vecino, al otro lado de la pared, que en realidad es muy delgada, lo oye, la oye, la conoce. El clic de los interruptores revela la intimidad, el ritmo de la vida de otro. Corre de nuevo la cortina de baño, sacúdete, pisa el felpudo. «Somos animales autodomesticados», había dicho él una vez, al principio, y ella se había resistido entonces; quería algo más que la imagen de un rebaño de vacas metiéndose solas en un establo; el amor romántico debería inspirar una imagen mejor. Y ahora, ahí están: desdomesticándose.

La toalla se enreda un poco en el gancho de la puerta, tuércela hacia arriba, tira hacia abajo, envuélvete en ella, intenta recordar lo que dijo antes de lo de querer. Algo de que ella «no tenía para nada en consideración…». Pero había desconectado antes de que llegase la ofensiva (el instinto de protección), así que ahora no puede decir exactamente qué era lo que ella no tenía en consideración, aunque, claro está, a lo mejor se lo puede imaginar. La cosa es que ella tiene mucho en consideración, demasiado. Vuelve a la habitación, mira el reloj, aún no han dado las siete, descansa en un lado de la cama, solo un momento. En realidad no resultaba sorprendente que no se hubiese quedado con lo que él decía.

Él no había vuelto a casa. Él no había vuelto a casa, esa era la cuestión. El domingo por la mañana había llegado, y pasado, y a mediodía lo único que había recibido era un mensaje que decía: CON RETRASO. Podía haber ocurrido cualquier cosa.

Ruth debería vestirse, secarse el pelo, tranquilizarse. Pero se siente atrapada en el borde de la cama. De la cama común. De la cama de ella. Primer cliente a las ocho y media. Cuando lo escribes en la agenda siempre parece una buena idea: lunes por la mañana, sesión a las 8.30. En plan, sí, es una buena forma de empezar la semana. Ahora parece un

acto de sabotaje más. Hay unos hilos colgando de la toalla (regalo de boda); tira de uno. Tiene los pies helados, pero aun así no se mueve. «Sirena»,[1] solía llamarla él, mientras ella se quedaba tumbada entre las sábanas tras el acto sexual o enroscada en el edredón, cuando estaba limpio y duchado antes que ella. «Querida sirena, hora de levantarse». Se enciende la radio, con las noticias. «Buenos días, son las siete de la mañana del lunes 7 de octubre…». Quizá esto le pasa por gustarse a sí misma. Siempre ha sido la cantinela de su madre: «Vaya, hay quien está encantado consigo mismo», como quien diagnostica un desliz al emitir un juicio moral. ¿Eso es lo que ha hecho ella, estar encantada consigo misma, meter la pata, ahuyentar a Aidan?

Ruth debería pensar en la ropa, pero no tiene ropa para quien se supone que va a ser ella hoy. Terapeuta. Paciente. Esposa. ¿Esposa? Se pone en pie, hazaña monumental. La cadera derecha está rígida, se da un masaje con los nudillos en la punta. ¿Le pasará algo al hueso, al hueco, a la articulación? ¿O esas son las cosas que hace el cuerpo a los cuarenta y tres? Abre el armario de un portazo, elige. Huir. O quedarte. O solo qué chaqueta ponerte, Ruth, «no hay que hacer una montaña de todo».

La noche anterior, cuando por fin llamó Aidan, le dijo que la conferencia de ventas había acabado el sábado. Pero se había sorprendido a sí mismo, eso dijo —como si de alguna forma no pudiese evitarlo—, se había sorprendido a sí mismo prolongando la reserva. Conque de retraso nada. «La habitación estaba disponible», dijo él. Ruth mira el espejo, ve su rostro arrugado y sereno, ve su cuerpo con el traje azul marino y piensa: bueno, esta soy yo. Pero el pensamiento queda ahogado por el rugido del secador.

Ya en la planta de abajo, echa una mirada al reloj y se dice que no tiene tiempo para desayunar, pero de todos modos no puede ni pensar en ello, es como si la leche fuese a cortarse en su interior. «No eres fácil», le había dicho Aidan, y ella había sido incapaz de contestar, presa de la furia, ¿o de la tristeza? «No sé cómo me siento», había conseguido decir. «¿No es ese tu trabajo?», había contestado él.

Ruth prepara la bolsa, coge el abrigo, se cerciora de llevar llaves y

cartera, cierra la puerta principal tras de sí. La brisa de octubre le roza la piel, húmeda, fría. Mira el cielo. Dos minutos menos de luz cada día hasta diciembre. ¿Ha echado la llave a la puerta? Regresa para comprobarlo. Cerrada con llave, por supuesto. Cuesta abrir el portón del jardín, debería engrasarlo o rociarlo con algún tipo de aerosol, lo que fuese que había que hacer. La plaza aún sigue tranquila, con aspecto aletargado. Les hace gracia que la llamen plaza porque solo tiene tres lados. «El triángulo de Brighton», ¿cuántas veces se ha reído Ruth? ¿Alguna vez ha mostrado tanto engreimiento? Estar encantada consigo misma es su pecado original.

Pero, por otro lado, Ruth dobla la esquina, haces bien en estar encantada contigo misma, porque eres la única persona que te acompaña en la vida. Aunque te casases, aunque entrases en una sala llena de gente (a excepción de su madre, a quien no convencería nunca), aunque te plantases allí para decir —prometer— que siempre estaríais juntos, la realidad es distinta. Te tienes a ti y punto. El lado vacío de la cama da fe.

Ahora está en la carretera principal, el ruido del tráfico, la imagen de otra gente en la calle, el olor a café del sitio nuevo junto a la tienda de suministros de oficina. Como todos sus sentidos, activándose. Solo las siete y algo, pero ya hay caravana de coches. Hay tres personas esperando en la parada de autobús; Ruth cruza en el semáforo y ocupa su lugar en la cola.

No es que ella no se haya hecho la misma pregunta. ¿Esto es lo que quiero?

La verdad es: No.

La verdad es: Sí.

7.10

Dos chicas besándose en Instagram. *Duae puellae osculantur*. ¿Qué significa (¿reconforta o agota?) que te dé una sensación de calidez pero también te ponga nerviosa? Si quieres a alguien, ¿eso implica a toda costa besarlo? ¿Y qué pasa si una persona quiere besar a otra y la otra quiere hacerlo solo mentalmente? ¿O si quieren hacerlo en realidad pero tienen miedo de lo que puede ocurrir si alguien les toca la cara?

Pen no debería mirar el teléfono antes de levantarse de la cama, siempre la hace sentirse así, como muerta, y no quiere eso hoy, hoy va a ser un día genial. Tampoco es que las chicas de la foto estén juntas de verdad, es todo de mentira, un anuncio de algo, de vaqueros a lo mejor, y se supone que tienes que pensar que es algo alegre para que quieras comprar justo la misma ropa. Tienes que sacar muchas conclusiones a partir de una única cosa. (Al parecer cada post supone cuatro gramos de carbono, cosa que agota. Pero por otro lado está en línea, y eso es reconfortante, porque se le da mejor estar en línea que en la Vida Real). Tampoco es como volar. Un vuelo, aunque sea solo a Inglaterra, es tanto carbono que resulta inimaginable. ¿Y cuántos vuelos, en una vida? Agota. A no ser que fabriquen combustible aéreo a base de hidrocarburos, eso lo reduciría, aunque seguiría teniendo un coste. Cada vez que haces algo, algo muere. Pulsa el centro de la pantalla para megustearlo (una de las chicas es pelirroja), y eso significa otros 0,2 gramos de carbono, así que ha matado algo. Perdón.

Pen está en la cama tapada con la manta, mirando los estores negros y pensando en sacar un pie, en levantarse incluso, aunque eso necesita algo más, un tipo diferente de energía. A lo mejor consigue encontrar una forma de hacer algo sin matar nada. Si se queda allí tumbada, conteniendo la respiración, ¿es neutral? (La gente dice «No contengas la respiración», como si el miedo a asfixiarse superase automáticamente

la necesidad de esperanza). Pen nota el aire comprimido en sus pulmones, hasta que recuerda que hoy será un buen día y lo expulsa de golpe.

Hoy le cogerá la mano a Alice y a lo mejor ni siquiera necesita hablar, a lo mejor el gesto basta, ya se han cogido de la mano antes, pero ahora le parece de lo más inocente, porque antes eran… (¿Qué son?). En cualquier caso, Pen se siente agradecida, eso es, se siente agradecida al estar de pie a su lado, de que le pregunten, de que alguien la haya elegido. De que Alice la haya elegido. Hoy todo saldrá bien. Se encontrarán como han planeado, y pasarán todo el día juntas. Pen ha reservado los billetes para más tarde (¡un concierto!), pero Alice solo sabe que hay una sorpresa; eso a Pen le procura una sensación inefable, es un estremecimiento que le recorre el cuerpo, y le cogerá la mano a Alice y también dirá lo que quiere decir, no dejará que le importe lo que piensan los demás, hoy las palabras brotarán, forjadas y conducidas por el amor y la aspiración, que significa a la vez «aliento» (*spiritus*) y «esperanza» (*spero*).

No le llega ningún ruido de la otra habitación. Soraya todavía no se ha levantado. Pen se arriesga a mirar de nuevo el teléfono, 7.30, pronto su madre se pondrá a dar golpes con el mango de la escoba, siempre es mejor levantarse antes de eso. Hay una foto de una cantante, podría ponerse ropa amplia, la ropa es fea (hasta Pen lo sabe), pero la chica que la lleva es tan especial que la luz emana de ella; puede fingir ser fea. Es un rollo que esas fotos te den ganas de ser otra persona. «Seguro que tiene que ponerse un montón de maquillaje para cubrirse los poros y las ojeras, y tú eres tú, Pen, eres preciosa tal como eres, mira la fuerza que tienes». Su madre siempre está diciendo cosas así. «Esta casa no es un hotel», esa es otra de sus frases favoritas, y eso que es obvio. Qué guay sería vivir en un hotel y ver películas y pedir cosas al servicio de habitaciones. Ella y quizá Alice. O a lo mejor ella sola.

Pen se lleva las rodillas al pecho y las rodea con los brazos, tumbada de lado; su cara resbala de la almohada hasta el colchón, y recuerda la noche en que estuvo tumbada así, y Alice, con su asombrosa belleza, se tumbó junto a Pen, rodeándola con los brazos por detrás, pero

suavemente, y le acarició el brazo, mientras apoyaba la cara en la espalda de Pen y susurraba tan bajito que Pen se preguntó si de veras había habido palabras o solo pensamientos que se movían entre ellas. Los dedos de Alice se habían detenido en su brazo, y se adelantaron un poco, solo un poco, hasta que las puntas de sus dedos, solo las puntas, de tres dedos, se habían posado sobre el pecho derecho de Pen. Alice había susurrado que podían hacer como que estaban solas en el mundo, y se habían quedado allí tumbadas; Pen no se movía, solo contenía la respiración (por favor, contenla). Entonces debería haberse girado hacia ella, porque Alice había sido muy valiente y Pen no había dicho nada, ni hecho nada, y luego algo había cambiado, algo se había desplazado, Pen lo sintió, y de nuevo fue un simple abrazo. Pero durante un momento había habido algo, ella sabe que sí, y es un hecho: algo más que un abrazo.

Pen se incorpora, la manta se cae, hoy es el día, tienen el día entero para la cita más larga y perfecta del mundo. Levanta el estor y no está lloviendo, es una buena señal. Date prisa en ir al baño para llegar antes que Soraya. En la ducha, Pen se enjabona entera, pasándose la mano por la piel suave y tierna, tocándose suavemente donde todavía se nota los bultos. Todavía se están curando, eso es lo que dijo el médico y, si Pen sigue poniéndose el aceite con vitamina E, pronto nadie se dará cuenta. Pen piensa que si se cura realmente será porque otra persona la toca, toca las líneas abultadas que corren formando filas exactas por la carne tierna y rosa de sus muslos.

Pen cierra el agua caliente, ¿cómo se puede aguantar tres minutos? Limpia diligentemente los azulejos de la pared (esta casa no es un hotel). A lo mejor debería usar la crema buena de su madre para la cara. En el tarro dice «brillo», quizá ayudase a que Alice la viese como ella ve a Alice. Brillo. Brillante. Pen desempaña el cristal con la mano. Qué gracioso que, cuando te miras al espejo, te ves la cara de una forma que nadie ve, te miras a tus propios ojos. Pen se pregunta si eso quiere decir que sabes mejor que nadie qué aspecto tienes; mejor, en este caso, significaría más exacto, pero ¿también quizá mejor? ¿O peor? O significaría ambas cosas. Pen se tiene prohibidos los selfis porque, en

las fotos, sus ojos no salen como tienen que salir, toda su cara está de algún modo fuera de línea, yo no soy así, le entran ganas de decir. Su madre le dice que no se preocupe tanto, que «no te está mirando nadie, Pen». En secreto, muy en secreto, Pen teme ser vanidosa (y, además, la está mirando todo el mundo). *Ecce! In pictura est puella*. Así es como empiezan todas las historias, y su libro de latín.

«Lo que cuenta es lo que está en el interior», recita su madre una y otra vez, diciendo cosas como «la cuota del espejo», porque «en esta época, las jóvenes minan su ambición luchando contra tanto mensaje negativo». La madre de Pen habla así, a veces suelta discursos. Le viene de ser profesora de universidad. Y también tiene reglas sobre mirar cosas por internet, sobre mandar mensajes a otra gente cuando estás con alguien, y sobre que la hora de comer es tiempo de calidad, como si el tiempo tuviese diferentes calidades (sea buena o mala, transcurre a la misma velocidad). Aunque, en realidad, eso no es así. El tiempo transcurre con mayor rapidez cuanta más altitud hay, así que, si Pen está arriba y su madre abajo, su tiempo es más rápido o está más comprimido o algo que el de su madre, pero ¿quién puede decir si es de mejor calidad? Lo que está en el interior no es la respuesta correcta, en cualquier caso, porque ¿qué pasa si lo que contiene es aún más distinto? Eso es otra cosa que Pen no puede decir, que solo puede pensar, porque si lo dice en voz alta tendrá que oír una charla en plan «todos somos diferentes». Está claro, piensa Pen exasperada cuando le toca esa perorata en concreto.

Diferente es como especial, una de esas palabras que la gente usa con un tipo de énfasis que les hace pensar que están teniendo tacto. «Di lo que realmente piensas», le entran ganas de gritar a Pen, pero si lo hiciese la gente le diría que está sobreexcitada. Al menos la mujer-terapeuta está de acuerdo. Y al menos comprende que lo que Pen necesita no es tanto una etiqueta como estrategias para calmar el caos del mundo. De acuerdo, entonces, dice la mujer-terapeuta. Intenta sentir los desencadenantes, Pen. Siéntelos. Nómbralos. Conócelos. Mírate las manos, porque eso te dará sensación de control. Cuando la gente te habla, no los mires a la cara: demasiados estímulos. Cuando

tengas el cerebro demasiado cargado, intenta averiguar qué es: ¿pensamiento o sentimiento? ¿Qué sentimiento es? ¿Positivo, negativo, neutral? Pen ha convertido la observación en su aliado. Antes Pen la llamaba solo «la mujer» porque tener que ir a una terapeuta constituía la prueba de que no era como las demás chicas, pero su madre le decía: «Venga, Pen, no caigas en la vieja trampa de la vergüenza». Porque su madre también tiene terapeuta. Así que Pen se inventó su propia etiqueta.

La habitación de Pen es difícil, no hace falta mucha observación para darse cuenta. O está en perfecto orden o es una leonera, y hoy es una leonera, cosa que dificulta lo de llegar a la puerta, porque tiene que saltar y rodear cosas, y eso siempre es complicado. Debería mantenerla ordenada, pero tener que hacer algo no significa que lo hagas, y a veces le entran ganas de gritar que, aunque observe todas las reglas, eso no implicará que no vaya a ponerse tensa, o a quedarse paralizada, o a chocarse con las cosas. Pen lo había dicho tal cual en una sesión y la mujer-terapeuta había hecho una pausa y había parecido que se echaba a reír, pero no podía ser, claro, porque eso iba contra las reglas, y después contestó: «Bueno, Pen, es normal, solo eres una adolescente». Así pues, Pen se sintió mejor y se permitió un portazo al llegar a casa; luego, en la cena, su madre preguntó: «¿A qué venía eso?», pero no se alteró. Nada de eso ayuda en este momento a Pen porque todas sus cosas están por todas partes, así que se limita a coger de la silla la ropa chula para la cita y nota el tejido suave y blando sobre la piel, cosa que la hace sentir mejor de inmediato. El suelo, que es el techo de su madre, hace un ruido sordo y, sea cual sea la velocidad del tiempo, es hora de bajar.

El plato hace pum, la tostada crunch, y Pen arruga la cara ante los chirridos de la bomba de agua porque es horrible cuando los demás hacen ruido. «Ten cuidado hoy», le dice Claire. Claire es la madre de Pen; tiene las mejores intenciones y solo piensa en mantenerla a salvo, pero no tiene ganas de que vaya, Pen lo sabe, porque no lo entiende.

Pen lo hace por amor.

—A lo mejor… Bueno, no todo el mundo estará allí necesariamente por las mismas razones que tú, y habrá bastante jaleo.

Pen se limita a concentrarse en la línea de pastillitas sobre la mesa, en la sensación del cereal amarillo reblandeciéndose en la boca.

—Puedes marcharte cuando quieras —insiste Claire, porque su hija odia el ruido, odia que haya gente a su alrededor, prefiere estar sola, de hecho es totalmente feliz cuando está sola, así que lo pasará mal en una manifestación con centenares de personas. Claire se pelearía a muerte si alguien le dijese que a su hija no debería permitírsele hacer ciertas cosas, pero también, a veces, desearía que se quedase en casa.

—A ver, el cambio climático es importante, pero yo preferiría que fueses a clase…

—¡CLAIRE!

Bueno, al menos es una respuesta. Pen había hecho que el día libre sonase como una lección de civismo y Claire está familiarizada con las huelgas, y exime a los estudiantes de sus propias clases los viernes, pero hoy es lunes y Pen está en quinto, en realidad da igual que la lengua inglesa se le dé casi mejor a ella que a su profesora, asistir a clase es importante, y Claire sabe que hay varias formas de aprender, pero duda mucho que en el examen de geografía se incluya una sección sobre el grupo Extinction Rebellion.

Incluso Pen, cuando se para a pensarlo, siente la amenaza de los exámenes pendiendo sobre su cabeza, un nudo en el estómago. Pero, por otro lado, eso le pasa todos los días.

¡Bang! La mayor parte del ruido proviene de la persona menor. Soraya está intentando llamar la atención. Pen no puede verla, no levanta la vista y sigue observando la leche del bol, los escasos copos que flotan (se rumorea que hay más sal en un cuenco de esos cereales que en el mar), pero oye cómo patea, cómo lloriquea, cómo jadea. Ahora pide una manzana, «para el cole». Ni siquiera le gustan las manzanas, piensa Pen, pero después, mientras Claire se dirige a la

puerta del frigorífico y agita las bolsas para sacar la manzana y, mientras Pen se imagina empujando a su hermana para que se quite de en medio, nota que Soraya se inclina y le susurra: «Que lo pases bien hoy». Pen se queda tan sorprendida que levanta la vista hasta la beatífica sonrisa de Soraya. Es el efecto yoyó de la familia O'Neill, así lo bautizó Sandy: cuando estás a punto de empezar a pensar que esa no puede ser tu familia, que te están volviendo loca, uno de ellos se da la vuelta y hace o dice algo que te hace sentir fenomenal.

Y, de repente, hoy va a ser de nuevo un buen día, Pen lo siente en los huesos. Su madre pone una manzana en la mesa delante de ella.

—Carga el lavavajillas, guarda los platos secos de anoche, y por favor ordena tu dormitorio porque es un completo desastre, Pen, y esto no es un hotel.

Claire ha decidido que a lo mejor consigue que su hija haga algunas tareas domésticas; está acabando de preparar su bolsa, con el abrigo en la mano.

—Aquí tienes algo para hoy. —El dinero en la mesa—. Acuérdate de comer y ponte el impermeable, no me importa si no mola, no quiero que cojas un resfriado. —Pen asiente—. Ya podrías decir algo de vez en cuando.

La voz de Claire parece irritada, pero no: estaba intentando hacerse la graciosa.

Pero Pen levanta la cabeza, mira a su madre y después levanta las manos y las agita. Soraya ahora tiene las manos levantadas y Claire también, un círculo irrompible. Las mujeres O'Neill.

—Que tengas un buen día, te veo luego, para la pizza del lunes por la noche.

La puerta de la entrada se cierra con un portazo, las paredes retumban un poco.

Hoy Pen no temblará, hoy saldrán las palabras, hoy le cogerá la

mano a Alice.

7.23

«¡Buenos días!», dice la voz, y Ruth levanta la vista mientras piensa: y ahora qué / ay, no / ¿dónde está el autobús? Porque no tiene ganas de hablar, se siente incapaz, pero es Stephen, y deben de llevar años sin verse, se conocen del colegio. Qué alto es. De repente, Ruth recuerda que va sin maquillar.

—Conque resolviendo los problemas del país, ¿eh? —dice Stephen, y eso desconcierta a Ruth, porque ¿de qué está hablando? Y luego cae en que se refiere a las llamadas de los oyentes a la radio, pero ¿cómo lo sabe? ¿No trabajaba en el extranjero?

—Ya, está muy bien, hay muchos problemas —responde ella, y parece tonta—. Es un reto —explica, intentando ganar terreno, pero perdiéndolo de nuevo ante un pensamiento confuso—. ¿Tú no estabas en Australia?

—He vuelto para vender mi apartamento. —Stephen señala hacia Terenure Cross con la mano—. Quiero comprarme una casa allí… Y puedo fichar desde la oficina de Dublín, aunque la diferencia horaria es un poco puñetera.

Ruth se limita a asentir.

—En realidad iba al gimnasio —dice Stephen, y levanta la bolsa a modo de prueba—. No estoy esperando el autobús. Solo soy un viandante, o un transeúnte, jeje.

Ruth tiene el cuello dolorido de mirar hacia atrás, e intenta echar un sutil vistazo al panel de información. Sigue poniendo 1 MIN /1 NÓM. Venga, venga, le ordena.

—Me gusta seguirte —dice él, y luego, de modo sorprendente—: Tener tu voz en mis oídos. —Stephen sonríe y, como ella sigue impasible, él se señala a un lado de la cabeza, como si ella no hubiese comprendido el concepto «oído»—. Podcast —concluye él.

—Ah. Qué raro —dice Ruth, porque, a ver, ¿qué se puede decir a algo así?

—¿Va todo… va todo bien, Ruth? —La cara de Stephen revela asombro.

—Lunes por la mañana —dice Ruth, con un destello de pánico. No dice «y mi marido no volvió a casa ayer».

—¡Claro, el «Manic Monday» de las Bangles! —Stephen esboza una amplia sonrisa y hace un gesto con la cabeza ante el comienzo de otra semana. Suena el estruendo de un motor y llega el autobús—. Buena suerte con ese lunes. A lo mejor podíamos ponernos al día antes de que me vaya, ¿qué te parece?

—¡Genial! —Ruth amaga un saludo incómodo con la mano, porque ya está en el escalón, y, mientras mira hacia atrás, asintiendo (ambos saben que no se pondrán al día), piensa que la sonrisa de él parece un poco forzada.

Ruth pasa la tarjeta y, mientras sube las escaleras, piensa en esa noche en la que alguien cumplía veintiún años. Ella y Stephen se habían visto y de repente estaban abrazados, y se confesaban, entre borrachos y asombrados, que se gustaban en el colegio pero les había dado vergüenza, y esa noche fue distinta, sin inhibiciones, tenían todo por delante, sus futuras vidas emocionantes, y se habían puesto a charlar y a besuquearse en el parque, él la ayudó a pasar por encima de la reja y de repente estaba amaneciendo y ambos estaban en la cama de él. ¡Ay, Dios, el día siguiente! A Ruth no se le daban bien las resacas. Stephen había mandado un mensaje, y al principio todo era muy romántico y acababa los mensajes con «besos», pero luego resultó que tenía una novia intermitente que ya no era para nada intermitente sino muy fija. Y de todos modos Ruth se iba de viaje. Hace una mueca al recordar lo real que había parecido todo.

El autobús cruza Harold's Cross, y Ruth casi siente cómo envejece. ¿Fue esa la época más libre de su vida? Las horas y los días que habían desperdiciado habían sido un lujo, desde luego. Pero, en aquel

entonces, ¿fue todo tan maravilloso? ¿Se había sentido libre? Ruth casi se estremece. Todo era posible, eso era lo que todo el mundo le había dicho. «Tienes toda la vida por delante». Tenían buena intención, pero que todo fuese posible venía a ser casi igual a que nada lo fuese.

Ruth abre el minúsculo espejo de bolsillo. Mira la imagen con suspicacia, ¿cómo podría parecer una persona normal? Vale, pásate la barra de maquillaje que promete iluminarte la cara, y luego aplícate el polvo. Cierra el estuche y saca el rímel con una mano, píntate las pestañas con el cepillo que sujetas con la otra. Mierda, casi se me cae. Mira de nuevo el espejo para comprobar el efecto. Ruth se da unos toques de rosa en las mejillas. En realidad todo es en vano, todo parece en vano. ¿Acaso no es absurdo quitarte el rojo de una parte de tu cara para colocarlo en otra?

El autobús va dando sacudidas por Clanbrassil Street, que ahora es más moderna: ya no está el matadero, tampoco las viejas casas que derruyeron cuando ella era pequeña para hacer sitio a los nuevos carriles bus, lo que aceleró las cosas en la ciudad. Ruth siente la atracción de la casa de su madre, podría verla si estira el cuello, Lombard Street. Ahora es la casa de otra persona, las glicinias siguen creciendo sobre la puerta. No la buscará; total, no es más que una casa.

Dejan atrás Saint Patrick, luego aparece la catedral de la Santísima Trinidad. Un último vistazo al espejo antes de meterlo todo en el bolso y bajar. El autobús gira y pierden de vista la catedral, donde ella y sus amigos cantan en Navidades, la genuflexión anual, canciones y velas. Y luego pasan por el pub Lord Edward, en la esquina. ¿Seguirá habiendo serrín por el suelo? ¿O quizá eso solo existió en su imaginación? Se detienen con un temblor.

Se apea, y el aire sigue oliendo a lluvia, aunque el cielo está menos oscuro. Ruth gira a la izquierda, por Cow’s Lane, normalmente le gusta esta calle inventada, con su yoga, sus tatuajes, sus plantas y sus libros. ¿Cuándo fue la última vez que leyó un libro? Esa era la verdadera libertad: no tener tiempo que malgastar, sino tiempo para hacer lo que querías. La parte trasera del teatro, y todas esas callejuelas, todos esos pasajes, habían sido relegados al olvido. Era extraño pensar que aquello

había sido una vez el centro de la ciudad, antes de la subida al castillo, el corazón de las cosas. Es lo que provocaba el paso de unos centenares de años: trasladaba las fronteras. La tiendita en la que ella le había comprado a su madre aquellos guantes de cachemira unas Navidades, «Hechos en Irlanda», decía la etiqueta, pero de aquella mujer no podía esperarse aprobación. El monumento que conmemora las lavanderías de las Magdalenas, en la esquina; otros días, días que no son hoy, Ruth se pone enferma solo de pensar en esos asilos, porque su vida ha sido realmente una larga libertad. Hoy, sin embargo, pasa de largo, ajena.

Llega a Parliament Street y echa una mirada al pub en que trabajó durante los años de universidad, en la época en que había pocos lugares donde los hombres pudiesen cogerse de la mano. Grattan Bridge. Mientras espera en el semáforo, Ruth piensa en Aidan, maldita sea, con lo bien que iba. «Mira —había dicho él un día deteniéndola conforme cruzaban y señalando los adornos de hierro del puente—, mira, son caballitos de mar». Luego le explicó que eran un símbolo de lealtad, porque se emparejan para toda la vida. También son únicos, le apetece decirle ahora, tras alzar la vista hacia ellos, porque el caballito de mar macho es el que gesta las crías.

Capel Street, que lleva ese nombre por alguien, ¿quizá un conde? Ahora parece lejos de eso, con tanta sopa, sushi y bibimbap. Qué raro, piensa Ruth parando ante un escaparate, llega el olor de las aceitunas o de las especias y el hecho de que tu marido posiblemente/quizá/probablemente te odie puede quedar a un lado, casi caer en el olvido, ante la expectativa de comer. Ruth asiente a la señora que hay tras el mostrador al entrar en la tienda. (¿Griega? ¿Turca? ¿Es maleducada por no saberlo?). «Sí, esos», dice el hombre de delante, señalando una bandeja de baklavás cubiertos de pistacho. La mujer se lo entrega y le sonríe a Ruth, que vuelve a asentir como diciendo que puede esperar.

La masa le calienta la mano y el papel ya se ha empapado de aceite. Ruth baja el borde para dar un mordisco. Camina por la calle (por su calle, la reivindica) mientras se permite saborear la masa, crujiente, salada, con sabor a queso. Borek. Siente los pies en el suelo, el calor a través del papel, y la grasa del aceite en los labios, y todo apunta a que

quizá consiga sacar adelante el día.

Ruth entra en el estrecho zaguán. Está oscuro y silencioso, debe de ser la primera en llegar. Recoge los folletos de pizza y masajes, los coloca en la estantería y sube las escaleras, arriba, arriba, arriba. Ahora, todo un modelo de eficiencia, enciende las luces, pulsa el interruptor de la calefacción, porque siempre hace más frío después del fin de semana, y enciende la luz de su escritorio. Su hogar, en cierto sentido. Va a la cocina, llena el hervidor de agua, coge una taza, menudo batiburrillo, tendrían que ordenar los armarios de la cocina, mide el café que echa en la cafetera, oye que el agua empieza a hervir, comprueba que la luz se apaga. Hay una cuchara en el fregadero, ya la lavará más tarde. Ya lo hará todo más tarde. Ruth lleva la taza a la habitación de al lado y se inclina sobre su escritorio; saca la carpeta de notas, echa un vistazo. En la página se ve su letra, sus comentarios impresos, todo en orden. Sí, sabe quién es esa persona. Mulle un cojín, acerca la caja de pañuelos a la silla. Pausa. Hay tiempo.

«Debes de oír historias interesantes, ¿no?». Era su primera cita. Aidan había mostrado un interés que parecía genuino, ¿eso había bastado? ¿Eso había bastado para querer sincerarse con él? Para explicarle que se sentía impotente ante la gente que sufría y se confiaba a ella. En lugar de eso, había dicho que la asombraba (aún la asombra) la cantidad de energía que consumimos en sentirnos mal con nosotros mismos. Le había contado que, dejando aparte los detalles, el dolor de casi todo el mundo es el mismo. Después se había callado, consciente de la distancia entre lo que sentía y lo que estaba diciendo. Más tarde, Aidan le dijo que aquella reticencia —él la había llamado timidez— le había resultado encantadora, y entonces ella tampoco había dicho nada para corregir aquella falsa impresión. Aidan. Ellos no eran caballitos de mar.

Suena el timbre. Se aparta de la ventana, va hacia la pared, pulsa el

botón. Ruth oye el eco de una voz, habla, le abre la puerta a Anthony. Le queda un minuto, porque Anthony subirá despacio las escaleras, no le gusta llegar sin resuello, y Ruth suspira de nuevo en un intento por aclararse la mente, por asentarse, por prepararse para escuchar, por trazar una línea entre su vida y esta otra.

8.01

Los cubiertos se colocan con las puntas y los dientes hacia arriba. Pen los recoloca según el tipo: junta los cuchillos, los tenedores, pone las cucharas al otro lado. Cuando las cosas están en orden tienes cierta sensación. «Cabeza hueca» significa tonto, pero qué alegría sería tener de veras una cabeza hueca, sin los ecos de gente idiota diciendo que eres un juguete roto. Pen le preguntó a la mujer-terapeuta en la primera sesión si hablar era la única forma de sacarse las cosas de la cabeza. La mujer-terapeuta dijo que a) Pen tenía razón, que no es un juguete roto, y que por tanto no necesita que la arreglen, b) que sería maravilloso que el mundo pudiese estar hecho a la medida de todos, y c) que nadie tiene que hablar si no quiere. Así que a veces se limitan a sentarse en silencio y, en cierto modo, es como tener la cabeza hueca.

«¿Qué se siente con la cabeza llena?». Esa fue la pregunta de la mujer-terapeuta. Pen se había limitado a sacudir la cabeza, así que la mujer-terapeuta le había pedido que la semana siguiente le llevase unas palabras escritas para que se pusieran con ellas poco a poco. Cuando encuentras las palabras correctas es como si consiguieses enfocar el mundo, pero cuando Pen intentaba encontrar palabras para los sentimientos que había dentro de su cabeza era como estar ante una pared de palabras. Así que la mañana en que tenía la siguiente cita, Pen seguía sin haber pensado en nada que decir, ni siquiera que escribir. En lugar de ello, había cogido uno de los libros de poesía de su madre, Dickinson, con letras doradas en el lomo. Cuando entró en la habitación, lo abrió por la página y lo sostuvo para enseñarlo.

Sentí como un entierro en mi cabeza…

Y la mujer-terapeuta dijo: «¿Así es como te sientes?», y Pen asintió y

entonces la mujer-terapeuta le pidió que le enseñase qué versos encajaban más con sus sentimientos. Pen señaló el primer verso y luego, cuando se dio cuenta de que la terapeuta esperaba que dijese algo más, leyó lentamente:

Una vez ya sentados, el oficio
empezó a redoblar como un tambor,
y siguió redoblando hasta dejarme
la mente entorpecida.[2]

La mujer-terapeuta asintió de nuevo, y Pen se dio cuenta de que por fin había encontrado a alguien que sabía escuchar. Luego la mujer-terapeuta explicó que pensar en cosas —como pensar que tenías que hacer algo, o preguntarte qué pensaban de ti otras personas, o preguntarte si tu madre estaba bien—, que cada uno de esos pensamientos era como abrir un archivo en tu cerebro. Y cuantos más pensamientos tuvieses, más se llenaba tu cerebro de archivos abiertos, que parpadeaban y hacían ruiditos para recordarle a tu cerebro que estaban allí. Así que si tenías muchos «pensamientos activos», dijo la mujer-terapeuta, era como si tu cerebro se llenase de lucecitas intermitentes y ruiditos. Y eso bastaba para asustar a cualquiera.

Pen aclara los boles y la sensación del agua en las manos le supone un cierto alivio, por eso ha elegido esa tarea. Los boles en la repisa de arriba, empezando por detrás, de modo que su peso no cargue demasiado los goznes. La sala de terapia está tranquila, silenciosa y como vacía, cosa que a Pen le gusta ahora que lleva yendo el tiempo suficiente como para relajarse y mirar más a su alrededor. Pen se sienta frente a la mujer-terapeuta, cosa que significa que también está ante la ventana, de modo que puede ver el cielo y, como están en un piso alto, contemplar las azoteas de los edificios al otro lado de la carretera, una panorámica de tejados (si Pen escribe alguna vez un poema, seguro que incluirá la palabra «panorámica»). Cuando está allí, en la sala, y la

mujer-terapeuta le explica que hay estrategias para apagar las luces intermitentes de tu cerebro, para que las cosas se calmen, todo cuadra y Pen asiente, da las gracias y al final se va a casa. La semana pasada le contó a la mujer-terapeuta lo de la manifestación y lo de la cita con Alice, y le dijo que se sentía tranquila al respecto. Pero hoy todo parece más complicado. ¿Qué pasa si no le dejan espacio, o si gritan demasiado? Porque muchas veces la gente no la deja respirar, ni espera a que Pen se oriente, no quieren esperar. Una vez que había tenido una mala semana, la mujer-terapeuta le dijo que no pasaba nada, y que ella tenía dos cosas a favor: ser una persona de recursos y tener agencia. Luego comentó que la gente neurodiversa muchas veces consigue grandes éxitos o es muy creativa justo por contar con tantos recursos, tantas estrategias para apañárselas en la Vida Real, y que se encargan de las tareas de forma metódica o distinta al resto de la gente. Que quitan marrones de en medio, vaya. Eso había dicho, «marrones», y Pen había sonreído, porque era algo que podría haber dicho Alice.

Algunos vasos hay que lavarlos a mano, como este, porque es de un cristal verde que tiene burbujas en el interior de la base y pesa mucho. Pen lo coge del escurreplatos con cuidado y lo envuelve en el trapo para atrapar hasta las últimas gotas de agua. Lo desliza con suavidad en la repisa más alta. Fue un regalo de boda a sus padres y al principio había seis. Ahora solo queda este, así que hay que tener especial cuidado con él.

Pen llama a su padre Sandy, pero a él no le gusta que use así su nombre; cuando lo hace, él se detiene y dice: «¿Disculpe?». Él a veces la llama Penelope y ella no responde, o luego lo llama señor O'Neill, cosa que él detesta aún más, así que son tal para cual, eso dice Claire. Sandy es ingeniero de caminos. Quería ser arquitecto, pero la gente no siempre consigue lo que más le gusta, cosa que Sandy, perdón, papá parecía considerar una lección vital importante, pero Claire, alias mamá, pensaba que era «algo derrotista, en realidad». «En fin», dice Pen cuando se ponen así, y se encoge de hombros. A Sandy le interesan los edificios y su aspecto. «Qué poco inspiradora», dice cada sábado cuando las recoge, mirando la casa con los ojos achinados, como si

fuese la calle anodina lo que no le gustase y no ellas. Pen sabe que las cosas que la gente dice no siempre tienen que ver con una, que, por el contrario, te muestran cómo se siente la otra persona por dentro. Pen piensa en la forma en que las palabras tocan la superficie de las cosas, en cómo se deslizan por el mundo y por la lengua. Algunas palabras pueden hacerte sentir querido y suave, y otras desgarran y dañan.

¿Encontrarían la casa poco inspiradora los constructores o los diseñadores? Pen se pregunta si se sintieron desilusionados, si toda aquella gente necesaria para construir una casa había intentado hacer algo que inspirase a los demás. ¿O solo querían que sus ocupantes encontrasen refugio? Pero Pen no se estremece como Claire cuando Sandy dice cosas así, o cosas sobre «este país», no dice: «¿Qué tiene de maravilloso ser de Inglaterra?». La mayor parte del tiempo Pen se limita a escuchar, porque a ella también le gusta mirar los edificios, y le gusta imaginarse las vidas que cobijan, y en general le gusta simplemente que Sandy le hable.

Después de que sus padres se separasen, el ruido y la ansiedad empeoraron mucho y, aunque a Pen no le gustaba el colegio, les pedía a sus profesores que la dejasen quedarse a leer en el aula, pero no podía por el seguro del cole o algo así. Tenía que volver a casa, e incluso si solo estaban su madre y Soraya era como si siguiese oyendo el ruido, así que Pen se negaba a salir de su habitación (que también era la habitación de Soraya, cosa que significaba que Soraya se ponía a chillar porque «Pen siempre se sale con la suya, también es mi habitación»). Luego se mudaron y hubo menos ruido. Y después empezó a ir a terapia. «Es solo media hora», dijo su madre porque Pen al principio no quería ir, pero luego se convirtió en la mejor media hora de la semana, qué gracioso que pudiese pasar eso (gracioso-raro). En la sala de terapia las sillas están a una distancia suficiente como para no tener que tocarse y si miras por encima del hombro del otro no parece de mala educación, parece solo que estás pensativo. Y luego la mujer-terapeuta formula sus preguntas y cuando Pen responde es como si se le quitase un peso de encima (eso es una metáfora, pero también lo siente en realidad). Está bien que Pen sea quien es, eso es lo que más

dice la mujer-terapeuta: que a veces resulta difícil, pero está bien.

Pen piensa en el horario. Transporte, visto. Encuentro, visto. Reunión, visto. Manifestación, visto. Después de eso, Pen no está segura, pero supone que ella y Alice darán una vuelta hasta que llegue la hora del concierto. Pen tiene un montón de sitios marcados en el mapa del móvil para que puedan ir a comer algo o a pasear. Quiso preguntarle a Claire qué sitios guais había en la ciudad, pero lo de preguntarle a tu madre a los dieciséis años no parecía una cosa muy guay, así que en lugar de eso se había puesto a buscar y aquello le había recordado cuando fueron a ver las momias de los pantanos en el museo y el tesoro de los vikingos. A lo mejor podía llevar allí a Alice, aunque no estaba segura de que Alice quisiera ver cadáveres del año 400 a.e.c. procedentes de la región central de Inglaterra. La primera vez, Pen contempló los cuerpos con su piel como cuero ennegrecido, uñas, huellas dactilares y pelo, y pensó, somos iguales, nos sentimos de la misma forma, aun a una distancia de miles de años. ¿Pensará eso también Alice? Seguramente los museos no entren en la categoría de guay ni de romántico. (¿«Agota o reconforta, Pen?», le pregunta la mujer-terapeuta, porque siempre apremia a Pen para que elija lo mejor). Pero quizá Alice, aunque le guste Pen por cómo es, no tiene por qué saber que ella prefiere estar en un museo que en la calle. A lo mejor puede mandarle un mensaje y preguntarle. En cualquier caso, hoy va a estar muy nerviosa, se lo había recordado a Alice la noche anterior con un mensaje. A Pen le encanta mandar mensajes, que es como hablar pero sin caras, básicamente. A veces, cuando se atasca, le encantaría poder sacar carteles de emoji.

Pen mira el teléfono porque debería enterarse de lo que pasa en el mundo; acudir a las manifestaciones por sí solo no basta. Necesitas conocer los hechos. Estos días tiene que buscar información exhaustiva sobre los incendios en el Amazonas; el mes pasado estaban por todas partes, pero ahora las noticias hablan de invasiones, fronteras y refugiados, y no de fuegos, aunque en realidad es la misma historia. El

mundo está ardiendo. No es que fueses a enterarte por los medios de comunicación; Pen se pasa horas deslizando el dedo por la pantalla del teléfono, no hay incendios reales en el Amazonas (pero sí mucho Amazon del otro).

Pen sacó el tema de los incendios con Sandy una vez. Habían ido a su apartamento (poco inspirador, la verdad) a cenar, y él incluso se había acordado de comprar las hamburguesas vegetarianas que se derriten por dentro y que le gustan a ella, cosa que marcó automáticamente el día como poco corriente. «¿Qué tal en el colegio?», preguntó él, aunque aún era agosto y no habían vuelto todavía. Pero Pen lo perdonó, porque era difícil sacar conversación. «¿Qué piensas tú de los incendios en la selva?», le preguntó ella, porque los temas de actualidad parecían un terreno seguro. «En Sudamérica, ¿eh? —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Sabes por qué lo hacen?». Pen había negado imperceptiblemente con la cabeza. «¿De dónde crees que sacan tanta soja?», había preguntado Sandy mientras señalaba con la cabeza la hamburguesa de Pen. Lo que Sandy quería decir es que ella estaba contribuyendo (¿cuántos gramos?). A Pen le entraron ganas de decirle que su hamburguesa era peor, pero él había cambiado de tema, ahora estaba chinchando a su hermana por algo. Esa noche, Claire le había encontrado por internet un cuadro con todas las emisiones de gases invernadero de las diferentes proteínas y Pen empezó a comer más lentejas porque podían cultivarse durante las sequías.

«Se ha producido un importante descenso en los incendios forestales», dice Brasil, a pesar de que es cuestionable la fiabilidad de dichas declaraciones, dado que el presidente es prácticamente un dictador total, dice Alice. Pero incluso él admite que hay más incendios que antes, aunque hay menos nuevos, pero en total más que en cualquier momento de la historia registrada, que no es toda la historia, solo las partes que anotan. Si no tienes estadísticas, las cosas no existen, dice un sitio de internet, aunque se le ve el plumero.

Es poco frecuente que Pen esté sola en casa, normalmente están Claire y Soraya, o Catherine, que recoge a Soraya de la escuela, o Claire trabajando desde casa. «No puedo permitirme un puesto de trabajo

compartido —oyó Pen que Claire le decía una vez por teléfono a su mejor amiga—. Estoy completa-jodida-mente agotada (Intercalar de esa forma una palabra o varias se llama tmesis. Tmesis es también una palabra poco corriente y por ello preferida, porque debería haber una vocal entre las consonantes «t» y «m», pero la vocal se ha quedado fuera). En cualquier caso, estar sola es un placer poco corriente para Pen. Además, estar solo quiere decir que puedes mirar cualquier cosa. Pen se dirige al dormitorio principal.

Huele a su madre, al olor familiar, reconfortante de su cuerpo. Huele a noche. ¿Querría su madre que abriese la ventana? Pen se pregunta si su madre sueña, quizá está demasiado cansada, dice muchas veces que está cansada, con un largo suspiro, estirando la espalda, o frotándose los pies, «Estoy cansadísima, prepárame una taza de té, amor». A veces se le escapa esa palabra, «amor», y Pen no puede evitarlo, dame más ESPACIO, se aleja de un brinco. Pero, al menos, le hace el té. Es irónico, en realidad, que ahora ella quiera decirle la misma palabra a Alice, y espera, de veras espera, que Alice no necesite espacio. A Pen se le da bien preparar té, calentar la taza; si tuviesen tetera podría prepararlo en condiciones. Aunque menudo desperdicio si preparase una tetera y no la terminasen. Al menos se han pasado al té a granel (nada de bolsitas de plástico), pero solo porque Claire dijo que ya no aguantaba más los gruñidos, y Pen sospecha que en el trabajo sigue bebiendo las bolsitas esas de la marca Barry's.

En el cajón superior hay ropa interior, alguna enrollada con cuidado, un recordatorio de la fase de orden mágico de Claire, porque las prendas enrolladas dan un aspecto más resplandeciente, como si tuviesen encaje, mientras que las otras son un batiburrillo. También están aquí las camisolas. Su madre dice que las lleva para poder agitar los brazos en clase y que no la despidan por exhibicionista, pero Pen se las pondría por el roce sedoso y sexy sobre su piel. La palabra «camisola» es agradable, *camisia*, camisón o camisa en latín. Hay cinco personas en clase de latín y a Pen le da la impresión de que no es la única que va a clase a la hora del almuerzo para evitar la aglomeración de la cafetería. «Voy a estudiar latín», había anunciado cuando vivían

en la antigua casa. «Conque vas a ser doctora», dijo Sandy, como si todo girase alrededor del trabajo. Pen no sabe lo que quiere ser («No puedes “ser” algo —dice Claire—, sino que haces cosas»), pero ella quiere algo en lo que haya belleza, tiempo y espacio.

En realidad los cajones no son tan interesantes, así que Pen dirige su atención al armario. El estante de arriba queda demasiado alto para su madre, que necesita usar el taburete del baño, pero los dedos de Pen consiguen agarrar el borde de la caja, hacerse con la bufanda que la mantiene cerrada y bajarla. Se oye un repiqueteo. Recuerda cómo estaba, déjalo como estaba, ve por la vida con cuidado, los dedos de Pen hurgan en el nudo. Solo hay cuatro cosas dentro: dos anillos, un collar y unos billetes enrollados. Pen toquetea el metal, reconoce el engaste y la banda lisa. Parece lógico no poder tirar esas cosas, que las guardes, como guardas, durante un tiempo, la marca en el dedo en que te lo ponías. Son demasiado pequeños para las manos de Pen. Pen nunca ha visto antes el collar, parece antiguo, de oro. Pen quita la goma, un coletero, y desenrolla los billetes. Doce billetes de cincuenta. ¿Por qué hay seiscientos euros en el armario? Pen piensa en lo de ahorrar, que es el mantra materno, piensa en los veinte que tiene en el bolsillo desde esta mañana, y vuelve a enrollar los billetes juntos con cuidado para ceñirlos con la goma. ¿Está exactamente como estaba? El dinero es una especie de suciedad; si trabajas con dinero tienes las manos asquerosas al final del día. Pero el dinero también es libertad. Puedes querer lavarte solo una mano, pero necesitas la otra.

Pen se sienta un momento en el suelo, preguntándose qué significa realmente la caja. Claire no para de decir que ya tiene bastante trabajo con sacarlas adelante cada día. ¿Puso las cosas en la caja a propósito? ¿O fue como cuando haces algo sin saber que vas a hacerlo? Conociendo a su madre, seguramente lo primero. Pen tapa la caja y vuelve a atarla con la bufanda, la empuja hacia el estante; todo está más o menos como estaba cuando cierra la puerta del armario. Pen mira el reloj. Se acerca el momento.

8.30

—¿De verdad quiere que se lo cuente con tanto detalle?

Anthony es un hombre de aspecto amable que frisa en los sesenta años. Ruth ha acabado por conocer la cara que tiene delante, la forma en que sus labios parecen desaparecer cuando está nervioso. Y cómo retuerce las manos mientras habla.

—Saber cómo es su día me ayuda a conocerlo.

Ruth y Anthony ya han discutido los grandes temas, la muerte, por supuesto.

—Con lo presumido que era yo con la ropa —dice Anthony—, y ahora he perdido la energía. Los fines de semana de todas formas no veo a nadie, como ya le he dicho. Vaqueros, un suéter. No quiero ni pensar en lo aburrido que debe de ser esto para usted.

—Por favor, continúe —conmina Ruth.

—Voy al baño, hago lo que tengo que hacer, bajo. Y ese es el momento que odio, porque tengo que atravesar a toda prisa el vestíbulo y pasar junto a la puerta del comedor, porque esa era su habitación después de la caída. No soy, bueno, ya lo ve, no soy ningún fortachón. Así que él dormía allí. A veces dejaba que me entrase el sueño en el sofá, en fin, solo para estar en la misma habitación. Y siempre le daba un beso, un beso suave en la frente, o en el pelo, si estaba durmiendo de lado.

—Debía de saber que era una persona muy querida —dice Ruth durante una pausa de Anthony. Un gesto de asentimiento le confirma que la afirmación ha llegado a su destino.

—No podía hacer lo mismo en el hospital, claro, porque eran muy rígidos con las visitas, dependía de la enfermera que estuviera de guardia. Y no dejaban de preguntarme (se les olvidaba, imagino) si no tenía «otro hermano» que me echase un cable. No les culpo, pero me

costaba mucho responder a eso.

Ruth asiente, y cuando parece que Anthony ha llegado a un punto y aparte, no solo a una pausa, le da pie de nuevo.

—¿Habló usted del asunto con Michael? Me refiero al tema de su familia.

Anthony hace un gesto con la cabeza.

—Sé que prefería estar en casa. Siempre le había gustado esa casa, ¿se lo he dicho ya? Claro que sí. Le gustaba la casa, nos gustaba a los dos. Tenía buen ambiente, aunque ojalá… En fin, quizá me habría gustado que la comprásemos al otro lado de la calle, la parte trasera da al norte y por las mañanas es muy oscura. Y además…

Ruth anota «¿desplazamiento?» en su libreta, y se da cuenta de que Anthony se ha fijado en su gesto.

—Más tarde, los vecinos, no los que llevaban años viviendo allí, sino los nuevos que se mudaron después del accidente, pusieron andamios y eso para renovar las casas con ampliaciones llenas de luz y rollos así. Como mansiones en miniatura.

Se produce otra pausa, pero esta vez Ruth decide dejarla pasar.

—Me gustaba la simplicidad de lo que teníamos. Se lo decía, y él me apretaba la mano.

—Era algo importante. ¿Hablaban de sus sentimientos con más frecuencia después?

Anthony realiza otro gesto imperceptible con la cabeza.

—Llevábamos una buena vida. Anote eso.

—Ya lo he hecho, no se preocupe —responde Ruth—. ¿Tiene a alguien más con quien pueda hablar de él? ¿Y de la buena vida que llevaban?

—La semana pasada salí a tomar una copa con los compañeros del trabajo, se me olvidó mencionarlo. El primer jueves del mes, es algo fijo.

—¿Le parecía importante volver a una rutina?

—Todos se mostraron muy amables. Solícitos. Pero luego se pusieron a hablar de cosas que a mí no me interesan en absoluto. Es que tampoco puedes estar diciendo «¡Oh, mi difunto esposo!» cada dos por

tres, ¿verdad? Es un palo. Cree que debería enfrentarme a la gente, ¿no?

Ruth deja pasar unos segundos.

—¿Y los amigos de cuidados paliativos? ¿Mantiene relación con ellos?

Anthony mira a otro lado. Puede hablar de la muerte y la pérdida sin soltar ni una lágrima, es la amabilidad lo que lo desconcierta.

—Hemos quedado para ir de pícnic el fin de semana que viene. Recorremos partes del Wicklow Way, una etapa cada vez. Pero como no parece que el tiempo acompañe, esta vez vamos solo a Three Rock. Gerard trae los termos y es de esperar que Eimear traiga sándwiches especiales. Aunque yo pienso (que quede entre nosotros) que los encarga en el café de la esquina. —Anthony esboza una sonrisa tierna —. Lo siento, Ruth, posiblemente tenga usted una de esas grandes ampliaciones, ¿verdad? No quería ser maleducado antes.

—Pues sí —sonríe Ruth—. No como de «mansión en miniatura», pero sí que es muy luminosa. ¿Está pensando en hacerlo, en renovar su casa?

Pero la única respuesta es una negativa cortante.

—En fin, Anthony, volvamos al fin de semana. Cuando no está con sus amigos, ¿le resulta más fácil ahora quedarse en casa?

—En realidad fui a desayunar —dice señalando vagamente a su espalda—. Hay una crepería cerca del canal, Le Petit Breton.

Ruth asiente.

—Y me impuse la tarea de leer todo el periódico. Me acostumbré en el hospital, porque no puedes concentrarte en leer otra cosa que no sea el periódico, así que lo echaba de menos; encima había aprendido a hacer los sudokus, y él se reía. Siempre esgrimía su talento en matemáticas contra mí, «Yo era de mates», me decía, pero en realidad siempre se me daban mejor a mí las cuentas de los restaurantes y esas cosas. Tomé una galette para desayunar, me senté con mi periódico y charlé un rato con la mujer que lo lleva. Y cuando llegué a casa, me obligué a caminar por el comedor. Aún llevaba el abrigo; me quedé allí de pie y la luz era de veras preciosa. Y pensé que a lo mejor debería coger un mazo y derribar la pared medianera.

Ruth asiente.

—Pero luego me imaginé de nuevo a Michael. A él no le gustaban los cambios. Siempre que yo sugería algo así, decía «¡No seas ridículo!». Y a veces es como si oyese el eco. Es raro; a veces las cosas que te sacaban de quicio son las que echas de menos.

—¿Puede hablarme un poco de eso? —pide Ruth.

9.51

Aún faltan cuarenta y dos minutos para que salga el tren y se tarda doce minutos en caminar hasta la estación. Así que cuenta con treinta minutos para asegurarse de que todo está perfecto. Pen se toma un vaso de agua. Pen va al baño. Pen lo mira todo en la casa silenciosa. Pen se pone de pie y escucha el silencio. Y luego solo faltan dieciocho minutos.

En el zaguán, Pen se mira en el espejo de cuerpo entero (*speculum* en latín). Cuando fueron a comprarse unos vaqueros, Alice dijo que preferiría tener los muslos más pequeños y las caderas más estrechas. Pen estaba sentada en el taburete, con el abrigo de Alice en la mano. Alice aplastó hacia atrás la parte lateral de sus piernas, intentando imaginarse cómo sería si pudiese cortar los lados. «Así sería más menuda, podría ponerme ropa de la sección de chicos», dijo. Entonces Pen dijo: «Si te pones los vaqueros anchos nadie lo nota», y Alice sonrió; fue una sonrisa de verdad, no de esas que pones al posar ante el espejo. Y Pen pensó *Aliciae Per Speculum Transitus* para sus adentros y devolvió la sonrisa, porque se veía a la vez a ella misma y a Alice en el espejo. De todos modos, Alice y Pen no van a ir de compras más (pasan de comprar ropa nueva, básicamente) por el medio ambiente. Pen está contenta con la decisión, odia ir de compras, montañas y montañas de cosas, todas distintas y todas iguales.

—Tienes dos opciones —dice Claire—. El mundo puede ser complicado, así que tienes que elegir cómo te vas a enfrentar a él: por las malas o por las buenas.

Cuando Claire dice cosas así, Pen se pregunta si es consciente de cómo suena.

Pen saca su impermeable azul y rosa, que no es para nada guay (¿por qué no se compró uno amarillo?), pero lo que cuenta es lo que está en

el interior, blablablá. La alarma de la casa registra sus movimientos, se alarma ante la salida, treinta segundos para que salte, Pen cierra la puerta tras ella y le da dos vueltas a la llave. Comprueba que lleva la tarjeta de transporte, dinero, teléfono, y se pone los auriculares. Entonces se permite levantar la vista. Empieza su día perfecto. La lista de reproducción para caminar se activa. Solían ser cantos de ballena, porque es un tipo de ruido rosa. Quién iba a pensar que el ruido tenía colores, pero resulta que la naturaleza está llena de ruido rosa, como el crujido de las hojas o los latidos del corazón. A Pen le gustan los sonidos planos, y la idea de que las ballenas cantan con una frecuencia única. Pero hace poco leyó un artículo sobre una ballena que había perdido su manada y se sentía demasiado sola. Pen enciende el modo aleatorio y encuentra música con un tipo de frecuencia animada. En ese momento suena Lizzo. Pen sale a la calle, a la carretera. No hay más peatones y las casas están en su sitio. Caminando, con la cabeza hacia delante, Pen cruza Cross Avenue.

La madre de Pen dice que puede vivir en casa cuando vaya a la universidad, cosa que está bien, porque su amiga del colegio Chloe dice que su madre está contando los días para que se mude porque va a hacer algo con su habitación, no sabe qué, quizá un estudio de yoga. Pen no suele ir a la casa de otra gente, al menos no desde el año pasado, y además, Alice vive en la otra punta de la ciudad. Tiene que coger un tren cada día para ir al colegio, se monta en el tren con gente distinta a la que Pen conoce. Es una de las cosas buenas de Alice, le cae bien a todo el mundo. Al principio, cuando Alice venía, se quedaban en la cocina, pero en verano empezaron a ir a la habitación de Pen, y ahora parece lo normal. Alice se quita los zapatos sin que le pregunten y ni siquiera dice nada si la habitación está superordenada o hecha una leonera, como si no le importase en absoluto.

La cantante suena de lo más confiada y para nada solitaria, pero no queda claro cómo puedes ser tu alma gemela. Pen no puede imaginarse estar tan relajada como para cantar en voz alta. No importa, eso dice Claire, no hay que llevar la cuenta de las cosas que no quieres hacer, hay muchas otras cosas que se te pueden dar bien. Como qué, le entran

ganas de preguntar a Pen, aunque sabe que su madre le diría que se le da muy bien escuchar, se le da muy bien ser hermana mayor… pero Pen quiere que se le dé bien besar, reírse a carcajadas y manifestarse, espera con todo su corazón que se le den bien esas cosas, todas ellas. (¿Se le darán ya bien a Alice?). Al coger Marine Road, Pen piensa que debe de ser difícil querer a más de una persona al mismo tiempo. Ya consume bastante energía concentrarte en una persona sola. Claire le dijo hace poco a su amiga Jenny (que también se está divorciando) que iba a dejar el asunto, al menos de momento. Jenny había ido a cenar a casa y tomaron vino y se rieron un montón. Sus ex eran de los que te complicaban la vida.

No hay cola en la heladería porque todo el mundo está en clase. Chloe, Sarah, Lauren, Aoife. La respiración de Pen sale en pequeñas vaharadas cuando piensa en ellas. Son unas cabronas, nada más, dice Alice, pero resulta difícil estar de acuerdo cuando querías caerles bien. Redirige, eso es lo que dice la mujer-terapeuta. Así que Pen mira de nuevo a la heladería y piensa: en qué puedo pensar si no, a lo mejor lo único que le falta es un helado que le refresque las ideas, seguro que a Claire le haría gracia ese comentario. Pen colecciona expresiones porque son mayores que la suma de sus partes. Al principio te confunden, tanto las expresiones como las metáforas, pero Naomi, la amiga del trabajo de Claire, se pasó una mañana entera de domingo con ella explicándole que por fuera eran una cosa, pero si las mirabas dos veces, eran mucho más interesantes. Aunque, básicamente, algunas siempre van a parecerte raras, como cuando quieres decir que no hay que cometer dos veces el mismo error y dicen eso de que nadie escarmienta en cabeza ajena. Pero Claire le ha pedido que no use esa porque en realidad suena un poco bestia.

Pen baja diecisiete escalones después de cruzar la puerta, y luego está en el andén. Camina hasta el final, dejando atrás las indicaciones de la hora de llegada, la marquesina y los bancos, en dirección a los semáforos. Eso quiere decir que se bajará del tren justo a la altura de las ventanillas de billetes de la ciudad, y por tanto se halla un paso más cerca de ser perfecta.

El año pasado, en la casa de Lauren. No pienses en ello, dijo Alice. Pero qué hacía ella allí, había preguntado Sandy, como si fuese culpa suya haber ido.

La pantalla dice que el tren llegará en 3 MIN. Pen comprueba su reloj (10:30) para ver si son tres minutos de verdad o de mentira, es decir, cuatro o cinco, pero quieren que pienses que llega a su hora porque todo el mundo quiere llegar a su hora. Sandy decía que Mussolini hizo que los trenes fuesen puntuales, no como en este país. Claire hacía un gesto exasperado al oír aquello y señalaba «la catástrofe que supuso la privatización del ferrocarril británico», y entonces comenzaba otra pelea con respecto a las diferencias entre Irlanda e Inglaterra. Pero Pen cree que a lo mejor él estaba bromeando, y que lo que decía no tenía gracia (aunque es gracioso-raro). Bueno, si lo piensas, le entran ganas de decirle a su padre, si lo piensas, nunca es una persona, sino el miedo, lo que provoca que la gente haga cosas, no de forma más eficiente, o mejor, sino más rápido, porque cuando tienes miedo actúas sin pensar. ¿No es gracioso-raro, piensa Pen, que no puedas decirle cosas a una persona cuando estás con ella, pero que su voz se te quede en la cabeza, y la oigas y hables con ella cuando esa persona no está?

La gente no entiende de veras el miedo, lo malo que es. O eso parece, porque si lo supiesen de verdad, si supiesen el dolor que provoca el miedo, ¿no harían todo lo posible para evitarlo? Pen piensa en ello cada vez que tiene que exponer un trabajo en grupo o le preguntan en clase. Aunque en su ficha figura una etiqueta especial, hay algunos profesores que no lo saben, o no lo piensan, o que lo piensan y aun así dicen: «Es necesario que desarrolle algunas habilidades para hablar en público». Todos esos profesores a quienes no les importa el miedo de Pen la interpelan en clase. Y luego son ellos los que se asustan cuando ella no habla. «A esta chica se le ha comido la lengua el gato». (Un profesor le dijo eso a Claire, y Pen casi se dio la vuelta para buscar al gato). En fin, todos los profesores, aun los amables, piensan que las dotes de exposición son muy importantes en la Vida Real. Así que a veces obligan a Pen a hablar en público, y el miedo se apodera de ella, y escucha su propia voz, rápida y baja y vacilante, nada parecida a su

verdadera voz, no como la que suena en su cabeza, no como la que hace sonreír a sus amigos en clase de latín, no mejor, ni más eficiente, solo más rápida.

La pantalla anuncia 1 MIN, y hace dos minutos ya que decía 3 MIN, así que quizá las cosas salgan como es debido incluso sin miedo. En la casa de Lauren. Eso es lo único que necesita pensar y entonces se le viene a la mente una imagen de la casa, y ella caminando en su dirección, como si se contemplase desde fuera, cosa que es imposible, a pesar de que grabaron algunas partes, así que se vio. Después. La escuela no se lo había tomado lo suficiente en serio, eso dijo Sandy. Pero ese pensamiento también es malo, y entonces oye la voz de la mujer-terapeuta. «Dale la vuelta, Pen».

Los mástiles del barco asoman por encima del muro, envueltos para el invierno, a pesar de que aún hay gente que sale a navegar cada semana. El revestimiento reflectante de las oficinas del faro le devuelve una mirada firme, empleará el minuto que queda en mirarlo. Irish Lights, el organismo general de los faros. Ahí trabaja gente, había dicho el guía en la visita pública, para mantener las luces y las balizas en medio de la niebla, las tormentas y la oscuridad. Ya no hay fareros, al parecer, al menos no como había en aquella historia de cuando ella era pequeña. La madre de Pen se había salido del guion y había inventado historias sobre el señor Farero, aunque no estaba en el libro; entonces Pen se había echado a llorar y, cuando Claire le había preguntado por qué, le había contestado: «No, lee las palabras que están ahí», y su madre había dicho: «Pero ¿qué he hecho yo para acabar con una niña tan literal?».

Estar en un faro debía de suponer un miedo constante, o eso piensa Pen, sería hacerse responsable de que la luz cruzase las olas, tener el peso de todas esas embarcaciones, de todas esas vidas sobre ti. Ella no podría haber sido farera. Ahora era todo electrónico, estaba programado, pero aun así sería una carga poner en funcionamiento el programa, de forma que tu cuerpo podría no estar en un faro, no, sino sentado en un despacho pulsando botones, pero tu mente, tu mente estaría manteniendo el equilibrio sobre una roca en alta mar.

En la casa de Lauren. Las chicas estaban sentadas en la cama de Lauren, con la espalda contra la pared, y Pen se sentía como si estuviese pasando una prueba. «Solo te dejaremos entrar en el grupo si haces algo», dijeron. Asintió, y deseó no haber ido. Oía al padre de Lauren viendo la tele en la planta de abajo. «¿Por qué lo hiciste? —preguntó Claire después, y luego, demasiado rápido, dijo—: No importa, no es culpa tuya».

El tren debe de estar a punto de llegar, pero la pantalla se ha borrado. Es como si ya no hubiese tren, o quizá un tren con destino a ningún sitio. Ese es el problema con las señales, la gente las mira buscando instrucciones, pero, si desaparecen, todo el mundo se siente perdido. Pen sabe que ese vacío solo significa que el tren está a punto de llegar. El horario lo decía bien claro: 10:33. «No le des demasiadas vueltas», suele decirle la gente a Pen, y se queda tan ancha. Pero la cosa es que la mayoría de la gente no les da las suficientes vueltas a las cosas, y, por ejemplo, no comprueba los horarios. Como aquella mujer de allí, que está escribiendo en su teléfono, ¿se teme que lo de «1 MIN» sea solo una ficción?

«Para empezar, tienes que darnos tu teléfono —dijo Sarah—. Comunicarse con agentes externos va contra las reglas del grupo». Había puesto una cara muy seria. Sarah tendió la mano y, aunque Pen no quería, sacó el teléfono y se lo dio.

«Vale, bicho raro, puedes ser del grupo si te metes en el armario», dijo entonces Sarah, y entonces Chloe empezó a protestar: «A lo mejor deberíamos dejarlo», pero las demás dijeron «Nooo», y se rieron. Lauren se levantó en silencio y abrió la puerta del armario. Había ropa en las perchas, zapatos y cosas, y la barra no parecía muy alta. Durante un segundo fue como si todas se quedasen inmóviles mirando el interior del ropero. Parecía muy pequeño. Pen podría haber dicho: «No quepo ahí dentro», pero quería caerles bien.

Así que entró. Y Lauren cerró la puerta.

Y después se hizo el silencio.

Pen ve que las luces del tren aparecen al final del túnel, y durante un segundo está llegando y ya está allí, de forma que los transporta a todos

de la ficción a la realidad, y esa sincronicidad resulta extrañamente satisfactoria. Mientras el tren pasa delante de ella, a lo mejor solo se lo imagina, pero Pen diría que el conductor le sonríe. ¿Por qué no creerlo?, piensa. Y cuando el tren deja de moverse, resulta que Pen está en el sitio perfecto. Las puertas del primer vagón se abren cuando ella pulsa el botón, busca un asiento, y hay uno junto a la ventana; una vez sentada, y antes de que las puertas se cierren y el tren se ponga de nuevo en marcha, saca el teléfono, escribe: «¡DE CAMINO!» y lo envía.

9.52

Desde la ventana de su oficina, Ruth mira los soportales grises. El edificio de enfrente era una panadería, cosa que la sigue sorprendiendo, no queda rastro de ella en las dos tiendas de abajo, que venden persianas metálicas e instrumentos musicales. «Unas ocultan, otros descubren», había bromeado Aidan la primera vez que vio el lugar, y ella se había reído. Aunque quizá la música fuese una máscara como otra cualquiera. Algunos clientes le preguntan a Ruth si conoce tal o cual canción y le piden que la escuche, porque expresa sus sentimientos, porque las palabras del cantante los trasladan mejor que ellos. Ella las escucha, y luego les pide que lean las letras con su propia voz. Los ayuda a soltar algo. Aunque Ruth teme también lo contrario: que para ellos revelar un secreto pueda ser una especie de pérdida.

En cualquier caso, tocar un instrumento es quizá más un escudo que una máscara. Un violín en el pecho, una guitarra en el estómago, convertir toda la espalda de uno en un piano. Siempre caías bien si sabías tocar un instrumento, te invitaban a las fiestas, te dejaban espacio y se te acercaban, todo al mismo tiempo. Aidan tiene razón, Ruth nunca ha sido una persona de trato fácil. A lo mejor es que su trabajo intimida, como si ella pudiera obligar a la gente a confesarse. «No estás en el trabajo», le recuerda Aidan antes de ir a una cena.

Su trabajo. Aidan tenía razón también en eso, Ruth se volcó en el trabajo. Pero no solo en los últimos años. Ella siempre había soñado con una consulta independiente, con la promesa de hacer algo por sí misma, ¿no lo sabía él? Ella y Lisa habían hablado del tema desde que se graduaron; eran las mejores amigas y ahora también socias. Por supuesto, era Ruth quien tomaba siempre la iniciativa: cuando había que dibujar planos, programar reuniones, o encontrar la oficina. Fue Ruth quien le dijo a Lisa: «Firmemos, hagámoslo». Fue idea de Ruth lo

de ofrecer la primera sesión gratis. Fue Ruth quien consiguió el éxito. Es natural que se sienta orgullosa. Ruth suspira, mira de nuevo el edificio de enfrente. En algún sitio tras la antigua panadería hubo una abadía: Saint Mary. Se lo contó el empleado de la inmobiliaria, y a Ruth le había gustado la historia.

Un hombre sale de la tienda de música con una especie de percha de metal doblada, ¿qué es? ¿Un atril, quizá? Da unos pasos a un lado para evitar a la mujer del teléfono que camina por la acera; camina mientras charla y gesticula con la mano libre. Ruth supone que está hablando con un amante. Ruth mira de nuevo al edificio de enfrente y se pregunta por qué las cosas perdidas siempre parecen más interesantes. Quizá la abadía no era bonita, o no era necesaria ni útil, ni nada de lo que signifiquen los edificios para la gente.

A los veintitantos no había pensado que estuviese creando un patrón de conducta, pero de alguna forma así fue, y así siguió siendo durante más de una década. Una y otra vez, un hombre tras otro hablaba de una exnovia o de un gran proyecto de trabajo o decía «Es que no estoy buscando una relación» hasta que le entraban ganas de gritar, porque entonces ¿qué estaban buscando? Pero la respuesta era tan obvia que resultaba frustrante. Tenían tiempo que malgastar. Así que dejó de buscar. Y entonces, así, sin más, encontró a Aidan.

Se habían conocido hacía años, en la universidad, así que tampoco era como conocerse desde cero. Él también había empezado Psicología, pero lo había dejado en el segundo semestre. Era la única imagen de él que Ruth pudo rescatar del pasado para relacionarlo con ese hombre de treinta y tantos que estaba frente a ella en la fiesta de inauguración de la casa de Lisa.

—Me dedico a la publicidad —dijo él.

Ruth sonrió.

Aidan sonrió.

Y más o menos eso fue todo, ella había sentido que sí, esa era la persona. En realidad era ridículo. Se habían puesto a hablar y a reírse,

y todo iba de perlas. Pero entonces había llegado un grupo nuevo de gente, y Aidan se había alejado. Ruth lo había seguido disimuladamente cuando él se dirigió a la cocina, balanceando la copa de vino vacía de ella y aparentando sorpresa ante el hecho de que él también fuese a rellenar la suya. Después se sentaron en la escalera, los dos solos. Y mientras Ruth le estaba contando una anécdota de las vacaciones, Aidan le había cogido la mano. Parecía una audacia que él le cogiese la mano sin más.

A partir de ese gesto, se habían convertido en pareja. Con lo que Ruth odiaba que la gente hablase en plural, y ella de repente también lo hacía. Miraba a Aidan con el orgullo de la posesión. Le encantaba cómo olía su piel. Le encantaba correrse en la cama con él sin preocuparse de la cara que ponía. Le encantaba que quisiesen el mismo tipo de vida.

Al lado de la ventana hace frío. A Ruth le encantaría pasar del casero y poner doble acristalamiento. Cambiaría más cosas en la habitación: la puerta de la cocina, que siempre da portazos. De repente la amarga ese lugar que ha sido su orgullo y su refugio. Miradme, lo he conseguido yo sola, y ha ganado cierta fama, algunos artículos, algunos programas de llamadas. Pero no basta.

Solo quedan unos minutos de paz, debería tranquilizarse. Antes se ha precipitado al autobús para huir de Stephen. ¿Qué había visto él en su cara? ¿El miedo quizá, las arrugas de preocupación? Debería haberle preguntado si la consideraba una persona difícil. Pero tampoco se puede ir por ahí tendiendo emboscadas a la gente. No se le puede decir: «¿Qué problema tengo?». Y tampoco se puede preguntar: «¿Por qué no me quisiste?».

«Los hombres solo sirven para decorar», decía su madre cuando ella era pequeña. Lo recitaba como si fuese una lección, como si admitir que necesitar a un hombre —o a cualquier otra persona, en realidad— fuese una especie de fracaso. Ruth no es su madre, ah, no, el mero pensamiento casi le da náuseas. Pero quizá sea la creación de su madre,

después de todo, quizá por eso, después de tantos años, sea incapaz de hacer cosas básicas, como decirle a una persona que la necesita.

Casi son las diez. Ruth mira, sí, hay alguien abajo, mirando los letreros con los nombres. Suspira y se aparta de la ventana, porque quizá le espera una hora muy larga. La cosa es siempre más compleja con un paciente nuevo, hasta que les pillas el tranquillo. Hay muchas expectativas que negociar.

Suena el timbre.

Ruth pulsa el botón del portero automático, oye cerrarse la puerta de la calle, y luego unos pies por las escaleras. Está claro que es una mujer de las que suben dos escalones a la vez. De acuerdo. Pone su cara de serenidad, el lienzo en blanco, el gesto amable que le dice a esa persona que es bienvenida, que tiene toda tu atención, que es la primera y única.

10.18

Alice mira la hora en el móvil, se lo mete en el bolsillo, se detiene un instante y toca la pintura negra de la puerta de su casa. Quiere apoyar la cabeza en ella o simplemente regresar al interior. A lo mejor no va, a lo mejor dice que fue, que no encontró a Pen, que tuvo que volver a casa. Y entonces podría pasarse el día viendo la tele. A lo mejor podría llevarse el edredón de la cama al salón y hacerse un nido. ¿Qué le diría mamá cuando volviese, «menuda señoritinga»? Desde luego no merecía la pena, el sermón y la cara de condena. También podía esconderse en su habitación. ¿No sería perfecto poder quedarse en un sitio pero viajar mentalmente al centro y estar allí sin estar? Pero entonces le daría plantón a Pen. Alice se la imagina dejando caer los hombros; de acuerdo, eso provoca que se ponga en movimiento. Pen ya ha mandado un montón de mensajes, bing, tril, bing. Y luego están los que se preguntan por qué Alice no está en el colegio, como los falsos, ESPERO QUE ESTÉS BIEN, y los otros, todos en plan OHHHH ¿QUIÉN TIENE UNA CITA SEXY?, y emojis de berenjena. Todo el mundo cree que conoce a Alice.

La estación no queda muy lejos. Alice solo tiene que caminar hasta el final de la carretera, hasta el semáforo, pasar el cruce y el trozo de Fairview Park, y luego ahí está, no es un trayecto largo. Sus padres lo dicen al menos una vez por semana, por si se supone que se tienen que sentir culpables por mandar a su hija al colegio al otro lado de la ciudad. «Nadie diría nada si solo tuvieses que coger el autobús», dice la madre de Alice, pero Alice nunca ha dicho nada sobre el recorrido, eso es cosa de sus padres. Aunque, por otro lado, al parecer eso tampoco se puede decir. «No contestes, señorita», o «No sabía que estudiaseis filosofía en la escuela». Cállate, básicamente.

Al final de la carretera, después de la preciosa frutería, que es importante porque hay que comprar en tiendas de proximidad, aunque

en ella se vendan judías de, por ejemplo, Kenia, justo al pasar esa tienda hay una farola con un póster. Lleva un tiempo ahí y hace mucho que Alice espera que alguien lo rompa u oír algo al respecto, pero es como si nadie más pudiese verlo, aunque debe de verlo cantidad de gente, porque tiene un logotipo católico enorme y lo han colgado a propósito donde toda la gente que va conduciendo lo vea al pasar en dirección a Clontarf, o Howth, o lo que sea.

DEJAD QUE LOS NIÑOS SEAN NIÑOS

Sí, lo que tú digas, piensa Alice, y se encoge de hombros. Solo que por dentro no se siente exactamente así. Por dentro es: «¿Que me dejen ser qué?», o incluso solo: «¿Que me dejen?». Es como la parábola de los talentos. «¿No está mal castigar a alguien por preocuparse por sus talentos?», le había preguntado ella a la señorita Taylor. Eso era lo que había hecho Dios con el tío que había enterrado su bolsita de dinero. La señorita Taylor se había limitado a sonreír y dijo algo en plan «multiplicar es amar». Que era una mierda de respuesta. El bolsillo de Alice vibra.

¡DE CAMINO! El mensaje de Pen vibra en la mano de Alice.

Alice lo ve y se detiene, se queda completamente inmóvil en la calle. ¿Por qué nota el estómago como cuando tiene un examen? ¿No sería más fácil, después de todo, darse la vuelta?

10.19

—No voy a ponerme a hablar de mi infancia y esos rollos.

Ciara tiene (¿cuántos?) treinta y cuatro años. Se ha quedado un momento de pie, incapaz de aceptar la silla que le ofrecían o sin ganas de hacerlo, mirando a su alrededor como si buscara otra opción. Ha respondido a las preguntas iniciales de Ruth con vagos monosílabos, pero al menos ahora por fin se ha sentado. Aunque todavía parece decidida a no comprometerse.

—A lo mejor podríamos empezar por lo básico. ¿Y si me cuentas un poco más sobre por qué estás aquí? ¿Qué te gustaría sacar de esto? —pregunta Ruth.

—Bueno, ya se lo he dicho, es por el estrés, tengo demasiado estrés, la conciliación entre la vida y el trabajo. —La voz de Ciara oscila entre la angustia y el aburrimiento.

—¿Así que quieres lidiar con el estrés del trabajo?

—Solo quiero algunos consejos, sí, para lidiar con él, porque tengo un encargo muy importante y…

Ciara se interrumpe cuando el teléfono vibra. Lo saca, lo mira, se detiene y lo deja sobre la mesa.

—Yo les pido a mis pacientes que apaguen el móvil. Distrae mucho. —Ciara deja el teléfono donde está. Ruth lo intenta de nuevo—. Priorizarse a uno mismo normalmente supone poner límites. —¿Se ha encogido ligeramente de hombros Ciara?—. Para conciliar la vida y el trabajo.

—¿Sí? —Ciara mira a Ruth y luego mete el teléfono en el bolso.

—¿Podrías hablarme un poco más del estrés al que estás sometida? ¿Trabajas a tiempo completo?

—Sí. Sí, trabajo en una gran empresa de contabilidad.

—Entonces ¿eres contable?

—Más bien me ocupo de la gestión. Es que mi jefa está de baja por maternidad, lo cual está muy bien, porque así se me da la oportunidad de hacer su trabajo durante el año; en mi empresa es imposible ascender.

—¿Así que es un ascenso?

—Sí, pero desde antes de empezar, me entró una cosa, como unas náuseas, todo el rato. Mi novio estaba en plan amoroso, pensando que era un bebé, pero por supuesto que no lo es, lo sé. Son cosas de trabajo. Y me despierto por la noche. Siento como… una ola… de odio hacia mí misma. Normalmente soy una persona segura de mí misma y eso.

—Debe de ser aterrador. No sentirte tú.

—Sí.

—¿Cuál es la causa de tanto estrés? ¿O es el nuevo trabajo en general?

—Tengo que organizar un gran congreso para fin de año y es que… —Ciara suspira profundamente—. Es lo último que me apetece hacer.

—¿Puedes explicarme un poco más cómo te sientes cuando aparecen las náuseas? —pregunta Ruth.

—Son náuseas, o como si temblase entera. Como si se me hubiese puesto piel de gallina en todo el cuerpo, aunque no tengo frío. Y me entran ganas de llorar. O de no ir a trabajar. De decir que estoy enferma. Y lo único que puedo pensar es: si la cago ahora, se acabó… y todavía es peor.

—¿Qué te hace pensar que vas a cagarla?

—Ya se lo he dicho, no duermo, me siento como una mierda, mi novio dice que es mucha presión.

—¿Tú sientes que es mucha presión?

—Es que… tengo que ser la mejor en todo, claro, mejor que los otros, los chicos, ya sabe.

Ciara mira directamente a Ruth.

—La verdad es que eso sí suena a mucha presión. ¿Cómo te imaginas tú en el trabajo, Ciara? Por ejemplo, en tu puesto anterior, ¿dirías que eras la mejor? —pregunta Ruth.

—Pues… —Ciara parece sorprendida—. Sí, claro, soy buena en mi

trabajo.

Un poco de confianza penetra en su cuerpo y lo calma.

—¿Podrías contarme algo más sobre tu trabajo?

Ciara se arrellana un poco y empieza a gesticular con las manos. Ruth escucha mientras le describe la oficina, a los compañeros y los diferentes roles, «el congreso de ventas anuales» y la política de la oficina. El novio entra y sale de la historia mientras Ciara teje la imagen de una vida equilibrada entre el trabajo y la casa, entre los diferentes tipos de necesidades. Esta es una buena charla, eso siente Ruth, como unas pequeñas vacaciones del hecho de que tendrán que volver a las náuseas y el insomnio.

—No dejo de sentir que todo el mundo espera que fracase. Y sé que es terrible porque si dejo que ese pensamiento prospere, eso es lo que ocurrirá. Que fracasaré.

—Comprendo que eso te haga sentirte mal. ¿A qué te refieres con «fracasar»?

—No sé.

—Vale. —Ruth se frena—. ¿De qué otra forma podrías decir «fracasar»?

—Pues… ¿no ser lo bastante buena?

—¿Crees que no eres lo bastante buena?

—No sé. —Hace una pausa—. Muchas veces coloco los correos en la carpeta de «no leídos» porque no tengo energía suficiente para responder, ¿sabe? —Se detiene de nuevo, extiende las manos hacia Ruth como si suplicara—. A lo mejor sería más fácil mandarlo todo a tomar viento.

—¿Qué te hace pensar que sería más fácil? —pregunta Ruth, intentando que su voz suene amable.

—Es que algunos días siento la piel, mi piel, como si fuese uno de esos globos de agua, como si fuese a estallarme la piel si algo punzante se me acerca, y entonces todo se derramaría.

—¿Le has contado eso a alguien?

Ciara asiente.

—¿A alguien del trabajo?

—No. —Su voz es un susurro—. No, se lo conté a mi novio.

—¿Y cómo fue compartirlo con él?

—Dijo que tenía que mirármelo. Que no era normal.

Ciara clava la vista en la mesa.

—¿Cómo te hace sentir eso?

Ciara se encoge de hombros.

—Parece que estás intentando contener emociones muy poderosas. —Y Ciara asiente—. ¿Tienes a alguien en el trabajo con quien puedas hablar? ¿Alguien que pueda echarte una mano?

—Una persona se ofreció —Ciara sonríe lúgubremente—, pero yo me puse en plan «lo tengo todo bajo control», a pesar de que es evidente que no lo tengo todo bajo control.

—Me pregunto si hay alguna manera de echarse atrás para lo del congreso. Parece mucho trabajo. ¿Cómo te sentirías si no tuvieses que hacerlo?

—De puta madre. Pero eso no va a pasar.

—A lo mejor podrías comentarle a tu superior inmediato que preferirías concentrarte en otros aspectos del trabajo…

Pero es la pregunta equivocada en el momento equivocado.

—¡O sea que usted cree que la estoy cagando! —Y de repente la calma de los últimos veinte minutos desaparece—. Yo no quiero que la gente se ría de mí. Yo solo quiero… —Ciara se inclina hacia delante—. Yo solo quiero algo que me ayude a dormir. Si pudiese dormir, si pudiese dormir, estaría genial. Quitarme a mi novio de encima. Mi trabajo. Podría volver a ser yo. En serio, ¿no puede recetarme nada?

Ruth hace una pausa y luego dice:

—Podríamos pensar en derivarte a un médico de cabecera. —Otra pausa, y Ciara la mira—. Y, aunque no las descarto, no creo que las pastillas para dormir vayan a…

—Sinceramente, no creo que esto esté funcionando. —De repente, Ciara está de pie, con el bolso colgando del hombro—. ¿No se supone que usted tiene que darme algo, ayudarme?

10.33

Si te pones de espaldas, el mundo no viene hacia ti. Pen ve la bahía, y luego unas tapias altas delante de más mar en Blackrock, ¿tapias para proteger el ferrocarril o a la gente? A ambos. Su madre dice que hay que comprobar las mareas porque tiene la ambición de caminar de Seapoint a Sandymount, pero alguien dijo que no se podía hacer, porque había una corriente en Blackrock. Claire dice que no se lo acaba de creer, pero a Pen no le parece que haya buscado lo de las mareas ni trazado ningún plan para hacerlo de veras. Pen cree que eso es un archivo que parpadea y hace ruiditos en el cerebro de su madre, y a veces quiere preguntarle si en ocasiones también es demasiado para ella.

¿Es mejor tener ambiciones aunque no se cumplan, o trazar menos planes pero llevarlos a cabo? ¿Qué te hace sentir más insignificante? ¿Es Pen una persona insignificante? «Todo el mundo lucha —dijo la mujer-terapeuta al principio—. Todo el mundo carga con algo». Luego la mujer-terapeuta dijo que mucha gente intenta ocultar su carga, de modo que, incluso para la gente sin diferencias en el procesamiento sensorial, las emociones pueden resultar difíciles de entender. Básicamente, piensa Pen, todo el género de la comedia romántica es la prueba de que los sentimientos no son algo fácil.

Pen observa a la gente del tren. Miran por la ventana o a sus teléfonos. Un hombre sacude un periódico. Pen contempla el borrón verde del césped que pasa; es raro mirarlo porque desaparece todo el rato, pero también es más fácil mirar eso que a la gente. Se pregunta qué «carga» lleva el hombre del periódico, o la mujer del carrito. Pen se los imagina acarreando sus tristezas, sus preocupaciones y sus miedos como mochilas grises. También había mochilas amarillas y naranjas para la gente feliz, pero incluso ellos, era evidente, tenían alguna razón

para estar tristes. A lo mejor incluso Lauren. Esa era la cosa, que solo se veían partes de la gente. Podías pasar de las caras y concentrarte en eso, en las mochilas que llevaban, y a lo mejor de ese modo podías entender lo importante con respecto a una persona. Que eran impacientes, o que estaban tristes, o enfadados, o te ignoraban. O se portaban mal.

La marisma salina, a pesar de ser marrón y salobre, y oler en verano, es uno de los sitios favoritos de Pen. Su hermana siempre dice que es fea y arruga la nariz, pero a Pen le gusta justo por eso. Tres datos sobre la marisma salina: uno, sobrevive a pesar de su aspecto pantanoso; dos, mola porque la naturaleza no siempre tiene que ser bonita; tres, es un santuario (de *sanctus*, santo). Pen leyó un artículo el año pasado que decía que, a pesar de que los humanos son solo el 0,001 % de la vida en la tierra, han matado a la mayoría del resto de mamíferos. Se llama soledad de la especie.

Si eres vulnerable, necesitas protección. Eso a Pen le parece lógico, pero su padre dice que todo el mundo necesita endurecerse un poco. Agallas, eso es lo que él cree que necesitan todos. Pen cree que podría escribir un manual sobre las agallas o sobre lo otro, la resiliencia, y en su manual explicaría que esas palabras existen solo para que otras personas se sientan más importantes. Pero eso no se lo dice a su padre. No le dice que lo que la gente llama resiliencia en realidad es solo una coraza que te construyes para que nadie te vea por dentro. No le dice que la resiliencia es una excusa para la gente que en realidad no quiere hacer lo que te ayudaría a no ser vulnerable. No le dice que las agallas son en realidad una idea para que los demás se sientan mejor por mandarte al mundo a que te hieran una y otra vez. No dice nada de eso, porque si lo dices es que no eres resiliente.

A veces la falta de resiliencia hace que las cosas sean bonitas. A veces «tener la piel fina» significa que puedes sentir más las cosas bellas. El tenue sol del invierno. La voz de Alice. *Papiliones*. ¿Les gusta la marisma salina a las mariposas? Es famosa por sus aves, y cada vez que Pen va en el tren piensa en aprenderse todos los nombres de los pájaros. Solo sabe lo justo para contarle a Soraya que la laguna posee

importancia ornitológica, cosa que provoca en Soraya una mirada exasperada, básicamente como si fuese un emoji. Pen va a sacar un libro de pájaros de la biblioteca, carbono cero. Ya viajan todos lo máximo en transporte público, eso los hace destacar, eso demuestra que son oficialmente buenas personas. Etiquetar las cosas como buenas o malas no es una de las estrategias que le ha recomendado la mujer-terapeuta a Pen, ella dice «¿Reconforta o agota?», y que las cosas no son ni buenas ni malas porque en realidad son neutrales, lo importante es cómo te sientes tú al respecto. Pero Pen prefiere hacerlo a su modo, aunque en ocasiones sea difícil decidir.

Pen espera llegar la primera a la estación, le gusta esperar, estar lista, no ir con prisa, mirar a su alrededor. Pero tampoco le gusta esperar demasiado, la pone nerviosa. Hay dos tics, así que Alice ha leído el mensaje, ¿viene también de camino? Alice solo tiene tres paradas hasta la ciudad, así que a lo mejor está en la estación o caminando hacia allá. Sydney Parade es la siguiente parada, pero ¿quién era Sydney? Aprenden cosas en la escuela (¡debería estar en la escuela!), pero Pen supone que hay más cosas que no aprenden, por ejemplo cómo ser y qué significa de veras el mundo.

Sandy quiere que ella sea médica o arquitecta, pero a ella las mates se le dan regular. Lo que más le gusta es que los números midan las cosas y que tengan reglas, como lo de pi (π), que es interesante, porque la mayoría de la gente piensa que es 3,14, pero en realidad es 3,14159265 y ese es solo el principio, se puede seguir, porque es un número real irracional. Pen se pasa horas pensando en cosas así, en que solo se pueden entender de verdad las cosas si se incluyen todos los detalles, aunque los detalles sean básicamente un inconveniente, porque nadie tiene tiempo para sacar todos los decimales de pi. Pero Pen no es uno de esos genios matemáticos como la gente con cerebros parecidos al suyo que sale en las películas, como si no se pudiese ser autista y normal al mismo tiempo, tienes que tener un don o ser interesante. A Pen le gusta la idea de diseñar cosas, pero los edificios que le describió a su padre lo hicieron reír. «Los edificios están pensados para la gente, Pen», dijo él, y su visión de habitaciones

blancas vacías se esfumó. Aunque seas un hacha en matemáticas, aunque te sepas todos los números y cuánto suman, nunca compensará el no conocer a la gente.

Cuando el pasado verano leyó el libro ese de Virginia Woolf, el del hombre con neurosis de guerra, Pen comprendió por qué se había tirado por la ventana, y también entendió lo difícil que fue para su mujer, que no pudo ayudarlo. Así que Pen ahora piensa que podría estudiar Filología Inglesa. Leer da tiempo para pensar, y eso le gusta; además, las emociones no cambian cuando están escritas. A veces piensa que su madre quiere que Pen se parezca más a ella, les lee poesía a ella y a Soraya, lleva a Pen a ver obras de teatro, le cuenta historias de cómo hizo la tesis mientras estaba embarazada, como si, por ósmosis, Pen absorbiese su amor por las palabras, como si compartiesen ese vínculo. Pero Pen sospecha que Claire ve las palabras como una forma de unirse al mundo y no, como Pen, como una forma de espacio. No obstante, Pen no dice nada, porque su madre se esfuerza mucho. Aunque a veces se producen esos baches de desconexión, como cuando salen todos juntos y ve cómo se ríen juntas su madre y su hermana, o cuando Claire le dice: «Gracias por venir con nosotras», como si Pen no fuera parte de la familia, como si siempre fuese a ser una forastera.

La madre de Pen es guerrera. Cosa que reconforta y agota al mismo tiempo, pero eso tampoco puede decirlo porque los demás siempre están señalándole a Pen lo afortunada que es por tener a su madre. «No se ha rendido», dicen. Es quizá lo único en lo que sus padres están de acuerdo. Resiliencia.

El teléfono de Pen vibra. Esboza una sonrisa.

¡YO TAMBIÉN DE CAMINO! ♡

10.38

Junto al agua hace un poco de frío, pero la vista compensa, o eso es lo que se dice Aidan. Hay remeros en el Támesis, y le sorprende que aún no estén prohibidos, con tanto taxi acuático y tanta barcaza resoplando por la orilla sur. ¿Y si se queda a contemplar la vista y se pide un café en algún contenedor de esos? Pero no, eso es para turistas, y además, tampoco hace tanto calor, a lo mejor hay un sitio más abrigado, más adelante. Mira vacilante a los remeros hasta que los pierde de vista por debajo del puente. Unos ruidos vagos flotan sobre el agua, y Aidan se da la vuelta para ver a una pequeña multitud que se precipita hacia Westminster, adornada con pancartas fúnebres y chillando ya a voz en grito.

¿QUÉ QUEREMOS? ¡JUSTICIA CLIMÁTICA!
¿CUÁNDO LO QUEREMOS?
¡ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE!

Les envidia su fe. Aidan echa a caminar, sorteando a los rezagados, y deja atrás el teatro de cemento. Una vez fueron a una función matinal, varias horas de melodrama estadounidense. Al entrar, Ruth había hecho una mueca, y dijo que tenía las botas empapadas, debían de haberse mojado con la lluvia mientras caminaban. «Quítatelas —le había dicho él en cuanto se sentaron—, o te pillarás una pulmonía». Después desapareció y no regresó hasta que los acomodadores empezaron a cerrar las puertas. «Toma», y le dio a Ruth un par de calcetines divertidos de la tienda de regalos. «Mi héroe», había susurrado Ruth. Aidan mira hacia arriba, hacia los carteles del barrio de Gabriel's Wharf, y decide no tomarse el café al final. ¿A ti te parece que esas personas ya no existen?, le habían entrado ganas de preguntarle ayer por la noche.

La torre Oxo se alza imponente y él se mete en los soportales, más estrechos junto al agua. Un grupo de niños pasa junto a él con los monopatines bajo el brazo. Ahora está en el paso subterráneo de Blackfriars, con sus murales de azulejos. Despacio, Aidan, no hace falta darse prisa. Ya tiene delante la masa desgarbada del Tate Modern. En teoría, va a ver una exposición, «En la vida real». Ruth le mandó un enlace de la exposición, le habló de cómo el artista usaba el color, y él incluso se lo mencionó ayer por la noche, una justificación más. Pero ahora que está ahí no puede ir a verlo. Está harto de vida real, aunque, Dios mío, decir eso lo hace parecer un bicho raro. «Me gusta —decía siempre Ruth, deteniéndose ante un cuadro que él había pasado de largo—, me gusta». Qué confianza supone saber lo que te gusta, declararlo como un hecho. Sigue. Deja atrás el puente tembloroso, la iglesia de Saint Paul al otro lado del río. Una pausa para mirar, mientras un par de personas pasan haciendo footing. Se supone que Aidan está decidiendo cómo dejar a su mujer, pero, mire donde mire, solo ve rastros de ella.

Al principio fue él quien la perseguía. «Ah, así que estás saliendo con "la Fortaleza"», había dicho su amigo Paul, y Aidan había asentido con una sonrisa, pensando en silencio, ya verás cómo la conquisto. Pero, tras la primera noche que pasaron juntos, se dio cuenta de que su decisión no carecía de riesgos. En lugar de reanudar soñolientos la diversión de la noche anterior, Aidan se había sorprendido enfundándose unos pantalones cortos y zapatillas de deporte que le había cogido prestados al compañero de piso de Ruth («Claro, tío, sin problema»), intentando olvidarse de la resaca. De pie, algo mareado, se dio cuenta de que Ruth ya iba delante de él, con las llaves del coche en la mano. Aidan se detuvo ante la puerta.

—¡Hace un frío que pela!

—¡Qué va! Luego te acostumbras —dijo Ruth—; además, ahora en el coche entras en calor.

—Podríamos volver a la cama…

Tenía la intención de que sonase romántico, pero pareció que estaba intentando engatusarla. Ruth le echó una mirada.

—¡O podemos ir a correr!

Aidan obtuvo una sonrisa como recompensa.

En el parque, Ruth hizo unos cuantos estiramientos mientras Aidan saltaba a regañadientes sin moverse del sitio. Su afirmación de que le encantaba hacer ejercicio, le apasionaba, iba poniéndose en duda segundo a segundo.

—¿Una vuelta al circuito? —preguntó Ruth.

A los pocos minutos, Aidan se quedó sin resuello.

—Creo que me está dando flato.

Más probablemente un ataque al corazón.

—Correrás mejor si levantas la barbilla.

Aidan lo hizo, pero se mareaba más, el cielo entraba y salía de su campo visual.

—Imagínate que tienes un palo que va desde tu cabeza hasta los pies, que te atraviesa los hombros, las caderas, las rodillas y los tobillos, todo en línea recta —dijo Ruth.

¿Cómo se las ingeniaba para hablar y correr al mismo tiempo? ¿Un palo? Aidan intentó imaginárselo, pero lo único que consiguió fue que el cuerpo se le pusiese más rígido. Madre mía, pero si apenas podía levantar las piernas. ¿Y desde cuándo era Ruth experta en cuerpos? Psicóloga, había dicho, y él se había imaginado a una persona serena y sensible.

—¡Barbilla arriba!

Era lo único que podía hacer para no mandarla a tomar por culo. Pero pronto vio la verja, el final del circuito. Lo había conseguido.

—He tardado un buen rato —jadeó, teniéndose de pie a duras penas, esperando que ella lo abuchease.

—Yo también —dijo ella—. ¡Estoy como un tomate!

Entonces Ruth se inclinó a besarlo, un beso sudoroso, y él vio (no se había fijado) que ella también tenía la cara roja y estaba jadeante.

—Hemos ido a correr —dijo Ruth—, ¡juntos!

En el coche se puso de nuevo a darle instrucciones, pero a Aidan le

costó menos aceptar los consejos.

—Espira lo más fuerte que puedas —dijo Ruth.

Él, obediente, sacó todo el aire que pudo.

—Ahora mira a ver si puedes sacar más.

Y, sorprendentemente, Aidan podía respirar aún más, era como si pudiese sentir que la parte inferior de sus pulmones se contraía.

—Se llama aire gris, me lo enseñaron en yoga, llevamos todo el rato ese aire rancio encima.

De nuevo en su casa, Aidan se había encargado del desayuno: tostadas, huevos y toda la pesca.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo Ruth, maravillada ante el despliegue.

—Me gusta esa idea —respondió Aidan—. Es como domesticar animales felizmente.

Ambos se rieron y, en ese instante, Aidan pensó: te quiero.

Por supuesto, es Aidan quien sigue corriendo (aunque solo de vez en cuando), y Ruth quien dejó de hacerlo. Aidan se detiene de nuevo, se apoya contra la balaustrada. Dios, acordarse de lo bueno no es lo que más ayuda, desde luego. Mira el río, distráete con eso. Esto debe de ser Bankside, resulta algo anónimo. ¿Será el edificio del otro lado del río alguna sede gubernamental? Eso parece, pero en Londres siempre es difícil de saber.

¿Qué dijo Ruth anoche? «¿Quieres que sea fácil?». Le habían entrado ganas de gritar, porque ¿acaso no había pasado él por lo mismo que ella? ¿No querían ambos, no merecían, que fuera fácil? Aidan se aprieta un poco más la bufanda y sigue caminando.

11.10

Cuando el tren se detiene, tienes que esperar unos segundos para que las puertas se abran. El botón se pone verde y Pen disfruta pulsándolo, ya no es una niña pero aún le gusta. Su tarjeta de transporte pita al pasar por las puertas y consigue no agobiarse con la persona que se le acerca demasiado por detrás; se limita a respirar, se apoya en el pasamanos de la escalera mecánica, y piensa en el color azul. No puedes poseer un color, pero puedes aferrarte a él de forma que siempre esté allí, siempre encuentras algo azul que mirar, especialmente el cielo (hoy el cielo está gris, pero detrás de las nubes hay azul). El marco de la pantalla donde se lee la lista de los trenes es azul oscuro, concéntrate en eso. Cuando Pen dijo que el azul la hace sentir más ella (reconforta), Sandy dijo «Eso es emoción», en un tono de voz alto.

Pen llega antes que Alice, lo cual es bueno, puede quedarse de pie y mirar las escaleras de la zona sur, junto a la cerrajería que hay enfrente de la tienda de dónuts. ¿Debería comprarle un dónut a Alice? ¿Es buena o mala idea? No es sano, pero por eso está tan rico. Pen debe evitar los picos de azúcar en sangre porque le sientan muy bien y luego muy mal. El traqueteo de un tren que pasa por encima. Mejor que se quede aquí esperando, especialmente porque podría equivocarse de sabor, tendría que tomar una decisión rápida, que no es lo peor del mundo, pero tampoco es bueno. Mejor que Pen guarde sus fuerzas para todas las cosas ajenas a ella que tendrá que hacer hoy.

Pasa una multitud de gente a toda prisa, y si Pen lo interpreta bien, todos lucen una expresión de preocupación, mochilas grises. «¿Tiene sentido la vida?», «¿Me quiere?», «¿Soy bastante?». Pen le preguntó a Claire una vez en qué piensa la gente, y esa fue la lista que ella le dio, ni siquiera se lo pensó. Pero entonces Claire se rio y dijo que, en

realidad, seguramente todos iban pensando: «¿Lloverá?» o «¿Llego tarde?». Las cosas no siempre eran tan filosóficas como uno pensaba. Pen había asentido y Claire le había dicho: «Un penique por tus pensamientos», cosa que no tenía sentido porque ya no hay peniques, hay céntimos, y además la gente no te da dinero por decir lo que piensas. Pero cuando en una ocasión Pen le respondió eso a Alice, esta dijo: «Excepto, a lo mejor, en los periódicos y en YouTube, donde ganas un montón de dinero por decir lo que piensas», y tenía toda la razón. Pen le respondió a su madre que no estaba pensando en nada, cosa que no era del todo verdad, solo que era mejor guardarse algunas cosas para sí. Por alguna razón aquello hizo reír de nuevo a Claire, y luego dijo que Pen nunca sería sentenciosa porque nunca creía saber cómo eran las personas.

La multitud se dispersa, así que quizá ese no fuese el tren de Alice. A lo mejor Alice al final no viene, a lo mejor no sabe que esto es una cita, a lo mejor no lleva tanto tiempo como Pen esperándola.

Pero ahí está Alice. (*Ecce! In pictura!*). Pen ve la parte superior de una cabeza rojiza, y es ella seguro, la reconocería en cualquier sitio. En cualquiera. Pen siente que su interior se ilumina mientras se saludan nerviosamente con la mano, y Alice mantiene la suya en alto, por encima de su cabeza, aún en medio del vestíbulo, de modo que Pen puede disfrutar de ella más tiempo y eso es lo que le gusta tanto: que a Alice, literalmente, no le interesa lo que piense nadie.

—¡Guau, vamos a hacerlo, Pen! ¡Qué emoción! Aunque también estoy nerviosa, ¿sabes?

Alice es perfecta. Alice es una ola de perfección. A lo mejor por eso a Pen le cuesta respirar. Sonríe, le dice a su cara, no quiere perderse el momento en que están ahí de pie, juntas, al principio del día que es una cita, aunque eso a lo mejor Alice no lo sabe todavía. Los ojos de Alice se convierten en un borrón, y Pen sonríe ahora abiertamente, eso es lo que hacen otras personas cada día, sin pensarlo siquiera.

—¿Nos vamos?

—¡Sí! ¿Tú crees que habrá ya mucha gente? —pregunta Alice mientras salen y giran a la izquierda.

Dos chicas salen de la estación de tren, caminando muy juntas por una acera que no está atestada, y el cielo brilla mientras ellas se dirigen hacia el sur, se detienen en el cruce, llegan a la isleta y luego a la acera, y dan la vuelta donde la carretera se amplía y se ven los árboles. Dos chicas ven las vallas de contención bajo el cielo inmenso. Se detienen, de repente dubitativas. ¿Era allí donde tenían que estar? ¿Era hoy, no en otro sitio, ni otro día? Dos chicas.

—¡Guau! ¡Han cortado toda la calle! —exclama Alice.

—¡Guau! —secunda Pen.

—Mira. —Alice señala hacia la parte superior del parque rodeado por verjas—. Ahí hay gente.

Dos chicas esperan, cruzan cuando el semáforo se pone verde. Caminan sin decir nada, pero entusiasmadas, definitivamente entusiasmadas. Sintiéndose importantes, incluso.

Pen ve gente con chalecos amarillos. Tienen símbolos en la espalda, un reloj de arena estilizado, y se le ocurre demasiado tarde que debería haber pintado algo que expresase lo que piensa, quizá en alguna camiseta vieja, o incluso en su impermeable.

—Hola, ¿sois de Extinction Rebellion?

La voz de Alice suena aguda.

—Sí, ¿queréis información sobre la manifestación?

—En realidad… —Pen carraspea—. ¿Está por ahí Jo? La conocemos un poco.

Jo es alumna de Claire, es su pase para estar allí, para ser uno de ellos.

—Eh… —dice la mujer—. ¿Conoces a una tal Jo? —le dice al chico,

se miran, niegan con la cabeza—. No importa —concluye, y se encoge de hombros—. Soy Sinéad y este es David.

—Hola —dice él, y asiente con la cabeza.

—Bueno… Vamos a encontrarnos a las doce y media en la Dáil Éireann —explica Sinéad—. Allí habrá mucha más gente, y la manifestación es a la una. Hay carteles y folletos en el puesto. —Señala hacia atrás—. Es solo para organizarse, pero ¿podéis ir para allá?

—Claro —dice Alice—, perfecto, gracias.

Alice a lo mejor parece un poco incómoda, pero Pen va flotando, porque ha hablado con un extraño.

Dos chicas avanzan y solo quedan unos cuantos pasos hasta el puesto. Donde se detienen y hacen un gesto con la cabeza a la gente que se ocupa de la organización. Donde se paran en el bordillo. Seguras. Inseguras.

—Mira —dice Pen, señalando las pancartas apoyadas contra las verjas—. «Rebeldes para siempre».

—Sí, y «Los océanos suben pero NOSOTROS TAMBIÉN». Qué bueno —asiente Alice con una sonrisa.

Dos chicas se quedan en el borde, mirando cómo la gente recoge palos de metal para los puestos. Si se limitan a quedarse ahí, ¿se fijará alguien en ellas?

—No veo a nadie de nuestra edad —susurra Pen.

—Pero eso es lo que lo hace más guay —susurra Alice a su vez—; que no es la gente del colegio, que no son solo niños a los que se les permite el capricho.

Pen asiente, pero tiene que hacer algo. Hacer algo o tener una meta.

Quedarse allí de pie es demasiado ocioso, pronto empezará a contar, no gente porque se mueve demasiado, pero sí las barandillas, las puertas delanteras, el color azul, cosas que le den solidez al mundo. Mira a Alice; su rostro también parece vacío.

Dos chicas en la parte sur de Merrion Square. Rodeadas de edificios altísimos, ¿acaso puede la gente seguir viviendo en ellos? Han venido aquí antes, claro que han venido, han ido al Museo Nacional de Historia Natural con sus padres. Pero eso fue hace tiempo. Ahora es diferente, ellas son diferentes, la situación es diferente. Apremiante. Miran a su alrededor. Un cielo de un gris pizarra. Un suelo de un gris pizarra. Los árboles que susurran.

De nuevo el limbo.

De nuevo tímida.

Nada de azul.

—¿Queréis ayudar? —pregunta un hombre mayor que se acerca a ellas con un montón de panfletos. Y cuando asienten, ambas temporalmente mudas, dice—: Vale, tomad unos cuantos, repartidlos por aquí, pillad a algunos peatones.

El hombre señala con el brazo en la dirección en la que han venido.

—Vale, perfecto —contesta Alice.

Pen asiente y Alice le da la mitad de los folletos.

Dos chicas caminan con un propósito, salvar el planeta, salvándose a ellas mismas durante un rato.

11.30

Siempre se siente como una mierda cuando un paciente se marcha de esa forma. La gente tiene que aclararse las ideas y Ruth facilita el proceso, bueno, todo lo que puede. Pero ¿cómo vas a ayudar a un cliente que en realidad no quiere hacerlo? Mientras mete las notas en la carpeta, Ruth se pregunta si Ciara se había imaginado que sería un hombre, porque en la lista solo figura su inicial: «Dr. R. Ryan». Pero el problema no ha sido el género, sino que Ruth no ha mostrado bastante comprensión. Otro día habría manejado mejor la sesión. Si Ciara no vuelve no se sorprenderá.

Ruth mira lo que queda de una antigua tela de araña que se balancea suavemente en la esquina del techo y se pregunta de dónde viene la brisa. Esas ventanas. No puede ser fácil ser propietario de un edificio así, se recuerda Ruth cada vez que cruje el suelo o que las paredes despiden un frío húmedo. Quizá ella y Lisa deberían intentar comprar o arrendar a largo plazo otro sitio. ¡Pero qué alquileres! Las ventanas no estaban tan mal.

Anthony le ha preguntado sobre la ampliación, y ahora piensa en ese proyecto, en que Aidan y ella visitaron prácticamente todos los salones de exposiciones de la ciudad, intentando decidir sobre los elementos fijos y el mobiliario, sopesando todas las decisiones como si cada una de ellas —acristalamiento doble o triple, suelo de madera o laminado— pudiese determinar la felicidad de sus vidas en el futuro. Cuando compraron la casa, por supuesto, heredaron los gustos y decisiones del antiguo propietario. Ese primer año, cuando se acercaba el invierno, Ruth había intentado cambiar el programa de la calefacción. Era un incordio, porque habían metido el panel de mandos debajo de la escalera, y, en realidad, Ruth debería haberle pedido a Aidan que lo hiciese él, porque era más paciente. Empezó a soltar maldiciones

cuando el dial se quedó bloqueado y los pequeños dientes de plástico no soltaban su presa. Lo movió con más fuerza, y al final oyó un crac; se le cayó el alma a los pies, Aidan se enfadaría con ella. Pero, más tarde, cuando se lo contó, él puso cara de pena y dijo que solo tendrían que esperar unos meses más, hasta que pudiesen permitirse un nuevo calentador, un sistema nuevo. «Déjame mirarlo», dijo, y juntaron las cabezas en el angosto espacio mientras Ruth sujetaba la linterna para iluminar la fila de pequeños dientes rotos. «Ah», dijo él, y giró el dial 180 grados. Era un truco obvio, cambiar el dial doce horas, el sistema no advertiría la diferencia. «Eres un genio», dijo Ruth; Aidan se dio la vuelta con una amplia sonrisa y casi se golpea la cabeza contra el dintel de la puerta al salir. «Somos viajeros del tiempo, vivimos en el futuro», dijo, y Ruth se rio. Debió de ser hace seis o siete años, más o menos. La aflicción repentina la sorprende, y Ruth piensa que a lo mejor recordar las cosas buenas no ayuda.

«¿Por qué esto es lo que más te cuesta decir?», le había preguntado él hacía poco, para reprocharle que nunca pidiera ayuda. Lo que más cuesta. Aun después de tantos años ejerciendo no era capaz de determinar con precisión qué es lo que más le cuesta admitir a la gente. Normalmente tenía que ver con la vergüenza. «¿Te estás oyendo?», le habían entrado ganas de contestar a Ruth, porque Aidan había empleado un tono gélido, costaba creer que alguien que te quería pudiese hablarte de ese modo. Era como eso que había dicho uno de sus profesores en la universidad sobre la adicción: el punto de no regreso siempre estaba antes de lo que parecía.

«Mira, cariño, la clínica está haciendo pruebas gratis, es como una señal», había dicho Ruth señalando a la pantalla: la imagen flotante de un médico con bata blanca, el letrero de la clínica, la enfermera sonriente. «“Reserve una prueba de AHM gratis para comprobar su reserva ovárica” —leyó—. Es un extra porque al parecer es la “semana de concienciación de la fertilidad”». Ruth sonrió porque aquello había sido idea suya, tenían la casa, dormitorios de sobra, había pasado un

mes desde la boda, seguro que querían lo mismo, ¿no? Le sonrió a Aidan, porque ella llevaba acariciando tanto tiempo la idea de un bebé que era como si ya fuese real, como si estuviese simplemente esperando a que lo trajesen a la existencia, para ser amado.

Ruth no tenía que haber presionado a Ciara, era demasiado pronto. Normalmente cuenta con más margen, hoy todo parece estar alterado. Le cuesta admitir que lo que más la ha provocado ha sido la juventud de Ciara. Todas las opciones que tiene. En la calle, alguien está gritando algo como: «Abre la… ¿Puedes, Jimmy?». En vano. Ruth no puede concentrarse lo suficiente para redactar las notas, no se le ocurre ni la más mínima pregunta que hacerles a Anthony ni a Ciara (si es que vuelve) para intentar desbloquear sus vidas. Se estremece y piensa que deberían comprar una de esas estufas de aceite para el invierno. Ruth teclea y la pantalla vuelve a la vida con un parpadeo.

«Jimmy», grita la voz desde la calle, ahora quejosa.

11.30

La pasarela que hay junto al teatro Shakespeare's Globe es más estrecha de lo que él recordaba. Al ponerse en camino, Aidan había pensado comprar comida en algún puesto del Borough Market. Pero conforme se acerca a su entrada lateral, los puestos, las opciones y la idea de tener que decidir le resultan abrumadoras. Ni siquiera lo registra como decisión; se limita a pasar de largo. Deja atrás un descampado bajo un mugriento paso a nivel de trenes, luego recorre una calle reluciente y extrañamente vacía. Sin embargo, está empezando a llover un poco, y no hay ninguna cafetería, ni siquiera una tienda. A lo mejor coge el metro para ir al hotel, recoge su equipaje y se marcha pronto al aeropuerto. Pero ¿hay alguna estación por allí? Es ridículo perderse de esa forma.

«Mucha gente necesita ayuda, Ruth —había dicho él—. No significa que nos pase nada». Al principio fue Ruth quien se empeñó en hacerse el test de reserva ovárica, una especie de regalo de boda raro, había dicho. Pero el ambiente no fue tan festivo cuando llegaron los resultados, y ella ni siquiera quiso hablar del tema. «Sabíamos que teníamos que empezar pronto —dijo él—. Veremos qué nos dice el especialista». Pero incluso Aidan tiene que admitir que la sala de espera era lo contrario de lo que ambos se habían imaginado que les aguardaba cuando él le había dicho a Ruth: «Formemos una familia».

Había otras dos parejas allí sentadas; comparten un incómodo silencio y echan miradas de tapadillo a las tarjetas de agradecimiento y las fotos de bebés en las mesillas y los alféizares de las ventanas. Él había estado a punto de girarse hacia ella y decir: «Vale, tienes razón, vámonos, vamos a tener al bebé a la antigua usanza». Pero, en lugar de

eso, había esbozado una media sonrisa y, cuando la enfermera los llamó, se levantaron y la siguieron por una puerta hasta un despacho que llegarían a conocer demasiado bien. Se sentaron en un lateral del despacho, ahora de la mano, diciendo lo que habían ensayado, oyendo las explicaciones, las siglas y las estadísticas. Se pasaron todo el rato asintiendo, como si fuese de lo más razonable.

Con la primera inyección habían tardado casi media hora en empezar. Ruth en la cama, Aidan con la aguja, colocada en el ángulo que les había mostrado la enfermera. Aterrorizado ante la idea de hacerle daño. ¿De veras tenían que hacer eso cien veces? «A lo mejor funciona en el primer ciclo», dijo Ruth, con aquella sonrisa que a él tanto le gustaba. Y el primer tratamiento había producido veintiocho folículos, lo cual eran buenas noticias. Pero tras las inyecciones, solo recogieron diez óvulos, de los cuales maduraron cuatro. Y a pesar de haber fertilizado los cuatro, al quinto día solo podía trasplantarse un embrión. Conque probablemente no tendrían éxito en el primer ciclo, había constatado Aidan. Así que, al décimo día, cuando Ruth insistió en hacerse un test aunque fuese pronto, lo había sorprendido la mirada de alegría de ella cuando aparecieron lentamente dos rayas rosas, como también lo había sorprendido su propia sensación de esperanza. Después se hizo otro, para asegurarse, esta vez uno digital, en cuya ventanita, tres minutos más tarde, apareció en efecto la palabra EMBARAZADA. Cuando Ruth salió de la habitación para llamar a la clínica, Aidan soltó el test y contó hasta diez; luego lo cogió de nuevo y lo miró. Aún embarazada.

En la clínica se alegraron muchísimo por ellos. Pero cuando llegaron los resultados de los análisis de sangre, el médico dijo que los niveles de beta-hCG eran solo de 47. Entonces les explicó que el mínimo era de 50, y Aidan se dio cuenta de que lo de EMBARAZADA tampoco significaba gran cosa.

«A lo mejor sube, son los primeros días», dijo el médico; tenían que mantener la esperanza, a lo mejor era solo una implantación tardía. Harían otro análisis de sangre a los pocos días. Y, de hecho, los niveles habían subido un poco después del fin de semana. Ruth había seguido

tomando las medicinas y poniéndose las inyecciones. Una semana más tarde, los números habían vuelto a subir, pero aún no llegaban a donde tenían que llegar. Y, unos días más tarde, a Ruth le bajó una regla abundante. Sorprendido por la magnitud de su pena, Aidan había dicho: «Lo intentaremos de nuevo», y se sintió aliviado cuando Ruth asintió. Entonces le dio las gracias, y ella dijo: «¿Por qué me das las gracias? Estamos juntos en esto».

Aidan se queda allí, en la acera gris de Londres, más solo que la una, sin tener ni idea de por qué está allí y no en casa, de por qué no está con Ruth, compartiendo aquello con ella. De repente todo se vuelve de lo más triste, el día se ha echado a perder, ha echado a perder su vida… cuánta pérdida. Se le corta la respiración. Inspira hondo, aunque, bueno, eso no lo cura todo, hay un límite, y él es incapaz, aunque lo intenta, pero es incapaz de encontrar una vía para desahogar su pena. Quiere pedirle, pedirle a su mujer que arregle las cosas. Arréglame, quiere decirle. O libérame.

12.07

El problema de trabajar por tu cuenta, piensa Ruth, es que estás sola. A veces es como si no hubiese más cuerpos en el edificio, ah, una puerta que se cierra en otra habitación, o una tabla del suelo que cruje en algún sitio, o el ruido de un interruptor, o incluso la cadena del baño del rellano (otro conflicto con el casero, porque el cubículo es demasiado pequeño, queda demasiado a la vista, allí en el rellano, como para ofrecer algún tipo de comodidad, material o personal). Pero por lo general el edificio es silencioso. A veces se oye la calle, por oleadas, hay gente fuera, la vida sigue. A lo mejor debería salir. No tiene que ir al hospital hasta las dos («solo una revisión»). O a lo mejor se deja caer bajo el escritorio, hecha una bola, con la esperanza de que el mundo desaparezca. «¿Te ha pasado lo de sentirte que estás en una película?», le preguntó un profesor una vez. Él tenía la costumbre, según le confesó, de fingir que estaba representando su vida mientras hacía las cosas, mientras hacía la compra o preparaba la cena.

Ruth se pone el abrigo, las notas pueden esperar, las ventanas pueden quedarse donde están, ella se va y olvidará el aspecto de esa habitación, a la vez expectante y desangelado. La puerta se cierra con suavidad tras ella, y las escaleras quedan a oscuras. No se molesta en dar la luz, y baja a tientas, hacia el estrecho zaguán. Ella y Lisa habían pensado en pintarlo, o en colgar algún póster, pero como hacía tres años que habían alquilado el sitio, la oficina compartida, y la cosa parecía que iba bien, no tenían tiempo, así que se olvidaron de pósteres, de pintura y de las ventanas. (Aunque quizá deberían pintar al menos el baño cuando Lisa volviera de la baja). En Capel Street, el aire es más suave que antes; Ruth se afloja la bufanda. Mientras camina hacia el río, cambia de opinión y gira a la izquierda.

Habitualmente Ruth quiere decirles a sus pacientes que son normales,

pero sospecha que no es eso lo que ellos quieren oír. Para algunos era reconfortante saber que sus sentimientos, sus actos o los actos de los demás con respecto a ellos no los hacían diferentes, sino iguales. Que sus vidas no eran extraordinarias. Pero ni Ciara, ni Anthony, ahora que lo piensa, desean esa uniformidad.

La brisa es fresca, y caminar, moverse ha sido una buena idea, aunque es difícil evitar por completo la sensación de que está huyendo. («¡Huye! ¡Quédate!»). Abbey Street es más fácil que los muelles, menos estresante que atravesar Temple Bar, a pesar de que la quietud de la calle no es algo bueno, en conjunto. Es raro que la ciudad haya cambiado tan poco desde su niñez. El cambio más importante son las casas. Derribaron muchas. Humedad. Riesgo de incendio. Delante hay una pareja, o un par de chicos, juntos, una especie de riña, miran algo juntos, luego se abrazan. Una peluquería para hombres, qué irritante que a los hombres siempre les salga más barato, como si tuviesen menos pelo. Ruth baja a la carretera para sortear a un grupo de chicos que ocupan toda la acera con las bicis, la ironía de la carretera vacía, y se pregunta qué ocurriría si una persona hiciese eso, si alguien caminase por la carretera y se quedase en ella, si fuese caminando despacio de forma que los coches se amontonasen tras esa persona, y se pusieran a tocar el claxon y la gente chillase, y ella como si nada, desafiante, rechazando por una vez que las necesidades de otra persona pasasen por encima de las suyas. «No hace falta montar un drama», otra de las observaciones de su madre.

Ruth deja atrás una de las muchas escuelas de idiomas de la ciudad, los alumnos arracimados, en camiseta en pleno octubre. Más adelante ve el letrero chillón del Museo del Leprechaun y se pregunta si merecerá la pena, si le gustaría a su ahijado. Debería llevarlo a más sitios, pero Ruth es demasiado consciente de ser solo una tía postiza y aún recuerda su tedio infantil cuando tenía que asistir a espectáculos para niños un poco más pequeños que ella, el horror de que le preguntasen qué tal le iba en la escuela. Había llevado a Conor al acuario de Sea Life de Bray un día festivo y no se puede decir que fuese un éxito rotundo, o era demasiado pequeño o demasiado mayor, y los

estanques estaban atestados, parecía una crueldad. El zoo había estado mejor, habían ido en grupo para celebrar su cumpleaños y había visto elefantes, tigres, jirafas. Le había comprado un peluche en la tienda, aunque no recordaba lo que era, ¿un tucán? ¿Un cachorro de tigre? Le había encantado que él le cogiese la mano, los momentos de amor eran los que merecían la pena. «No, eso no, piensa en otra cosa». ¿De dónde habrían salido los leprechaun, en cualquier caso? Al parecer era verdad que en Irlanda había más arcoíris, tenía que ver con la latitud, o con el hecho de que siempre estuviese lloviendo. Lo que no entendía era qué pintaba allí la olla de oro, pero de pequeña lo había creído a pies juntillas, y siempre le pedía a su madre que siguiera conduciendo para llegar al final del arcoíris. Está ahí mismo.

Es demasiado pronto para cruzar el río, falta mucho para su cita. Ruth odia matar el tiempo. Debería haberse quedado en su despacho, haber intentado buscar alguna idea nueva después de todo, quitar de en medio algún papeleo, o al menos podría haber respondido a algunos correos (otro tipo de desplazamiento), pero no lo ha hecho y ahora se queda de pie en la acera, vacilante. Un tranvía se aleja de la parada y Ruth se detiene para dejar pasar a la muchedumbre. Hay un periódico abandonado en el banco de la marquesina. ASALTO TURCO A LAS FUERZAS KURDAS. DESTITUCIÓN. GENTE SIN HOGAR.

Ruth levanta la vista para ver de dónde viene el ruido y se fija en una mujer rubia que lleva un cochecito de bebé; la carga berrea. Madre e hijo están cerca de ella, en la acera, y se detienen a su lado. «¡Joder, cállate la puta boca!». Hay algo en la situación, en el niño, de repente en silencio, que atrapa la atención de Ruth. Se da cuenta demasiado tarde de que la madre la ha pillado mirándolos. Ruth baja del bordillo sin mirar si vienen coches. Una bici da un giro brusco. «Lo siento», vocea Ruth, demasiado tarde. Vuelve la vista y Ruth ve a la mujer inclinada sobre el niño. ¿Qué está haciendo? Al parecer le está dando una bolsa de dulces al pobrecillo. Una vez, Ruth había intervenido. Una noche, en el autobús, vio a un niño muy pequeño dando tragos de una botella de jarabe medicinal sin que el hombre que lo acompañaba se lo impidiera. Ruth había esperado un rato, pero cuando lo hizo por tercera vez, le dijo: «Creo que no debería dejarle tomar eso». Y había

sentido que todo el mundo alrededor la miraba, mientras el hombre gritaba: «¡Ocúpate de tus asuntos, bruja!». Por supuesto, Ruth no había insistido. Ahora siente la misma mezcla de vergüenza e ira, piensa en las veces que le habían gritado o pegado en público sin que nadie dijese nada, al menos no a su madre, con su bonito acento de clase media. Y Ruth no está segura de por qué hoy piensa tanto en su madre, cuando pueden pasar semanas sin que piense en ella, y es casi irónico, porque su madre es la última persona a quien ella se confiaría.

Ruth da la vuelta por Liffey Street, y tiene que bajar de nuevo a la calzada, porque en la acera hay una horda de turistas y un hombre hablando por teléfono. Caminar es como un antídoto a la sala de terapia, a lo mejor tanto cara a cara todo el rato es demasiado intenso. Había estado considerando pedir sesiones en grupo, un grupo de apoyo para adolescentes. Se los imagina, un círculo desconsolado, o a lo mejor no, a lo mejor se mostrarían ruidosos y llenos de vida, lo cual es aún más terrorífico.

Ruth no hace terapia familiar. Al final, Ruth había acabado por decir, en plena desesperación: «Bueno, mamá, a lo mejor deberíamos ir a hablar con alguien juntas, o algo así», y su madre, para asombro de ambas, había asentido en silencio. Pero la cosa no había funcionado. Se encontraron fuera, en los escalones, y se sentaron una junto a otra en la sala de espera; el cuerpo de su madre se sobresaltó cuando las llamaron. Ruth había albergado la esperanza de —¿qué?— un nuevo comienzo. Ya no podía seguir llevando a cuestas la ira de su madre (no podía, no quería). Pero cuando empezó a hablar, aunque dijo cosas bastante inofensivas, una especie de gambito de apertura, su madre echó atrás la cabeza como si la hubiesen azotado con un látigo. Pues aquello, le entraban ganas de decir a Ruth, aquello no era nada de nada. De lo que ella quería hablar con el terapeuta era de la constante furia de su madre, quería encontrar un aliado contra ella. Pero habían transcurrido los minutos, y ambas no respondían más que sí o no a las preguntas. Al final, Ruth se disculpó con el terapeuta cuando se marchaban, y cuando él le dijo que quizá todavía no estaban listas y que él estaba allí si ella quería acudir sola, Ruth asintió en silencio.

¿Qué había querido decir su madre?, se pregunta Ruth de repente.

Al otro lado de la carretera había habido una zona de restaurantes, ahí había un soportal que conducía a los puestos y los cafés. Quizá había desaparecido sin más, se llama el Epicurean no sé qué. Se llamaba. Ahora solo hay una gran tienda de saldos, y enfrente una enorme cafetería de una cadena.

Ruth también había querido una hija. Lo haría todo de modo diferente. Sería… «No, piensa en otra cosa».

El soportal ha desaparecido por completo, pero aún puedes comprar un kebab en Istanbel's Hyderabad House, quienquiera que le pusiese el nombre lo hizo a conciencia. Y también queda el sitio de comida sana, y la chocolatería. Pero ya no está la tienda de decoración de enfrente, donde ella compraba cintas para adornarse, una adolescente que se ataba encaje negro alrededor del cuello. Ruth le echa un vistazo al reloj: aún es demasiado pronto.

Si miras muelle abajo, por lo menos la librería sigue ahí. Los pies de Ruth la llevan hacia delante y se detienen ante el escaparate del Winding Stair. Los libros cuelgan como móviles, como si se hubiesen escapado de los mojigatos confines de las estanterías; las portadas color naranja de los clásicos se mezclan con los libros nuevos. Se siente aliviada de que el papel siga existiendo, el olor de los libros, no es lo mismo leer en pantalla. Hay postales y también bolsos de tela. Cómo era ese, decía «Mis errores son mi», cómo, el bolso tenía un pliegue, ah, «mi vida». Sí.

De repente Ruth desea justamente eso. No hacer nada en todo el día aparte de leer. Una especie de protesta. (En plan adolescente, para variar). Pero mientras ojea las superficies de los libros se siente abrumada. ¿Quizá debería comprarse uno? Pero ¿quiero llevarlo a cuestas todo el día? Ruth se queda ante el escaparate, y su vista acaba centrándose en una portada. Ve el drapeado de tejido rojo entre los cuerpos, envolviéndolos, el tierno abrazo. Un cuadro de Schiele. Se acerca más y lee el pequeño pósit promocional sobre la portada: «La librería recomienda… historias… mujeres». Es una letra demasiado pequeña. En cualquier caso, no le importa el contenido, es la imagen.

Vieron la exposición juntos, «No sé qué moderno», o «No sé qué del siglo xx» o «Formas de no sé qué», ahora se le escapa el título de la exposición, pero el recuerdo permanece. Se acuerda de que se detuvieron ante el cuadro, que su ternura los inmovilizó, que Aidan le cogió la mano, que entrelazaron los dedos. *Madre e hija*. Lo que recuerda es la unión que sintieron. Ahora la mano de Ruth tiembla. ¿Era posible que eso hubiese desaparecido del todo?

En la caja, la librera registra la compra. Ruth pide un favor.

—¿Podría recogerlo a la vuelta? Tengo una reunión y preferiría no llevarlo todo el día a cuestas —dice señalando su bolso ya lleno.

La mujer sonríe.

—Por supuesto, lo guardaré detrás del mostrador, solo tendrá que pedirlo. Pondré su nombre en la bolsa, Ruth Ryan, ¿de acuerdo? —Ruth asiente—. Bonita aliteración.

Qué observación tan de librera.

Y está de nuevo en la calle.

Atraviesa Merchant’s Arch, sube por Crown Alley, que a los quince le parecía muy emocionante y ahora, bueno, ¿era solo para turistas? El edificio que tiene delante la obliga a girar a la izquierda y a dar la vuelta en dirección a la escuela College Green. Espera que cambie el semáforo, cruza, y ahí está Trinity Street, con el pub en la esquina, escenario de tantas noches de estudiante y, sí, el cajero aún ahí, al otro lado de la carretera, la fuente de efectivo para una última copa. Ahora es una calle peatonal. El escaparate de Avoca, con mantas de colores brillantes. Ruth pasó por una fase en que las compraba para los bebés de sus amigos, porque ella había heredado una que le habían regalado a su madre, «Esta manta es más vieja que tú», le había dicho muchas veces. Mohair azul, con una raya malva. Pero ahora la tienda es propiedad de esa empresa que vende una comida terrible a los asilos y ella no ha vuelto a entrar. («¿Para qué sirve un boicot si nadie se entera?», preguntó Aidan). Ruth gira a la derecha, a lo mejor camina por Grafton Street y come algo cerca del Saint Stephen’s Green. Pasa

junto a los grandes almacenes Brown Thomas con sus caros y brillantes artículos, y de repente siente náuseas al pensar en ellos, de modo que baja de nuevo por Nassau Street.

En la esquina de Dawson Street hay un vacío donde antes se erguía un edificio, una de esas construcciones feas de los setenta, o quizá de los ochenta, y ahora, donde había ladrillo marrón, hay cielo azul. La asombra que las cosas se esfumen así, el arco desaparecido, y ahora esto, de la solidez al aire. A través del hueco ve la curva de un edificio con ventanas altas. Por qué no pueden dejarlo así, se pregunta, poner quizá un parquecito, pero el terreno vale demasiado. Construirán otra cosa, algo no tan bueno como el aire y el cielo. Hay un indigente dormido o tumbado, envuelto en una manta y cajas de cartón; solo se le ven los pies, podría estar muerto y ellos no se darían cuenta, toda la gente pasa de largo (su vida no es más que una larga libertad). En los años venideros la gente preguntará cómo podías ignorar algo así, no hacer nada. Y contestarán: no lo entiendes, era diferente entonces. Qué mentiras. Se oye el repiqueteo del tranvía al abrirse paso por la ciudad.

Su madre siempre había odiado Dublín, le daba rabia su imperfección: un poco sucia, un poco corrupta, un poco bonita. Durante sus últimos días en el hospital, se había imaginado de vuelta en Wexford, y había dicho: «Mira, se ve el mar», señalando las ventanas. «Hace sol». Y Ruth había asentido, aunque era un día gris y solo se veía el aparcamiento. Aun así, era agradable estar junto a la ventana; Ruth se había sentado, ignorando los cuadros de la Virgen colgados en las paredes, y le había cogido la mano a su madre. En realidad, el gesto era poco natural, dado lo escasamente que se habían tocado en la vida, pero Ruth tuvo la sensación de que era oportuno. Tocar. Aidan le había dicho: «Puedes contarle cosas, hablar con ella, no dejes que se vaya sin haber dicho lo importante». Pero cuando su madre había levantado la vista y había dicho: «Creo que esto es el final», Ruth le había respondido que no dijera eso y había hablado vagamente sobre su recuperación, y la mentira las había hecho sentir incómodas de nuevo.

Solo había bajado a la cafetería a por un sándwich, solo se había ausentado media hora, pero su madre había entrado en coma. Ruth se sentó junto a su cuerpo inconsciente, y dijo: «Te perdono» y «Te quiero», palabras que le resultaban inimaginables en la vida real. Y en aquellas horas de silencio, había recitado para sí: mi madre se está muriendo. Pero aquello tampoco sonaba real.

Les había dicho a las enfermeras que no querían ningún sacerdote, y cuando se fue esa noche les pidió que la llamasen solo si había un cambio significativo. La llamada fue a las cuatro de la madrugada. El taxi por las calles vacías, la carrera por los pasillos desiertos, y la continua sensación de que no había superado la prueba. Su madre no parecía en paz, no de veras, y aquello había alterado a Ruth. Apareció el médico para certificar la muerte y a Ruth le entraron ganas de preguntar: ¿de verdad se ha ido? Como si pudiese abrir los ojos de un momento a otro. Pero el médico se limitó a ofrecer sus condolencias, y Ruth, tras coger la bolsa de plástico con las pertenencias de su madre, se volvió a casa convertida en huérfana.

Ruth se abre paso entre la gente que espera ante la joyería, la panadería, la papelería. Es agobiante. La tienda de Kilkenny, otro edificio marrón, quizá podría comer aquí, sopa y un panecillo integral, un clásico. Sin embargo, parece a tope, la ventana de arriba atestada, la vista sobre la universidad atrae a todas las mujeres de mediana edad del barrio. Ruth sigue adelante. Kildare Street. La Alliance Française, pero Aidan y ella habían ido a ese café millones de veces. Sigue adelante, porque no quiere, no puede, pensarlo, «no, piensa en otra cosa». ¿Tomar algo en el Brewbaker, quizá? Una cafetería tras otra, una opción tras otra, y ninguna de ellas buena. Y aquí estamos, esto es lo que han hecho con la calle antigua, la han demolido para convertirla en cristal y cemento e incluso cuando levantas la vista, no hay variación, no hay belleza.

Ruth está dolida, y cualquier persona sensata diría que está hambrienta, nerviosa y cansada, y que tiene un día de mierda, y que

debería darse un respiro. Pero en algún momento hay que asumir responsabilidades. «Tú», el clásico recurso para desvincularse, el paciente que siempre dice «tú». Ciara era así, decía «tú» cuando en realidad quería decir «yo», y esa sensación de transferencia no es agradable, esa sensación en la que Ruth se ha visto reflejada. («¡Huye! ¡Quédate!»). Tiene que encararlo, pero ¿cómo hacerlo cuando hay una serie de acontecimientos, cuando no eres solo tú, cuando había al menos dos personas arruinándolo todo? Deja atrás las verjas del principio de Clare Street, que era solo un puñado de edificios, en realidad. La galería delante. El hospital. Es solo un chequeo. Ruth sigue caminando.

12.43

Hay un ritmo, una unidad en el acto de tenderles objetos no deseados a los desconocidos, el folleto es como una conexión y una barrera entre vosotros. Es un flujo constante, aunque no son demasiados; la mayoría parece gente de negocios, algunos llevan cochecitos o llevan la compra (sobre todo mujeres), una persona en una silla de ruedas navega por el borde roto de la acera. «¿Le preocupa el cambio climático?», dice Alice una y otra vez. Pen básicamente se limita a tender un folleto cada vez que alguien camina junto a ella. Es difícil que me preocupe, eso dicen las caras de la gente, están liados, van a algún sitio, tienen sus propios problemas, les parece que pueden elegir que el aire, el agua y la tierra no sean su problema. Pero parece que Alice les agrada, sonríen al desviar su mirada, mientras cambian de rumbo para sortearla y niegan con la cabeza, pero de forma amable (piensa Pen). Un hombre con traje se detiene, se hurga en el bolsillo, intenta darles algunas monedas.

—No es una colecta —dice Alice.

—Queremos que las cosas cambien —se oye decir Pen.

El hombre se aleja.

—Vaya tío —dice Alice, y Pen se siente a punto de explotar.

«¿Quiere que las cosas cambien?», pregunta después Alice a los transeúntes. Pen cree que podría pasarse la vida haciendo esto, con Alice. Alice dice que a lo mejor deberían desperdigarse; a lo mejor si estuviesen más cerca de la universidad pasaría más gente joven, por ejemplo. Pen asiente. Alice una vez dijo que le gusta el silencio de Pen, porque es fácil estar con ella. Pen espera que lo dijera en serio. Lo de «hoy fluirán las palabras» está resultando ser más difícil de lo que pensaba.

Solo han llegado hasta la panadería de Hansel y Gretel, que parece una panadería superguay, aunque es un poco raro que se llame así porque en el cuento los padres pretendían deshacerse de los niños y además las galletas y todas las golosinas casi acaban con ellos. A Claire no le gustan las historias de brujas. «Por Dios —dice Sandy—, no tienes que compadecerte de todo el mundo». Pero Pen comprende lo que su madre quiere decir, porque cree que a lo mejor la bruja no era una persona sociable y no parece justo confundir a una persona introvertida con un asesino de niños. «No es literal», dice Sandy, pero Pen piensa: ¿y si lo es?

Pen dice: «A lo mejor ya hay estudiantes repartiendo en la universidad», y le da la impresión de que la cara de Alice se entristece, pero entonces Pen dice: «En la esquina vemos mejor lo que sucede, y está el cruce». Así que vuelven a la esquina. En realidad a Pen le gusta porque la acera es más grande y hay menos coches, y más cielo y, de alguna forma, más aire. «Trinity Ward», dice la placa de la pared. Se siente un poco mal por haber engañado a Alice.

—¿Quiere que las cosas cambien? —pregunta Alice.

Una mujer con un abrigo azul coge un folleto y se detiene a leerlo, justo al filo del bordillo. No lo arruga ni lo deja caer, lee. Se vuelve hacia ellas. «¿Os estresa esto?», pregunta. Alice le dice a la mujer que están recuperando el control, que de eso trata la acción, resulta mucho más estresante no hacer nada. Le pregunta a la mujer si quiere unirse a ellas, pero ella contesta que tiene una reunión, tiene cosas que hacer. Señala hacia delante con la cara blanca. A Pen le parece que está muy triste, y se imagina una gran mochila gris. «Pero gracias». A medio cruzar la calzada, la mujer de repente se gira y las llama. «¿Puedo sacaros una foto?».

12.45

Al bajarse del bordillo de Merrion Square, Ruth se arrepiente del impulso de huir, y se gira sin pensarlo. «¿Puedo sacaros una foto?». Las chicas la miran, se miran entre sí. «Podría subirla a alguna red social para que se entere más gente». Suena un poco improbable, incluso cuando lo dice. ¿Qué tienen esas dos chicas que ha captado su atención, que la han hecho abandonar su ensimismamiento?

—Vale —dice la chica alta, mirando al suelo.

—¿A lo mejor podrías sacar eso, y que nosotras estemos de fondo? —dice la que parece más joven, señalando la pancarta de la parte superior de la plaza.

—Mucho mejor idea —dice Ruth, ahora comprometida con el extraño acto.

Las chicas posan, Ruth saca un par de fotos.

—¿Queréis que os etiquete o algo? —pregunta.

—Bueno, se supone que tenemos que estar en la escuela —dice la más joven con una sonrisa.

—Claro. Lo siento. —Ruth ya se aleja, con el folleto en la mano—. Buena suerte, lo estáis haciendo por todos.

Durante un momento, las chicas parecen alegrarse, y Ruth también se alegra de haberse parado, de haber hecho una foto, de haberse dejado llevar por sus sentimientos. Aunque, en realidad, ¿debería estar sacando fotos a adolescentes? ¿No tiene cosas más importantes de las que preocuparse? Ruth cruza al otro lado y mira hacia atrás para comprobar que están bien, pero las chicas reparten folletos de nuevo. Borrará la foto, esa imagen que es sobre todo suelo gris, edificios oscuros, una esquina de cielo y dos chicas, una con un gorro de borla.

Las verjas del parque tienen volutas. En verano, en los fines de semana, la gente viene con sus cuadros, para venderlos o solo para

exhibirlos; ata los lienzos a las verjas, envueltos en plástico si llueve, y se sientan en esos taburetes plegables. Ruth y Aidan han caminado por aquí muchas veces, mirando, alabando lo que veían. ¿Qué habrá pasado con esos cuadros? ¿Estarán en casas de gente, dispersos por el mundo?

Más adelante hay un grupo pequeño. Están de pie, en un semicírculo, recitando algo, qué es, ¿una especie de grupo poético? Ahora Ruth está más cerca y lo ve, no es poesía, por supuesto que no. Tienen Biblias en la mano. Una mujer con un chaleco reflectante y una bicicleta dirige la lectura, en tono alto y fuerte. Otra mujer en cuya muñeca cuelga un crucifijo se mece suavemente, plenamente concentrada. Ruth se acerca aún más y ve que uno de los hombres sostiene la foto de un bebé. Ah. De repente lo entiende. Por eso se balancean, de cara al hospital. No puede pasar entre ellos. Ruth aminora el paso, tendrá que cruzar para sortearlos. Al menos no llevan esos diminutos ataúdes blancos, Dios, cómo se sentiría si viese algo así, la última cosa en el mundo en la que quieres pensar. Aquí hay mucho tráfico, los coches conspiran para mantenerla en esta acera, y ahora Ruth solo quiere poner tierra de por medio. «¡Huye!». No tiene elección. Los adelanta a toda prisa, los adelanta a toda prisa, no habla ni mira ni se detiene.

Al final, el tráfico se detiene unos instantes, y ve el cartel de una cafetería bajo el instituto alemán. Ruth no pensará en lo otro («solo está hambrienta / nerviosa /cansada»). Baja las escaleras y por suerte no hay cola. Dentro, blanco y reluciente.

—¿Qué desea?

La mujer señala la pizarra que hay ante ella, una lista de sándwiches. Elige el primero.

—Pollo con salsa picante, buena elección.

Cuesta no sentirse que la han salvado, un poco.

—¿Algo de beber? —pregunta la mujer, dándole un trenecito con un número.

Niega con la cabeza.

—¿Efectivo o tarjeta?

Ruth balancea la tarjeta sobre el datáfono. No tiene mucho suelto para la propina, solo un euro, y se encoge de hombros a modo de disculpa.

En el resto de las mesas hay parejas y, quién sabe, a lo mejor son amantes, ese hombre que se inclina hacia la mujer, o las dos mujeres con las cabezas juntas, ¿quién se tiraba a quién? Lo normal que parecía todo por fuera, la otra vida que llevabas por dentro. Solo estoy cansada, solo estoy muy cansada. Un año entero, no, más, de estar hambrienta / nerviosa / cansada. Saliva en la boca, la comida está al caer.

La camarera llega con su bocadillo. La salvación, de nuevo. Ruth come y piensa que le gusta esa sala, la cafetería con las ventanas que dan al jardín, se pregunta si se podrá comer fuera en verano. Por encima hay pisos de paredes blancas, techos altos y ventanas que dan al parque. A lo mejor a Aidan le gustaría, pero no, no puede permitirse imaginar tal cosa. El pollo está sabroso, bueno, y Ruth vuelve a pensar en volverse vegetariana. En realidad no hay justificación para comer otros seres vivos. Pero también resulta abrumador reconsiderar todas tus opciones vitales cada vez que comes. A lo mejor las dos chicas eran veganas, a lo mejor los salvaban a todos. Las largas mesas de caballete se están llenando; Ruth resiste el impulso de mirar el reloj. Aún le queda tiempo.

Seis meses atrás, en abril, había empezado a sangrar. Había empezado a sangrar cuando no debía, unas manchitas en el papel higiénico, en la ropa interior, luego un poco más, una viscosidad de un rojo oscuro, casi marrón, que no reconocía. Antes se lo habría enseñado a Aidan, su cuerpo habría sido una llamada, pero entonces, bueno… no. Además, no parecía importante, hasta había parado unos días.

Y luego las hemorragias habían empeorado en junio, y ya no podían ignorarse, así que había tenido que llevar su cuerpo y describirlo, desplegarlo, exponérselo a su marido, aunque él ya no mostrase interés por él. «Tengo hemorragias», había dicho, y él a duras penas había

logrado poner cara de interés, así que a Ruth le habían entrado ganas de chillar: «¡Me estoy muriendo!» para ver si reaccionaba. Algo debió de dejar traslucir en su cara, porque él se excusó: «Lo siento, no sé qué…», pero Ruth se dio media vuelta. «No me das ninguna oportunidad», había protestado Aidan más tarde cuando ella dijo que, en el caso —poco probable— de que le interesase lo más mínimo, había concertado una cita con la médica de cabecera para el día siguiente. La médica dijo que seguramente fuesen fibromas, que eran benignos en la mayoría de los casos, y que solo le preocupaban «un poco». Pero en la habitación flotaba la sombra de algo, y Ruth se marchó a casa y dijo «fibromas», la palabra que por fin probaba que le pasaba algo. Y solo entonces Ruth miró la carta donde la derivaban a la maternidad de Holles Street. «¿Por qué ahí? —había preguntado Aidan—. ¿Por qué no te mandan a otro sitio?». Y ella no fue capaz de decir que estaba tan asustada que ni siquiera se había dado cuenta.

«¿Desea algo más?». El plato de Ruth está vacío, así que se pide un café, aunque solo sea para retrasar un rato la sala de espera. La ginecóloga había sido de lo más eficiente en julio, casi se había mostrado despreocupada, cosa que a Ruth le había resultado reconfortante y confuso. No hay que operar ni nada de eso, le habían dicho, así que ella recogió la receta y se fue a casa; se tomó las pastillas y observó cómo su cuerpo volvía a la normalidad.

Un camarero le deja en la mesa el cortado con una amplia sonrisa. A Ruth no le gusta mucho el café, pero es mejor que tomar el té «fuera», como decía siempre su madre. Pedir un té fuera de casa, donde no podías estar segura de que hubieran hervido bien el agua o escaldado la tetera ni podías elegir la taza, donde el té era malísimo, y Ruth no puede quitarse de la cabeza la idea de que su madre tenía razón al menos en eso. En julio, junto con su inesperada sensación de alivio, Ruth había vuelto a su clase de yoga, había decidido meditar antes del desayuno, comer bien, respirar hondo. Aidan no se había mostrado tan entusiasta con el plan, con su declaración de novedad, y quizá ella

debería haberlo sabido. No se puede empezar otra vez un matrimonio.

«El oso fue a la montaña», le había cantado Aidan en un momento de cruel perspicacia, porque ella le había contado años atrás, al principio de estar juntos, cuando se estaban conociendo, le había hablado de unas vacaciones familiares. Era un largo viaje en coche, debía de tener unos cinco años, y ella iba cantando alegremente una y otra vez la canción del oso que iba a la montaña a ver qué se veía. Pero su madre se enfadó y la mandó callar; y, como Ruth siguió, detuvo el coche, la obligó a salir y le dijo que se quedase junto a la carretera. «No te muevas». Ruth no se había atrevido a moverse, se había quedado de pie, mirando cómo su madre se alejaba. Había vuelto, por supuesto que había vuelto, pero Ruth había aprendido la lección. Aidan no tenía intención de sacar ese tema, «solo quería decir», y sonaba exasperado, no muy diferente a su madre, para ser sinceros, «solo quería señalar que siempre estás persiguiendo algo y, cuando no lo encuentras, cambias de objetivo. Es muy fácil para ti». Ruth lo había negado, en especial la acusación de lo fácil que era para ella, porque no lo era, no le parecía en absoluto fácil. «¿No te quejas demasiado?», fue la única respuesta de Aidan.

Ruth observa a otra gente en la caja, pasando las tarjetas, y piensa que el banco sabrá que todos han estado allí, en esa sala, juntos, sabrán lo que han comido, con quién han comido. Todas las relaciones. Dos mujeres cerca del mostrador le echan una mirada, con sus trenes apretados contra los abrigos, claramente observando su mesa. Ruth coge su abrigo y su bolso e inspira profundamente. Es solo una revisión.

13.05

—A lo mejor deberíamos acercarnos al punto de encuentro.

Cada vez que Alice dice que espera de veras que haya una muchedumbre porque entonces nadie podrá ignorarnos, ni ignorar el hecho de que lo que estamos diciendo es serio de verdad, como si Pen no lo supiese, Pen asiente, pero en su fuero interno alberga la esperanza que no haya los millares de personas con los que Alice cuenta. El único problema con la gente es que te miran y se te acercan y hacen ruido, y la verdad es que Pen quiere estar con otra gente, de verdad que sí, pero la idea y la realidad no son lo mismo y a veces Pen se siente como si todo su ser se viese aplastado por otras personas. La *multitudo*.

Pero al final la manifestación no es masiva. La calle está cortada y los Gardaí ponen cara de aburrimiento mientras protegen una fila de conos y ahuyentan a los coches. Pen podría trabajar en eso. Dejan atrás el edificio rojo de la esquina, y Pen va repitiendo «estilo italiano» en su cabeza. «Mejor que sepa lo que va contando», solía decirle Sandy a Claire. «Mira, Pen», Sandy trazaba una línea desde ella hasta lo alto de la columna, «¿Ves los monos? ¿Ves que están jugando al billar?». Y Pen había asentido, pero luego Sandy la miró; esperaba más. Pen se detuvo y empezó a pensar en su respuesta. Pero Sandy no esperó; se giró y se los enseñó a Soraya. «¡Qué guay, papi!». Soraya solo tenía diez años, pero parecía saber lo que tenía que decir.

El portón negro del Dáil queda a la izquierda y la mayoría de la gente se ha reunido ante él. Alice dice «Sí, guay», cuando Pen señala el final de la multitud. El corazón de Pen se anima porque Alice la hace sentir segura y a la vez como si estuviera volando. Desde allí pueden ver gente con camisetas fluorescentes, gente con altavoces y ¿es…?, sí, un barco rosa gigante. Alguien grita delante, junto al portón. Pen piensa que Alice querría meterse más. Pero, por otro lado, Alice no

estaría aquí sin ella, de alguna manera Pen también sabe eso. Hay pancartas flotando sobre la multitud, más carteles, y un corrillo de gente disfrazada. A lo mejor pasa algo ahora, sus cuerpos se acercan más. Cuerpos de oxígeno, carbón, hidrógeno y nitrógeno. «Es bueno recordar que todos estamos hechos de las mismas cosas —dice Claire—, aunque seamos diferentes en muchos otros sentidos».

Pen coloca su cuerpo en el espacio, siente los dedos de los pies dentro de los zapatos, los pies en el suelo, los tendones que conectan sus miembros, sus huesos apilados, la cabeza sobre el corazón, es alta, al menos eso le da espacio para respirar. ¿La oirá Alice si hace sus respiraciones? Hay ruido alrededor, al principio impreciso, inspira por la nariz, espira por la boca, suena como «nuestro derecho a sobrevivir». Alice se da la vuelta y sonríe, su boca se mueve al compás del ruido. Es el momento. No le des demasiadas vueltas, ese es el truco, y Pen no lo hace, y más tarde no puede decir exactamente lo que ha hecho, pero su brazo debe de haberse movido y ahora le ha cogido la mano a Alice. Pen siente una oleada en su cuerpo, y eso es lo que significa sentirse feliz.

Un esqueleto gigante flota ante el portón, y más gritos, y Pen ve cámaras grandes delante también, a lo mejor quieren que ella también lleve una pancarta; si se lo piden, inspirará, espirará y dirá: «Vale, guay». Será fácil, todo resultará fácil. Alice está resplandeciente, siempre está resplandeciente, y Pen está resplandeciente también.

Hay dos bandos: los que lo creen y los que no. Alice lo cree, Pen lo cree. Y por eso están aquí, de la mano. Están cogidas de la mano. Y a pesar de que Pen reconoce la sensación de aturdimiento de su cabeza, no quiere decírselo a Alice porque entonces perdería esa otra sensación, y perdería el momento, que tiene algo de privado, de sagrado en la mente, el corazón y los tendones de Pen, y que solo puede tener lugar, solo está teniendo lugar, porque están en la multitud, porque pueden desaparecer. Las consignas siguen y Pen forma parte de ello.

Todo el mundo mira ahora el ataúd que llevan en alto allí delante. Es demasiado tarde. No es demasiado tarde. Eso es lo que significa el ataúd. Los silbatos son estridentes, no son sonidos suaves, una

advertencia recorre a Pen, no solo su cabeza, sino todo su cuerpo, una especie de alarma. Pen hace una mueca y Alice le aprieta la mano. Está bien.

Alice es más baja y se ha puesto de puntillas para ver, así que pregunta:

—¿Qué pone en el barco?

—«Decid la verdad» —dice Pen, aliviada de poder hacer algo por Alice.

Cerca del portón, una vez terminada la representación de la muerte, levantan el ataúd y avanzan, agitando banderas, haciendo sonar los silbatos, como si fuesen perros, como si el ánimo les flaqueara agotados por la muerte, la esperanza y la ira y por eso necesitasen moverse. En el borde van a paso lento, perfecto para Pen, le gusta tener tiempo para mirar al mundo, pero los dedos de Alice se deslizan hacia delante, así que ella también se apresura.

—¡Hola, Pen! Eres Pen, ¿verdad?

Alice la suelta.

Es Jo, está de pie ante ellas, con un póster pegado a un palo, «Hay que actuar», y una gran cara cerca de ella, y tiende una mano hacia la de Pen, que está libre porque Alice la ha soltado, y Jo estrecha la mano de Pen y la deja caer, así que ahora está vacía.

—Hola, soy Alice, es genial estar aquí. Hemos estado repartiendo folletos.

Y de repente Alice parece incómoda. Jo tiene una pancarta extra (es una pancarta, no un póster pegado a un palo, qué tonta eres, Pen), un reloj de arena en el que pone también «Decid la verdad». Alice sonríe, se sentiría orgullosa de llevarlo, «Sí, genial». Jo les pregunta si conocen a alguien, ¿está aquí la madre de Pen?, pero no, está trabajando, claro, sí, es una profesora guay, comprometida con el mundo.

Ahora están casi al final de la calle, la multitud se ve viscosa según se acerca a la esquina, Jo y Alice hablan, charlan, no, hablan y se ríen, no, se ríen y entonan consignas. No podéis beber petróleo, dejadlo en el suelo, como eslogan no se puede decir que sea un clásico, porque para que signifique algo realmente tiene que ser verdad, y nadie intentaría

beber petróleo. La madre de Pen tiene una taza de cristal reutilizable, finge horrorizarse si le ofrecen plástico, pero aun así no bebería petróleo, y en realidad nadie lo hace.

Dejan atrás el museo donde están las momias de los pantanos (con carbono también) y el tesoro vikingo con el minúsculo barco de oro, que tiene unos remos minúsculos de oro, y unos bancos minúsculos de oro, y qué pensarían ahora los vikingos de Dubh Linn, eso es lo que dice Sandy. Pen no lo sabe y la multitud no le deja pensarlo. Tiene un latido en la cabeza y la luz está cambiando.

Mientras la multitud dobla la esquina, el mundo parece al mismo tiempo demasiado cercano y luego muy lejano. Pen se concentra en los bordes: el borde de la acera, donde el hormigón se encuentra con el asfalto, la forma en que la propia esquina luce un borde de piedra que se redondea y se hunde para que la gente cruce. No dejes de moverte. Al otro lado de la calle están los semáforos, después la acera ancha por la que también camina gente, hay más espacio entre ellos. Pen desea estar allí a medida que la multitud en la que se encuentra se va apretujando. Observación, Pen. Lejos, lejos, piensa, mientras respira y mira hacia otro lado.

Las verjas del parque (Stephen's Green, Pen, ¡ya lo sabes!) corren a lo largo de la acera, alineadas con los arbustos y árboles, que dan más sombra. Más allá de los árboles, Pen lo sabe, hay estanques, espacios verdes y fuentes. Si Pen se marcha de donde está, del tira y afloja, puede volver allí, con Claire y Soraya. Reconforta. Oye a Claire diciéndole a su hermana que tenga cuidado mientras intenta mantener el equilibrio sobre las delgadas verjas que rodean, que contienen, el césped. Soraya es mejor que ella también en los juegos. A Pen no se le da bien mantenerse en equilibrio, aún recuerda que se cayó de un sitio cuando era pequeña (¿una tapia?), la sensación de estar perdida, el hospital y las muletas y a su padre gritando «síndrome del niño torpe» una y otra vez. La mente de Pen da un giro. Los árboles extienden sus ramas sobre el césped, donde puedes sentarte a salvo a la sombra. ¿Cómo eran los versos de Marvell?

Reduciendo todo lo existente
a un verde pensar bajo una sombra verde.[3]

El sol. Su calor. Es un truco de la luz, ¿qué ve Pen ahora?

Esas cosas ocurren en otros sitios.

Pero Pen lo ve. *Apocalypsis*.

Esta es su visión: el verde se convertirá en gris, decolorándose y muriendo bajo un cielo naranja que significa solo calor, muerte y un aire tan terrible que nada puede respirar. El suelo estará marrón y polvoriento, intentarán revivirlo pero luego tendrán que detenerse para salvar otras cosas. Emplearán términos como «extinción forestal masiva» y «desertización» como si fuesen normales. La muerte será invisible al principio, conforme las burbujas de aire invadan los árboles y agrieten sus venas delicadas y acuosas. Solo llegarán a darse cuenta cuando todos los árboles, todos los sicomoros, todos los acebos, los espinos y los plátanos de sombra se sequen, se resquebrajen y se caigan. Cuando empiece a desaparecer el cobijo. Y se preguntarán qué significa un mundo sin árboles y habrá fotografías del aspecto que tenían los árboles. Entonces la tierra estará abrasada, el suelo salado, los animales y pájaros muertos, no solo este parque, ah, no, les ocurrirá lo mismo a todos los parques, a todos los jardines, a todos los espacios verdes. Verán cómo se inundan las llanuras, cómo las tierras quedan abandonadas, cómo el aire se pone marrón. Cómo el agua se vuelve salina. Todo estará perdido. Todo quedará destruido. Cadavérico.

Pero nadie lo ve. Nadie lo nota. Aquí, ahora, no. La visión de Pen se aclara un poco, de modo que la oscuridad de los bordes, el viento y el sol caliente remiten y el ruido de su cabeza no proviene de las grietas de los árboles sino del estruendo de sus pensamientos de nuevo, y tiene los pies de nuevo en la calle, y al girar en Merrion Street el futuro es de nuevo el futuro. Ahora solo hay hojas verdes y húmedas y cielos grises,

el letrero de «Reservado» en el viejo edificio del banco mientras demasiada gente para que la cuenten (habrá polémica en cuanto al número) participa en esta manifestación, que básicamente es solo un paseo lento, mientras siguen un barco rosa de edificio en edificio. «No es el gobierno, es una empresa sin rostro», corea un hombre que camina junto a Pen. (¿Por qué dicen sin rostro cuando quieren decir indiferente?). Pen piensa en toda la gente en esos edificios, y en cómo a ellos, y no a los demás, se les concede la gestión del mundo.

Es demasiado tarde. Nada de lo que hagan importa.

Ellas están a tiempo. Esto podría marcar el cambio.

Alice le suelta la mano a Pen.

14.00

En la entrada de Holles Street, Ruth no necesita pedir indicaciones a los porteros, conoce el camino a través de las puertas dobles y por el pasillo. Se acerca a la recepcionista: «¿Ginecología?», pregunta y, cuando Ruth asiente, le dice que lo siente, que a lo mejor tiene que esperar un poco hoy, hay mucha gente. «¿Sabe dónde está la sala de espera?». Ruth lo sabe. Hay chicas con sus madres y unas cuantas mujeres que miran hacia delante o están absortas en sus teléfonos; ninguna imagina por qué están ahí las demás. Mujeres, úteros, algunas tenían suerte, y otras no, así, sin razón, cosa que no explicaba nada, es cierto, no satisfacía la necesidad que una tenía de respuestas, pero había que aceptarlo de todos modos. Dos pisos más arriba otra gente está pariendo.

Ruth mira hacia delante porque lo peor que puedes hacer en una sala de espera como esta (y es estrecha, casi podría tocarle la rodilla a la mujer que tiene enfrente), lo peor es establecer contacto visual con alguien, compartir esa sonrisa rígida que dice te veo y tú me ves y fingiremos que no nos vemos, que no compartimos eso en nuestro interior. Una enfermera aparece en el umbral y todas levantan la vista con esperanza y miedo, hasta que le hace un gesto a una adolescente que, tras levantarse en tándem con su madre, sale sin decir una palabra. Ruth desea que la llamen de una vez.

La mañana en que le practicaron el legrado Aidan y Ruth siguieron a la enfermera hasta el extremo de una sala; había mujeres tumbadas en las otras camas y, mientras se ponía la bata, Ruth oyó a una llorando. Le habían prohibido tomar nada por vía oral. «Tiene hipoglucemia», oyó que le decía Aidan a la enfermera, así que le pusieron un suero para

que no se desmayase. Vio que el anestesista contaba, no recordaba más allá del ocho, de repente el mundo simplemente se desvaneció. Y luego de repente sus ojos enfocaron la sala de reanimación; tenía la boca seca, y había movido un poco la cabeza, pero debió de hacer algún ruido porque vino una enfermera a ver cómo estaba, y luego se encontró de pie en la sala. No recordaba ninguna escena intermedia, debieron de llevarla en silla de ruedas por los pasillos verdes hasta una sala luminosa donde la enfermera le había preguntado si quería té y un sándwich, y fueron muy amables, de veras, pero de alguna manera se sentía intocable.

«¿Ruth Ryan?». Ruth suspira porque al final no ha tenido que esperar tanto, y ve que las demás mujeres piensan: qué suerte, la pobre, mientras se levanta diligente y sigue a la enfermera. Intenta entrar con una sonrisa a la consulta, porque hay que fingir que una no odia todo esto, que no odia sentarse encima del abrigo, demasiado acalorada, demasiado femenina, demasiado asustada para decir algo que no sea «sí» o «no». También debe de ser raro para la doctora, debe de ser raro solo tener pacientes con vaginas, debe de ser raro decir «Por favor, desvístase» a un desfile de mujeres, debe de ser raro fingir que no adviertes su vergüenza. Ruth responde correctamente todas sus preguntas, así que le dan una bata. Tras una cortina se quita el abrigo, los zapatos, los pantalones, los calcetines, las bragas, se pone la bata y dice: «Ya está». La doctora retira la cortina, con la enfermera junto al hombro. La doctora sonríe, la enfermera sonríe, pero no a ella.

Ruth, tumbada sobre el papel que hay en la camilla de piel sintética, se tensa ligeramente cuando esta se reclina. La ginecóloga le levanta los pies y se los coloca en los estribos. Ruth está completamente abierta de piernas. Mira el techo, mira la pared, mira la parte superior de la cabeza de la doctora mientras ella se inclina y al tiempo intenta darte conversación, como si no tuvieses la vagina abierta a la vista de todo el mundo. Tienen que hacerlo, lo de levantarte las piernas y abrírtelas, porque el cuerpo protege sus secretos.

—Una ecografía vaginal nos da mucha más información. —El tono de la médica es de disculpa—. Lo siento, puede ser algo molesto si estás tensa.

Ruth podría contarle que le han realizado incontables análisis internos, pero ella no es la experta en la habitación.

—Chilla si quieres —dice la médica, sonriendo por encima de su hombro—. No será la primera vez.

La sonda entra. «Es solo una revisión —se dice Ruth—, ya no hay hemorragia», mientras nota cómo el instrumento se abre paso en su interior, ni siquiera tan molesto como el espéculo.

—Ya veo.

La médica se detiene con la mirada puesta en la pantalla, y esta vez Ruth se tensa de veras.

—No, te puedes relajar —prosigue la médica, dándole un golpecito en la pierna a Ruth, que tiene que contener el impulso de darle una patada—. Los fibromas intramurales se han reducido —dice casi en voz baja a la enfermera. Luego, mirando a Ruth, le pregunta—: No has tenido secreciones vaginales malolientes ni dolor pélvico desde entonces, ¿verdad?

Ruth dice que no.

Y entonces la médica saca el tubo, lo limpia y se quita los guantes.

—A lo mejor tienes alguna pérdida, alguna gotita de sangre en el flujo.

Ruth recuerda que la doctora le había dicho lo mismo a Aidan cuando había ido a buscarla allí, a la primera planta, y Aidan había preguntado: «¿Pérdida de qué?», y Ruth había pensado: qué diferentes somos, en mi vida hay mucha más sangre. La enfermera le tiende un poco de papel y de repente Ruth se ve abrumada por el agradecimiento que le inspira esa amabilidad sin palabras. Y después se viste tras la ligera cortina, se pone a toda prisa los calcetines, se calza los zapatos, decidida a ser de nuevo una persona.

Cuando sale, la enfermera se ha marchado, y mientras Ruth se sienta a medias ante el escritorio, la doctora la saluda con la mano y dice:

—Puedes marcharte; seguro que preferirías no volver a verme.

—Ya, vale. —Ruth vacila ante la puerta, algo débil.

La médica levanta la vista.

—A no ser que haya algo más…

—No. —Ruth niega con la cabeza—. Gracias.

Regresa al pasillo de linóleo y al olor del hospital. Pero en el vestíbulo la sensación de debilidad persiste, y Ruth tiene que sentarse. Esta seca despedida es mejor que el silencio y la dilación que implican las malas noticias. Echa atrás la cabeza, cierra los ojos, deja que la claridad entre en su cerebro, que la invada durante un momento. Cosas por las que dar las gracias: no hay tumor, se acabaron las hemorragias. No tiene cáncer. Ruth odia las listas de gratitud. Odia lo agotadoras que resultan, cuando repasas todas las razones por las cuales no deberías estar enfadado. Con los ojos cerrados, Ruth oye el trajín del hospital y teme estar a punto de vomitar.

«¿Le han pedido un taxi?», pregunta una voz preocupada, y Ruth abre los ojos y ve a una mujer sentada a unas sillas de distancia. Tiene un bebé en una sillita de coche sobre el banco contiguo, entre ellas, y de repente Ruth no puede soportarlo. Hace un gesto entre el asentimiento y la negación con la cabeza. Un hombre entra por la puerta y la mujer se gira, sonríe y lo mira. Intenta levantarse, pero apenas consigue mantenerse en pie, así que él se inclina para darle un beso y, en esa milésima de segundo, Ruth podría agarrar el asa de la sillita de coche y llevarse al recién nacido. Sería muy fácil. En lugar de eso, se queda contemplando cómo el hombre coge a su hijo y la madre se apoya en su brazo para salir: una familia. Aidan tenía razón, debería haber pedido que la examinaran en otro hospital.

Ruth mira su teléfono, pero la pantalla está vacía. Aidan, en todo el tiempo que se ha tomado para pensar, no ha dicho nada —ni la llamó anoche ni le ha mandado un mensaje esta mañana—; nada que demuestre que recuerda su cita en el hospital y que le desea suerte. Ruth recuerda el alivio que sintió tres meses atrás, cuando le dijeron que solo eran fibromas. Y lo que pensó: qué más da que mi útero no

haya traído bebés al mundo, si no va a matarme. Pero era una sensación difícil de trasladar a palabras, imposible de transmitir a Aidan. Ese día, en julio, volvió a casa enarbolando la receta y dijo: «No me estoy muriendo». ¿Con qué idea? ¿Con qué esperanza? Aidan había dicho… ¿qué había dicho? Algo de que se alegraba por ella. Como si no lo hiciese también por él. Como si no fuese algo compartido. A lo mejor su repentina felicidad había sido demasiado para su marido, como su declaración de que esa vez los médicos podrían curar lo que estaba mal en su interior.

Ruth vuelve a estar fuera, al aire libre, y regresa a la plaza. Un joven sube a la acera ante ella; ahuyenta a un niño que tiene delante. «¿Papá?», dice el niño, dándose la vuelta, y Ruth se pregunta si el hombre, que no debe de tener más de veinte años, puede de veras ser padre. Más allá dos chicas se dan la vuelta y sonríen al niño. El joven lo ahuyenta de nuevo y se va por donde había venido. El niño, al que una de las chicas, quizá su madre, ha cogido de la mano, mira hacia atrás y pregunta: «¿Dónde va papá?», y parece que habrá lágrimas. Pero la madre (¿será ella?) se inclina y le dice: «Ahora viene», y eso tranquiliza al niño. Ruth los adelanta mientras ellos se entretienen en la esquina, y capta la sonrisa feliz en la carita del niño. Así de simple. La persona a la que quieres viene.

Por supuesto, Aidan había mostrado interés, había sentido alivio cuando le diagnosticaron los fibromas. Está siendo injusta con él al recordar lo inexpresivo de su cara cuando le dijo por primera vez que tenía hemorragias. Le echa la culpa a él para no tener que sentirse tan enfadada consigo misma.

Ruth llega al parque (ni rastro de los fanáticos, gracias a Dios). No tiene que encontrarse con Lisa hasta las tres; faltan quince minutos.

14.25

Pen mira.

Al parecer, lo que está diciendo Jo es importante, Alice quiere enterarse, ladea la cabeza hacia aquella. Más allá, tras la multitud, hay discursos, una tarima improvisada. Una niña declara que solo tienen un planeta, que es su futuro, responsabilidad colectiva, liderazgo. Alice debería estar escuchando, pero… pero está inclinada hacia Jo. Pen mira. El presentador le da las gracias a la niña, y dice: «¡Y Annemarie solo tiene ocho años!». A los ocho echaban a Pen de clase, a los doce le daban una medicación que la hacía sentir como un bloque de plomo, a los catorce le preguntaban si quería ir a una escuela distinta. «Ni en broma», había dicho Claire. Pen se pregunta si la madre de Annemarie está orgullosa.

El año pasado, la madre de Pen fue a buscarla a casa de Lauren. «¿Qué ha pasado?», preguntó, y no le parecía bien decir: me han metido en el armario, porque ni siquiera la habían obligado, solo le habían dicho que lo hiciese, y ella lo había hecho. Al principio no le importó, solo era pequeño, solo estaba oscuro. Pero allí, a oscuras, empezó a hacer calor y Pen oía ruidos, las risas de las niñas tal vez, pero a lo mejor estaban dentro de su cabeza y costaba respirar, así que empezó a hacer ese ruidito. Abrieron la puerta y ella se cayó al suelo entre gruñidos. Pen recuerda sus caras, Chloe estaba llorando y decía: «Yo no quería, yo no quería hacerlo».

Alice aplaude, pero por qué, si no ha prestado atención. A Alice también la reprenden en clase, porque mira por la ventana o emborrona el bloc. Pero nadie dice que Alice sea «especial». Pen sí es especial, así que tiene que sentarse delante, para evitar agobiarse, cerca de la puerta. Le conceden dos descansos al día por si necesita salir al pasillo a respirar, a sentir los pies sobre el suelo, a tocar la pared, a

contar los anuncios del tablón, a deletrear palabras mentalmente. Pero normalmente no lo necesita, quiere que la gente vea que se las apaña. Lo normal no existe, eso dice Claire, pero Pen será normal aunque muera en el intento.

Habían subido el vídeo a internet y tenía 367 visitas. Cosa que no era mucho para internet, y Sandy dijo: «¡Tú no lo veas!», como si el problema fuese que lo viese Pen, y no los desconocidos o la gente del colegio. ¿Lo habría visto Alice? A Pen se le encoge el estómago. En el vídeo Pen salía toda roja, con las mejillas llenas de mocos y lágrimas, y todo el cuerpo convulso. 367 visitas. Y eso fue hace un año, ¿cuántas visitas llevará ya? Cuando piensa en ello Pen tiene la misma sensación que experimentó cuando se metió en el baño de su antigua casa y pasó el dedo por el filo de la cuchilla de su madre, observando cómo la piel se ponía blanca cuando la apretaba contra la hoja. «Tiene la piel demasiado fina», oyó el eco de la voz de su padre.

Pen quiere coger de la mano a Alice, decirle: ¡corre, vámonos de aquí las dos! ¿Es peor cuando piensa en ella y Alice corriendo, riéndose por las calles, libres y juntas, sin destino ni plan ni estrategia, solo ellas, es peor pensar en ello y saber que es imposible por muchas razones, o carecer de esa idea, de ese impulso?

Ahora está hablando un político, que los felicita por salir a la calle, la gente está haciendo sacrificios, dice, es por nuestros hijos. Claire siempre se enfada cuando los políticos dicen cosas sobre «nuestros hijos», o sobre ser padres, «como si ser padre o madre te diese poderes especiales». Claire rompía los folletos que les dejaban en la puerta, porque al parecer ser madre podía provocarte a la vez orgullo e ira. ¿Qué debería pensar Pen de ese político, que puede que sea padre o puede que no, cuando habla de los «niños» como si fuese una contraseña? ¿De qué «niños» está hablando? ¿De todos, o solo cuentan algunos?

Pen no se imagina queriendo tener hijos. Sabe que su cuerpo hará lo que quiera, se sienta ella como se sienta, ni siquiera una catástrofe

puede detenerlo. Libera y derrama, libera y derrama (*purgationes menstruae*). Pen se alegra de ver salir de ella la sangre (aunque no es sangre). No quiere que le digan que ya cambiará de opinión cuando sea mayor. La gente está siempre dale que te pego con la experiencia, pero en realidad Pen sabe, Alice sabe, hasta la puñetera Annemarie sabe, que tener menos experiencia no significa que sepas, veas o entiendas menos. Es lo contrario.

Ahora han terminado los discursos, los ruidos discordantes siguen, siguen y siguen, no se detienen, la gente se choca, se ríe, se toca. Pen quiere marcharse. Ella y Claire tienen una señal de peligro: Pen se toca la parte superior de la cabeza; es un poco raro, pero menos que arrojarse al suelo. Ahora Pen tiene la mano en la cabeza, pero allí, en la manifestación, es probablemente un símbolo que significa «el clima», o «votad por el cambio». Alice sigue sonriendo. Alice no ha visto la mano. Pronto Pen tendrá que marcharse, que es lo que le prometió a su madre que no haría, se quedaría con Alice, con Jo, no se perdería. Pero Alice sonríe y Jo se inclina y ahora están juntas, no hace falta ser empático para verlo. Pen susurra: «Descanso», y se va.

14.45

—¿Quién puede decirme de qué huyen esas mujeres?

Claire mira a la clase. La clase le devuelve la mirada, o mira sus bolígrafos, que vagan sobre el papel, o se miran los pies. Casi ha terminado la hora y aún no han empezado en serio. Debería preguntar de otra forma. «¿Por qué elige Esquilo convertir al coro femenino en la voz principal de la obra?». Sus preguntas resultan demasiado abstractas, tienes que preguntar cosas que la gente realmente quiere responder.

Claire sopesa la idea de preguntarles por qué se llama *Las suplicantes*, pero no lo van a saber, hasta ella tuvo que buscarlo. Resulta difícil saber, al mirar a esos cuerpos que hay ante ella, cómo ven el mundo, qué quieren de él. Piensa en Pen, en cómo su hija le ha enseñado a dar espacio a los demás. Claire se detiene, quizá no debería hacerles tantas preguntas.

—Durante los próximos cinco minutos anotaréis vuestras reflexiones con respecto a esa pregunta, luego cambiaremos impresiones.

El aula tiene ventanas por los dos lados. Desde el principio del semestre ha habido obras cerca, así que Claire tiene que hacerse oír por encima del estruendo de las taladradoras y las máquinas. Cuesta creer que dentro de un par de años Pen estará sentada en una clase así. Al principio son unos pequeños… alienígenas es la única palabra apropiada. Luego te acostumbrabas a ese pequeño ser que te necesitaba, que era una extensión de ti, y aprendías a disfrutar de esa dependencia total. Y después, una vez que lo conseguías, una vez que sentías que sabías de qué iba la cosa, llegaba la hora de volver a arrojarlos al mundo. Tienes que contenerte, dejarlos ser ellos mismos, y

lo haces. Pero eso no significa que no te preguntes por qué es siempre tu hija la que se queda de pie sola en los columpios. Ahora Claire conoce la razón, la avergüenza el tiempo que le costó darse cuenta. Su niña querida. Su niña difícil. Pen, que intuye cuándo los demás están luchando. Pen, que pone todo su ser en todo. Pen, que no puede «abrirse». Y es como si fuese pequeña otra vez, como si Claire tuviese que conocerla de nuevo.

A veces Claire finge leer sus notas para que sus alumnos descansen un rato. Hoy no lo consigue, no logra quitarse de la cabeza a Pen. Saltarse el cole no es propio de Pen, le encantan sus rutinas fijas. Pero, por otro lado, Claire nunca la ha visto tan feliz, solo estar con Alice la hace sentir así. A ver, aun puede resultar un incordio, enfadarse y lanzar cosas, cerrarse en banda. Cuántas veces ha deseado Claire poder escapar de la preocupación, de la culpa. Poder alejarse, aunque sean cinco minutos. Pero luego se siente culpable por desear eso siquiera.

Claire mira el reloj y echa un vistazo a las cabezas inclinadas ante ella. Otro minuto no les hará daño. Siempre había esperado criar a sus hijas como personas fuertes, y es una lástima tener que hacerlo sola. Sandy no es malo, pero está tan anticuado que se ha quedado estancado. «Solo tienes cuarenta y cinco años, no vienes del medievo», le había chillado cuando él se encogió de hombros y relegó a la papelera a su hija mayor. «Ay, Sandy», pero está cansada de la pregunta y cansada de las respuestas. Ya basta de mirar atrás. Una vida entera para ella sola. Cosa que implicaba volver sola a casa, tomar las decisiones sola, tumbarse en la cama sola. Pero la soledad tiene sus compensaciones.

—Vale, se acabó el tiempo. —La clase la mira—. Me gustaría dedicar los últimos minutos a pensar por qué la compañía de teatro escoge a actores aficionados. ¿Por qué no emplea a profesionales?

Claire llevó a Pen a ver la obra el año pasado al festival, y tuvo su gracia sentarse entre el público sabiendo que la mayoría de los actores en el escenario eran gente normal. A Pen le había gustado tanto que

había dicho que a lo mejor también aprendía griego, pero Claire ya tenía bastante con el latín apareciendo por todas partes.

—¿A lo mejor es para que pensemos que cualquiera de nosotros podría ser un refugiado?

—Bien pensado. ¿Quiere alguien añadir algo o desarrollar esa idea?

—Si los extranjeros somos nosotros, entonces eso nos afecta.

—Muy bien, seguid por ahí.

Claire le dijo a Sandy que pensaba que Pen y Alice tal vez fueran algo más que amigas, sin imaginarse que él querría que dejasen de verse con tanta frecuencia, lo cual era ridículo (¡medieval!), pero a lo mejor era verdad eso de que solo conoces a las personas cuando crías niños con ellas. O no exactamente con ellas. En cualquier caso, necesita hablar con su hija. «Ten cuidado al elegir a una persona», quiere decirle, porque ve el dolor de Pen, la ve convertirse en su yo tortuga cuando su amor no es correspondido. Su padre, Alice, quien sea. Esas chicas cabronas del año pasado. Crisis. Silencio. Los cortes. Dios mío, los cortes. Luego la recuperación, y las cosas bien durante un tiempo. El ciclo terrible en que están todos atrapados, de un modo u otro. Y lo único que puede hacer Claire es mirar.

La clase está hablando ahora sobre el papel del público, ¿forma parte de las suplicantes o del *demos*? Es una buena pregunta. Le gustan mucho estas personas que se reúnen cada semana. Veo vuestro esfuerzo, le entran ganas de decir.

14.45

—Miré a mi alrededor y te habías ido —dice Alice.

Pen debería haber dicho algo, debería habérselo dicho, cómo lo iba a saber Alice.

Porque eres mi mejor amiga, pero Pen no lo dice, excepto con la mirada, que de todos modos no consigue enfocar. La mano de Pen se aferra a la verja, la mano al final del brazo, que descansa en la cavidad del hombro; Pen tiene los hombros tensos, no puede extender los brazos mucho rato pues no le llega la circulación a las manos, esas manos que se aferran a la verja, que está pintada de negro, que está fría. Siente el frío, eso debe de ser una buena señal. Pen ha agachado la cabeza, para respirar, para dejar de ver el mundo, pero ahora puede levantar la mirada, ve las casas rojas, ve que está cerca de donde les han sacado la foto. Estás en el asiento del conductor, diría la mujer-terapeuta.

—Necesitaba un descanso —dice Pen—. Te dejé con Jo, estabas segura.

Es más un jadeo que una afirmación, pero al menos son palabras.

—Vale, pero me lo tienes que decir.

Alice intenta no enfadarse con Pen por fingir que está bien cuando ella, su mejor amiga, sospecha que ha sufrido un ataque de pánico. Alice está enfadada con Pen por sufrir un ataque de pánico, aunque sabe que no está bien pensar eso, pero Alice no quiere ser la responsable de su amiga. La verdad es que Alice se siente culpable. Porque fue Jo quien se dio cuenta de que Pen no estaba, y Alice

recordó demasiado tarde la promesa de quedarse al margen. Había querido mezclarse con la multitud, con algo más grande. Pero ahora está donde está y tiene que hacer algo, y ese algo es cuidar de Pen. A lo mejor pueden probar en la galería de arte, se estará tranquilo. Pero luego Alice piensa que tal vez necesiten entrada.

Alice tiene que cuidarla. Esta es la peor pesadilla de Pen hecha realidad. Quería que Alice la viese, que estuviese con ella porque es especial en el buen sentido. Pen no quiere ser una loca. No lo es, porque su madre, su terapeuta, sus profesores y Alice se lo dicen, pero, de repente, mientras Alice la lleva de la mano, se le ocurre que todos los locos son en realidad gente de verdad, y que esa gente se siente exactamente como ella y, a pesar de que intentan no estar locos, al final sufren ataques, y esos ataques entristecen a sus familias, y esa tristeza no puede arreglarla nadie. Así que quizá lo que ella no quiere ser es una persona que entristece a los demás.

Atraviesan unas verjas, suben un sendero amplio; surge un edificio con columnas y no parece que haya nadie, cosa que Pen registra con la parte de su cerebro que aún funciona. Bajo las columnas. El edificio está tranquilo.

Segura-tranquila-contenida.
Segura-tranquila-contenida.
Segura-tranquila-contenida.

Caminan hasta llegar a una habitación en la que casi parece haber luz natural porque el techo es de cristal y muy alto. Doble altura, diría Sandy. Se sientan en un banco, cosa que está bien porque en las galerías de arte puedes sentarte sin parecer raro ni enfermo.

—Era demasiado —murmura Alice, de pie ante ella, escudándola.

No lo era, le entran ganas de decir a Pen, era por ti y Jo, y los árboles moribundos, eso también, pero está todo revuelto. Estaba bien y de

repente ya no lo estaba.

Alice levanta la vista hacia la luz del techo y se pregunta qué tiene que hacer a continuación. Pen ya está más tranquila, Alice ve que tiene la cara menos blanca, que ya no murmura. Pero no sabe si eso quiere decir que se ha acabado o no. ¿Debería llamar a la madre de Pen?

Pen mira a su alrededor y a ella, a Alice, mientras Alice apoya el cuerpo en un pie y luego en el otro. Alice entorna los ojos, eso quiere decir que está preocupada, Alice está preocupada. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? Debe de haber caminado. Alice ha caminado con ella. Esto está ocurriendo, le dice su memoria. Esto está ocurriendo.

—¿Llamo a tu madre?

Pen quiere decir que no pero está pasando otra cosa y ahora no recuerda cómo se respira. ¿Cómo se hace eso de meter aire en el cuerpo? No hay aire ni pulmones ni aliento. El mundo se encoge, desde fuera llegan unas cortinas negras.

—Pen, Pen, ¿estás bien?

14.45

En la plaza, Ruth oye un estruendo sordo, bum bum, debe de ser un tambor, aunque no ve de dónde procede. De la otra punta de la arboleda. Camina en dirección del ruido, siguiendo el sendero que bordea el amplio espacio verde, y los tambores suenan con más fuerza. Ella sigue notando extraña la ropa, le recuerda al cuerpo que hay debajo. Ruth pronto se encontrará con Lisa. Es difícil, no, imposible, ocultarle a su amiga que algo va mal. Pero ¿cuánto, qué, le contará? Hay más gente de lo normal en el parque, y Ruth, que no se ve capaz de dar un paso más, se sienta en un banco. Solo un momento. Están levantando algunas tiendas de campaña en la parte sur, un grupo variopinto de turquesa y verde. A lo mejor la lluvia aguante por ellos. Unos cuantos carteles clavados en el suelo la hacen sonreír. «Haz el amor, no CO_2».

En abril, antes de que empezasen las hemorragias, hubo —¿qué?— una traición fortuita, demasiado fortuita. El grupo de trabajo de salud mental había terminado antes de lo esperado, y los delegados de la Unión Europea decidieron aprovechar la tarde. «Descubrir Dublín», dijeron; a lo mejor podrían ir a tomar una cerveza. Ruth era la nativa, así que lo más natural era que los guiase. Se había dirigido al Swan, pensando que estaría vacío a esa hora, y que darían un agradable paseo por el Green. Los visitantes la habían seguido encantados, alabándolo todo. El bar les pareció «encantador», especialmente cuando les contó que llevaba el nombre de un río subterráneo. Ruth lo había pasado muy bien al verlos divertirse, había contemplado el interior de madera y las grandes ventanas con nuevos ojos, y se había permitido disfrutar de una inesperada tarde entre semana de fiesta.

Había hablado con Lucas al principio del día, pero no volvió a cruzar palabra con él hasta que se encontró a su lado en la barra. Él estaba en silencio, pero resultó evidente que la observaba, que la escuchaba cuando hablaba, y a Ruth le agradó su atención. Tras un par de cervezas, unos cuantos habían querido oír música tradicional y, como Ruth se encogió de hombros, teclearon en sus teléfonos y anunciaron: Slattery's y Rathmines. Le mandó un mensaje a Aidan: LLEGARÉ TARDE, y él respondió: PÁSALO BIEN.

Ruth echa a caminar de nuevo; sigue el sendero que hay bajo los árboles, de la luz a la sombra. Hay más bancos y unos columpios, unos cuantos niños, unos cuantos padres. El bum bum se detiene, ligeramente amortiguado por los árboles.

Comieron unas patatas fritas en Burdock's y luego se metieron en el bar atestado, aunque con tanto barullo apenas se oía la música del violín. Él estuvo hablando con otras dos mujeres, italianas quizá, que lo contemplaban como si el sol fuese a salirle por la frente, pero no dejaba de echarle miraditas a Ruth, según observó ella en un par de ocasiones. Dos personas abandonaron los asientos que quedaban detrás de Ruth justo en el momento en que Lucas se acercaba.

—¿Quieres ver el reservado? —le preguntó Ruth.

Él era danés, así que tuvo que explicarle que en los pubs había una salita pequeña.

—Curioso —dijo él mientras se sentaban en el banco, con la media puerta cerrada tras ellos—. ¿Me estás diciendo de verdad que en la época victoriana las mujeres no querían tomarse una copa en público?

Y Ruth estaba a punto de decir que había muchas razones para buscar algo de intimidad, cuando un compañero asomó la cabeza.

—¿Se puede?

Por supuesto que se podía. Pero ¿qué había esperado Ruth que ocurriese? Intentó dar conversación, explicar las particularidades de los

bares irlandeses, pero de repente la cerveza se le revolvió en el estómago. Era una señal, pensó, de que debía irse a casa. Se excusó diciendo que iba al baño, recogió sus cosas y luego se despidió de los pocos que quedaban. De la forma más natural, como si fuesen amigos, como si se encontrasen con frecuencia en un pub abarrotado de Dublín.

Fuera del bar, en la esquina, extendió la mano para parar un taxi y vio que la luz dorada se acercaba y el coche se detenía. Y de repente él estaba allí.

—¿Te ibas a marchar sin decir adiós?

Entonces Ruth sintió algo y cuando él se inclinó para abrazarla, le ofreció su boca. Se besaron como adolescentes. Y Ruth pensó: ah, alguien me está besando, contándoselo como si aquello no pudiese ser real. Un momento después él se separó, pero solo para llevar sus labios a la mejilla de ella, a su oreja y a su cuello, y fue una ternura de lo más inesperada. Por encima del hombro de él Ruth observó el taxi inmóvil, esperando para llevarla a casa.

Ruth ha llegado hasta el otro lado de la plaza, donde está el monumento a la guerra, junto a la verja. Es por una guerra, o, no, mira la placa, una ofrenda a todos los defensores muertos. La llama se mueve con una brisa invisible. Se siente mareada, y los tambores suenan al ritmo de sus pasos, o quizá es ella quien se ha sincronizado con ellos. Se detiene en el portón, ve a los Gardaí con sus chaquetas fosforescentes y oye un silbato penetrante. La gente se mueve, pero sin un objetivo claro, debe de ser el final de algo, piensa Ruth, mientras lee los carteles y los eslóganes que pasan junto a ella. «Actuad antes de que sea demasiado tarde». Bueno, Ruth pasa toda su vida profesional diciendo eso de una forma u otra y está acostumbrada a que no le hagan caso.

Llegó a casa. Era tarde, y Aidan estaba dormido.

—¿Lo has pasado bien? —murmuró él cuando ella se metió en la

cama a su lado. Y Ruth había asentido en un susurro, pero se dio la vuelta para su lado, lejos de él, con la sensación aún retumbando. «Alguien me ha deseado».

Siente otra oleada de debilidad e intenta respirar más profundamente; está casi en la puerta de la galería. «A no ser que haya algo más…», había dicho la doctora, y a lo mejor había habido un momento, una apertura, en la que Ruth podría haberlo dicho, podría haber confesado, podría haber pedido lo que necesitaba. Era algo pequeño y algo enorme. Arréglame. Porque no está en sus manos curarse. Arréglame. Arréglame. Arréglame. Arréglame. En la calle las voces vuelven a alzarse, pidiendo justicia, pero Ruth se aleja.

14.55

La voz de la mujer es serena. Le pregunta a Alice cómo se llaman y asiente mientras Alice habla.

—Alice y Pen —repite—. Yo soy Ruth.

Y la mujer se arrodilla en el suelo, delante de Pen.

—En realidad no le gusta que la toquen —observa Alice, pero de repente su voz suena indecisa.

—Está bien —responde la mujer llamada Ruth.

—Tiene TEA —informa Alice, e imagina que ve a Pen abrir aún más los ojos.

—Pen. Estás a salvo. Estás aquí. Estás a salvo. Pen, ¿puedes cerrar los ojos? Eso es, cierra los ojos, con suavidad. Bien.

Y la mujer tiene una de esas voces que, en opinión de Alice, dan confianza, de esas a las que prestas oídos, es como si te conociera.

—Vale, Pen, ya sé que esto suena raro, pero ¿puedes cerrar la boca? Sí, eso es, y mantenla cerrada, y los ojos también. Solo oye mi voz. Ahora, Pen, mantén la boca cerrada e inspira por la nariz. Y contén el aire un momento. Eso. Y ahora deja que salga de nuevo por la nariz.

La mujer ha puesto las manos sobre los hombros de Pen.

—No, estamos bien —le responde al guardia de seguridad que le pregunta si quiere que llame al número de emergencias.

Alice consigue sonreír, intentando parecer tranquila para que el guardia sepa que no están locas.

—Le ha dado un sofoco —dice la mujer llamada Ruth, y él asiente y se marcha. La mujer sigue sujetando los hombros de Pen y diciendo con mucha, mucha suavidad, como quien canta una nana—: Inspira por la nariz y suelta el aire también por la nariz.

Y Pen ya no emite el silbido de antes.

—Voy a pedirte que te quedes quieta, que sigas inspirando por la

nariz; ahora empieza a soltar el aire por la boca. Inspira aire limpio, suelta el aire viejo. Deja que tu cuerpo haga lo que necesita. No te sientes de maravilla ahora mismo, pero recuerda: nada puede hacerte daño. Inspira, espira.

Entonces la mujer deja de hablar, y se limita a respirar con Pen un momento.

—¿Puedes abrir un poquito los ojos, Pen? Despacio, con cuidado.

La mujer levanta la vista y asiente en dirección a Alice, con una media sonrisa; todavía sujeta los hombros de Pen. Alice ve lo delicada que es; le da la impresión de que sabe lo que hace y lo que tiene que decir, y le entran ganas de gritarle, pero la mujer ha vuelto a inclinar la cabeza sobre Pen.

—¿Puedes abrir los ojos, Pen, y mantenerte completamente inmóvil, mirando hacia abajo? No hace falta que te muevas. Genial. Lo estás haciendo genial.

Mírame de nuevo, quiere decir Alice. ¿Qué ves?

—Vale, Pen, ahora quiero que prestes atención a mi voz, y mi voz te guiará. No tienes que decir nada, solo escúchame. Inspira por la nariz, muy bien, y ahora suelta el aire por la boca. De acuerdo, lo estás haciendo fenomenal, así que vamos a tomárnoslo con calma y pasar a lo siguiente. Inspira y escúchame, muy bien, suelta el aire. ¿Puedes poner nombre a una de tus sensaciones? No hace falta hablar, solo ponle nombre en tu cabeza.

Manos de mujer.

—¿Lo has pensado? Buen trabajo. Ahora sigamos respirando. Inspira por la nariz, pausa, suelta el aire por la boca, bien. Sigues a salvo. De acuerdo, Pen, ¿puedes ponerle nombre en tu cabeza a dos cosas que oyes?

Gente hablando y más lejos un portazo. Pen asiente.

—De verdad, lo estás haciendo estupendamente. Ahora inspira de nuevo profundamente, suelta el aire y dime, Pen: ¿puedes ponerle nombre a tres cosas que veas?

Mis pies, el suelo, el borde de mis gafas.

—¿Puedes mirarte ahora las manos, y advertir algo en ellas?

Ya no tiemblan.

—Ahora, ¿puedes ponerle nombre a tu sabor de boca?

Sed.

—Lo estás haciendo genial, Pen. Inspira por la nariz, haz una pausa y suelta el aire por la boca. ¿De acuerdo?

La cabeza de Pen se mueve un poquito, quiere encogerse de hombros para liberarse de las manos de la mujer. Es buena señal, está volviendo en sí.

—Este es mi número, voy a estar una hora en la cafetería de la galería, así que si necesitáis algo, lo que sea, llamadme.

La mujer mira a Alice, luego la cabeza inclinada de Pen, luego de nuevo a Alice. Alice asiente. Acaba de reconocerla, es la mujer que les ha sacado la foto hace un rato.

—Ese ruido de fuera puede abrumar a cualquiera.

Ruth sonríe a Alice.

—¿Crees que debería llamar a su madre?

—Depende de Pen. Sois… —Ruth se detiene—. ¿Habéis cumplido los dieciocho?

—Tenemos dieciséis años las dos.

—Vale, entonces sí, deberías llamar. —Ruth se agacha de nuevo y le susurra a Pen—: Lo has hecho fenomenal, Pen. Sé que ahora te sientes mal, pero también esto pasará. —Luego se pone de pie y le sonríe de nuevo a Alice—. ¿Te las apañarás a partir de ahora?

Alice asiente. Mira a Pen y, cuando vuelve a echar un vistazo, Ruth se está alejando; mira hacia atrás al atravesar el arco y se despide agitando brevemente la mano. Alice mira hacia abajo, su teléfono, la tarjeta. Cuesta creer que solo hace diez minutos que estaba con ellas.

—¿Estás bien ahora? —pregunta Alice.

El después es terrible. Siente dolor de cabeza. A Pen le duele todo el cuerpo y tiene que ponerse el teléfono a un lado de la cabeza para hablar, y le cuesta hacerlo. Pen oye que Claire habla.

—Sigue respirando, Pen. ¿Puedes concentrarte en lo que oyes y mantener la mirada en el suelo o en las manos? —Pen asiente, y es como si su madre lo supiese—. No te fustigues, Pen. Te conozco, sé que te va a dar vergüenza, pero a Alice le importas.

Pen niega con la cabeza, no quiere oír, no quiere que Alice oiga. ¿Qué está diciendo ahora Claire? Está preguntando algo.

—¿Puedes decir: «Un dingo se ha llevado a mi bebé»? —Es una frase que siempre hace gracia, y encima Meryl Streep es la mejor actriz y Pen casi sonríe, pero cuesta demasiado—. ¿Cómo te sientes ahora, puedes decirme alguna sensación que tengas?

—Dolor.

—Vale, bien, eso suena a una premonición de cómo es tener cuarenta y cinco años, doloroso pero no fatal. Escucha… —Claire respira hondo —. No quiero aguarte el día, pero creo que deberías ver esto como una señal, escuchar a tu cuerpo e irte a casa.

Pen ve a su madre, sentada en el despacho, mirando a través de los estores la pared a la que da la ventana, rodeada de sus libros, y sus papeles, y los centenares de postales de arte femenino que ha pegado en la pared; la luz del poniente ha aclarado todos los colores, y ahora domina la paleta de los azules.

—Volver a casa no es un fracaso, Pen.

Claire da la impresión de intentar mostrarse razonable, pero Pen sigue sin decir nada.

—Bien —suspira Claire.

Pen sabe que «bien» es todo lo contrario de lo que quiere decir Claire, pero a veces el hecho de que Pen sea tan literal juega a su favor, así que dice de nuevo «vale».

—Vale, bien, con calma ahora, Pen. Come algo, ¿me lo prometes?

—Sí, mamá.

—Te veo a la hora de la cena.

—Vale —dice Pen, no porque sea verdad, sino porque necesita dejar de hablar.

«Los hechos son tus amigos, Pen», le dijo la mujer-terapeuta en la segunda sesión, y cómo desearía Pen que estuviese allí ahora, o que Pen estuviese en su magnífica y tranquila sala de terapia. Hecho: no está allí. Hecho: tiene dolores. Hecho: la hipoxia es lo que hace que te duelan los músculos porque están luchando por encontrar oxígeno. Hecho: Pen y Alice se han saltado el almuerzo y Pen tiene hipoglucemia, de ahí el dolor de cabeza. Esos son los hechos, y los hechos son una parte de la razón por la que Pen se siente fatal. Pero no es la única razón de que le pese el cuerpo como si fuera de plomo.

Alice mira los dibujos de los niños, hay un «rincón del arte» en la esquina del atrio y algunos de los dibujos están colgados; Alice los contempla. Alice le está dando espacio a Pen. Pen no quiere ese espacio porque es espacio entre ellas, no espacio compartido.

Es un esfuerzo, pero Pen se levanta, espera a que se le pase el mareo, encoge y suelta los hombros. Pen se concentra en saber dónde está. Pen respira, Pen se acerca a Alice. Y es sobrehumano, y está temblando de nuevo, y tiene que recordar cómo respirar. Está junto a Alice.

Entonces se produce un momento, Pen está petrificada, y Alice está petrificada, y quizá ninguna de ellas respira de veras. Luego Pen dice algo.

—¿Vienes mucho por aquí?

15.10

Las chicas estarán bien. Tienen su número. Aunque cuesta no sentirse culpable por dejarlas de esa forma. Estará en el café si la necesitan.

Lisa está allí ante ella, en el mostrador, y justo en ese momento gira la cabeza y ve a Ruth entrando en el atrio y saluda con la mano: «¡Hola!». Lisa señala las tartas y luego dos platos que ya tiene delante, un trozo de chocolate y otro de limón.

—Gracias —dice Ruth—. ¡Qué bien me conoces!

Y Lisa se da la vuelta, y allí delante —acurrucado, ¿se dice así?— está el bebé. Ruth nota un nudo de pánico en el estómago. Porque no lo ha superado, su deseo sigue vivo.

—¡Cómo me alegro de verte!

—Y mira —dice Lisa señalando el espacio vacío a su alrededor—, ¡no hay cochecito, hurra!

—Genial —dice Ruth, y coge la bandeja. Sigue a Lisa a una mesa, en un extremo.

—Pero ¡madre mía! Tardo una hora en salir de casa y luego, ya de camino, me doy cuenta de que ni siquiera me he mirado la cara.

Ruth sabe que tiene que decir algo.

—Es perfecta, Lisa.

El destello de orgullo y amor que irradia la cara de su amiga es inconfundible.

—¿Verdad?

Si ya le costaba ver cómo Lisa iba engordando durante la primavera y el verano, esto es mucho peor.

—Luego te doy un abrazo si quieres, pero ahora se acaba de quedar frita. Ni siquiera estoy segura de que me vaya a dejar sentarme. Madre mía, estoy muerta de hambre, eso no te lo dicen nunca. Siempre están con lo de «Dando el pecho pierdes peso», pero yo no hago más que

comer.

—Pues tienes muy buen aspecto —dice Ruth con una sonrisa.

—Déjalo, es Zach quien tiene que decir cosas así, a ti te quiero por tu sinceridad.

—Vale —concede Ruth—, pareces un poco cansada.

—Mejor —asiente Lisa, volcando su atención en el pastel.

Ruth también da unos bocados del suyo, y nota la subida de azúcar.

—¿Sabes? —dice Lisa—. Debería existir la regla de que ningún matrimonio puede romperse el primer año de maternidad, para que ninguna mujer temiese comer, llorar o tirarse pedos hasta echar a su compañero. —Hace una pausa para el efecto cómico. Entonces se da cuenta de que Ruth se ha quedado helada—. ¿Estás bien? —pregunta.

—Ay, por favor —dice Ruth—, la voz de terapeuta no.

Y debe de haber algo en su tono, porque Lisa asiente.

—Tengo las solicitudes de profesional sanitario, espera que te las dé antes de que se me olvide. Eso del cerebro de bebé no es una exageración, aunque sería más adecuado llamarlo «cerebro de esclavo humano desprovisto de sueño», cosa que tampoco te cuenta nadie. Aquí están —dice Lisa enarbolando las páginas—, la carta de presentación solo nos pide que renovemos las condiciones. Tenemos suerte, ese abogado hizo un buen trabajo con el contrato de prácticas, todo está bastante claro.

Ruth recuerda al hombre, su entusiasmo, su oficina llena de cajas apiladas. Ellas vacilaban, se pusieron nerviosas en el último momento al fundar la empresa ellas solas, necesitaron que él les diese una especie de aprobación. ¿Cuánto tiempo se tarda en sentir que sabe una lo que hace?, se preguntó Ruth.

—Entonces ¿es definitivo? ¿Vuelves?

Lisa parece sorprendida.

—¿Qué? ¡Por supuesto! A ver, necesito el dinero para quitarle de encima a ella la segunda hipoteca. —Baja de nuevo la vista; su irritación es descaradamente falsa. Y Ruth recuerda las lacrimosas noches de viernes con vino en Nealon's, el desconsuelo. Que habían compartido hasta que Lisa y Zach tuvieron suerte. Se produce una

breve pausa cuando Lisa y Ruth miran la manita apretada, apenas visible por encima del portabebés. Dedos de bebé.

—Lo siento, Ruth.

—Ya, yo también.

¿Por qué Lisa era capaz de verlo y Aidan no? Que Ruth lo habría dado todo, cualquier cosa, por aquello. Solo que, y a lo mejor Aidan tenía razón en eso, no lo había hecho, ¿verdad? No lo había dado todo, todo.

—Lo siento, Ruth —repite Lisa—, ¿estás bien?

Lisa mira a su amiga y un relampagueo de preocupación le cruza la cara. Ruth odia que la pillen en falta.

—Si quieres hablar del tema —dice Lisa, señalando a la cabeza de su hija—, aún va a dormir un rato.

¿Tiene algo que perder?

—Creo que Aidan va a dejarme. —Ahí está, en voz alta, y por primera vez hoy el asunto cobra realidad. Ruth mira la cara de su amiga en busca de una corroboración. Lisa (¿cómo?) no parece particularmente sorprendida.

—Ay, Ruth, ¿sabes…? Quiero decir…

—No hay nadie más, si eso es lo que quieres saber —interrumpe Ruth. Lisa niega levemente con la cabeza.

—Entonces a lo mejor no os separáis. Los hombres solo se van cuando tienen un destino.

Pero, incluso mientras Lisa dice aquello, ambas saben, porque conocen a Aidan, y saben lo decidido que es, que él sería una excepción. Lisa niega con tristeza y, como por reflejo, toca la cabeza del bebé, la sujeta con un poco más de fuerza. Como si los divorcios fuesen contagiosos.

—En realidad —dice Ruth, porque es irritante ver que Lisa se apiada de ella de forma tan obvia—, tuve un…, una cosa con un chico.

—¿Una aventura?

Y Ruth vuelve a pensar en aquella noche, en el taxi detenido, esperando para llevarla a casa.

—Bueno, solo fue una noche.

Como si eso lo justificase.

Ruth tenía la intención de irse a casa, pero Lucas la besó en el cuello. Y, olvidando que él no era de allí, susurró: «¿Podemos ir a algún sitio?». Él la besó de nuevo y dijo: «¿A mi hotel quizá?». En el taxi, ella de repente se sintió violenta, pero él le cubrió la mano con la suya y ella sintió de nuevo el impulso, el impulso de que te deseasen.

—¿Con quién? Bueno, no importa. —Lisa ha ladeado la cabeza, interrogante.

—Con nadie —dice Ruth—. No fue nada. Había venido a la ciudad por un proceso consultivo, era danés, no volveré a verlo. —Ruth hace un vago gesto con la mano en el aire, como si tirarte a alguien que no es tu marido no fuese para tanto—. A lo mejor soy una persona terrible.

—A lo mejor eres simplemente humana —contesta Lisa, y Ruth siente una cierta liberación. Pero Lisa parece de nuevo distraída.

—Oh —dice Ruth, con voz preocupada—, ¿está vomitando?

Pero no es más que baba; aun así, el bebé no está contento, tiene la cara roja. Lisa pone cara de disculpa y empuja la silla para atrás.

—Lo siento, es mejor si me pongo de pie y le doy una vuelta. —Lisa está de pie. Pero ahora el bebé empieza a llorar, y Lisa dice—: Lo siento de veras. Si doy un paseo se tranquilizará. Vuelvo en un momento, y entonces podré escucharte.

Lisa deja atrás la cola de la cafetería, como si no fuera algo en absoluto extraordinario, como si fuese tan fácil hacer aquello, crear una persona, cargarla y cuidarla. Llega hasta el pasillo, desaparece bajo el arco y se dirige al vestíbulo.

«No fue nada». No es verdad.

En su habitación se había sentido de nuevo violenta, hasta que él se sentó al borde de la cama, y ella se quedó de pie entre sus piernas, se

inclinó hacia él y se besaron de nuevo. Ajá. Y cuando él metió las manos bajo el vestido, ella se lo quitó, y luego se quitó el sujetador, y él dijo: «Vaya». En la mente de Ruth aparecía constantemente el comentario de «¿De veras estoy haciendo esto?» hasta que él le apretó un seno contra otro con sus manos enormes y ella se sintió vibrar. Y entonces fue como si su cuerpo llevase la delantera y Ruth, quienquiera que fuese, se limitase a seguir lo que su cuerpo deseaba.

Ruth se había subido encima de él y él le había dado la vuelta para tumbarla de espaldas. Tenía la polla blanda, tan blanda que al principio se preguntó si estaba empalmado, pero había empujado para entrar y ella sintió calor y unos espasmos casi instantáneos. Ruth estaba sorprendida porque aquello no era muy propio de ella, pero él era diferente, pesaba sobre ella, le abría tanto las piernas que pensaba que se iba a partir en dos, pero aquello también era placer. Era lo contrario de lo que le gustaba con Aidan. Pero, por otro lado, ¿no era por eso por lo que había deseado aquello?

No se había corrido, aunque había jadeado con tanta fuerza que medio hotel debió de pensar que sí. Él le había dicho que olía maravillosamente. «Maravillosamente, maravillosamente», no dejaba de decir una y otra vez. Y Ruth quiso acariciarse con sus propias manos la piel, que de repente era sedosa, porque su cuerpo estaba haciendo lo que ella quería que hiciese, no era un fracaso, no estaba muerto, era un cuerpo de mujer, era su cuerpo.

Después él se metió en el baño y ella se quedó tumbada sola, empapada. A continuación lo oyó abrir el grifo y la idea de que se lavase las manos antes de volver a tocarla le pareció ridícula, pero Ruth cree que en ese momento lo amó.

Lisa, balanceando al bebé en su pecho, pasa bajo el arco para regresar a la cafetería.

—Lo siento —dice—, qué mal momento para tener que irme, anda, cuéntame más, estabas, estabas…

—Tuve un lío de una noche —dice Ruth—. Mi marido me odia y mi

vida se cae a pedazos.

—Ajá —dice Lisa. Se produce una minúscula pausa, Ruth es quien empieza, respira con fuerza, luego se inclina hacia delante, le da un ataque de risa. A Lisa también se le arruga la cara; «No, no», parece que dice, pero cuesta oírlo porque se están riendo muchísimo. De la boca de Ruth se escapa una especie de gemido. Le afloran las lágrimas, saben a marisma salina. Lisa niega con la cabeza. Porque es una locura, es impensable, la vida de Ruth no puede estar cayéndose a pedazos.

—Ay, Dios, lo siento, soy lo peor —boquea Lisa. Por suerte el bebé no se ha despertado—. Perdón, pero… —Lisa se pone seria—. ¿Crees que Aidan lo sabe?

Ruth niega con la cabeza.

Volvió a casa y se duchó, pero la sensación ardiente de otro hombre en su piel, en su interior, no desapareció. Se metió en la cama junto a él y él se despertó lo bastante para preguntar: «¿Lo has pasado bien?»; ella contestó que sí y se dio la vuelta, se alejó de él. La verdadera traición.

—Bueno, Lisa, tampoco lo había planeado. —Aunque, mientras lo está diciendo, Ruth piensa que tampoco esa afirmación es del todo cierta. A lo mejor se permitió imaginar (¿qué?) que aquel extranjero se la llevaría, que era el principio de algo, que era, al menos, una salida.

—No sois los primeros —dice Lisa, y luego hace una pausa; tiene cara de estar buscando palabras distintas—. Quiero decir que no podéis ser la primera pareja que se… desorienta un poco. Tras pasar por lo que pasasteis.

—Ajá —dice Ruth, que no quiere estar de acuerdo, aunque la verdad del comentario de Lisa es irritantemente obvia—. Es que Aidan lleva mucho sin tocarme, en serio, nada de lo que hago está bien para él, y siempre me excluye de todo.

—¿Y qué hace Aidan si tú lo tocas?

Y Ruth niega con la cabeza porque, en su opinión, Lisa no está centrándose en lo importante.

—Simplemente fue agradable que me tocase alguien que me deseaba

a mí, por mí misma.

Madre mía, si parecía una niña pidiendo una piruleta.

—Pero ¿te ha dicho algo Aidan esta mañana o esto viene de antes?

¿Cómo podía haber olvidado Ruth contar esa parte?

—Aidan está en un congreso, bueno, no, porque el congreso terminó el sábado, pero él se quedó en Londres el fin de semana, para… bueno… —Y aquello también cobra cuerpo cuando lo dice—. Para descansar de mí.

—Él también debe de sentirse solo. —Lisa ve que Ruth hace una mueca, y a lo mejor no está bien presionar así a su amiga, pero Ruth no es la persona más comprensiva del mundo—. ¿Le has preguntado qué había detrás de todo eso?

Ruth niega. ¿Esto es lo que quieres, Aidan? Sería tan fácil hablar. Y sin embargo ella no lo ha hecho. Porque no todo el dolor viene en forma de una aventura.

—Antes nos reíamos muchísimo —dice Ruth cambiando de tema—, y ya nunca lo hacemos. Y en parte creo que es como si… como si nos hubiésemos hecho viejos para reír.

—¿Has hablado con él hoy? A lo mejor se le ha pasado, a lo mejor ya ha descansado.

De repente la duda invade a Ruth, ¿había dicho Aidan que estaría en casa esa noche? Ella lo había supuesto, pero a lo mejor no. ¿No había dicho él: «Nos vemos mañana»?

—Sí, tengo entendido que vuelve esta noche. Supongo —dice Ruth lentamente— que tendremos que hablar de todo esto entonces.

—¿Piensas contarle lo de…?

—No.

Lisa asiente.

—Probablemente sea lo mejor. Quiero decir, al fin y al cabo solo fue una noche.

El bebé se agita de nuevo; Lisa suspira, le frota la espalda y lo balancea ligeramente.

—Ya saldréis de esto. Tenéis mucho a vuestro favor, en serio.

El bebé empieza a alterarse, mueve la cabeza de un lado a otro, y

Ruth desearía que se quedaran unos minutos más, porque a lo mejor entonces conseguiría formular las preguntas que necesita hacer para que Lisa le diese la solución.

Lisa se pone de pie y Ruth ve su cansancio, el hecho de que tiene que prepararse para atender las exigencias de esa personita.

—A lo mejor necesita un poco de aire, irse a casa —propone Ruth.

—¿No te importa? —pregunta Lisa, mirando con aire de disculpa a su amiga.

Pero a Ruth no le importa, de hecho será un alivio que se marchen.

Lisa se pone un abrigo, la bufanda y un bolso.

—No hago más que guardar bártulos.

Intentan abrazarse alrededor del bulto del bebé.

—Dime algo, a ver cómo va. Puedes hablar conmigo cuando quieras. ¡De todas formas, no duermo…! Lo siento, no tiene gracia —dice Lisa con una sonrisa apagada.

Y Ruth piensa que no es solo ella, que ambas muestran reserva ahora que la confesión de Ruth ha salido a la luz.

—No te preocupes —observa Lisa sonriendo—. Encontraréis una solución. ¿No es eso lo que decimos nosotras? Que todo tiene solución.

Ruth asiente y extiende la mano para tocar suavemente la cabeza del bebé.

—Lo siento —dice Lisa, antes de alejarse—, ni siquiera has tenido oportunidad de cogerla en brazos.

16.00

—¿Lleva algo en los bolsillos, señor?

Aidan niega y observa la bandeja.

—Los zapatos también, señor.

Se mira los pies y luego levanta de nuevo la vista en dirección al empleado de seguridad. Y dice, como un tonto:

—¿Los zapatos?

El empleado asiente.

—En la bandeja, señor.

Siempre se olvida algo: cinturón, cartera, chaqueta, saca el ordenador, líquidos. Zapatos. Se agacha para desatarse los cordones, luego se levanta y se quita los zapatos con el pie, una costumbre de la infancia. En un momento dado, en los aeropuertos la habían tomado con los paraguas. Todas las armas. Aidan deja caer los zapatos en la bandeja y la empuja por la cinta transportadora.

—Échese atrás, señor. Espere la señal.

Aidan sale del círculo numerado, se queda de pie, indeciso, y espera un gesto de otro empleado de seguridad. Que le hace señas para que vaya al arco detector de metales.

—Las manos sobre la cabeza, señor.

A Aidan nunca lo han llamado señor tantas veces en su vida. ¿Sería verdad que los arcos enseñaban tu cuerpo en una pantalla situada en otro sitio? ¿Debería importarle eso? ¿Qué supondría dejar de seguir las instrucciones? Mientras sale, Aidan ve que, por suerte, su bandeja ha salido indemne. Ahora queda el lío de recomponerse. ¿Por qué ponerte de nuevo la chaqueta siempre da mucho calor a este lado del control de seguridad? Aidan echa una mirada al jaleo que arman varias personas esperando que les inspeccionen más los bolsos, siente cierto agradecimiento a pesar de todo y entra en la terminal principal. Resulta

algo desconcertante darse cuenta de que estás en un pasillo alto, con una tienda John Lewis a la izquierda y las luces de un restaurante Leon abajo. Aidan gira hacia la derecha, siente alivio al abrir la puerta de la sala de espera de la compañía aérea.

—¿Puedo ver su tarjeta de embarque, señor?

El acento irlandés resulta amable, es como si dijese «Eres uno de nosotros». No es que los ingleses fuesen desagradables ni nada. Eran ingleses, suponía, estaban acostumbrados a ser más directos. Como Sophie, que le había pedido que saliesen el viernes: «Me gustaría conocerte mejor». A lo mejor solo era porque ella era más joven.

—¿Conoce usted la sala de espera, señor? —Aidan asiente—. Bien, disfrute, y recuerde, por favor, que no anunciamos los vuelos de corta distancia, así que échele un vistazo a la pantalla de vez en cuando.

—Gracias —responde Aidan, y arrastra la maleta tras él, en dirección a las butacas grandes que hay junto a la ventana.

Está casi vacía y uno no tiene más remedio que preguntarse si tienen ingresos suficientes como para mantener una sala de espera tan grande. Supone que ahorran en la comida, solo unas cuantas galletas saladas y esos miniquesos. Pero, aun así, la barra está bien surtida.

El teléfono le ha vibrado esa mañana, uno de esos recordatorios del pasado, «hace dos años», y lo ha pulsado sin pensar que a lo mejor no quería recordar su vida dos años atrás. Pero solo era una foto sacada desde la ventana de un avión, imposible saber dónde. Piensa en la otra foto que ha visto por la mañana, una actualización de estado. Traje de baño azul y blanco, una gran barriga y un eslogan: CUATRO AÑOS Y CUATRO CICLOS DE FECUNDACIÓN IN VITRO DESPUÉS, ME SIENTO MUY AFORTUNADA.

Aidan se levanta de nuevo, va hacia la cocina, coge una botella de agua con gas del minifrigorífico. Se acerca a la ventana. Debería hacer algo práctico, como coger comida para el avión. Debería enviarle un mensaje a Ruth para decirle que está de camino. Pero no, porque la interrumpirá, y de todos modos ella apaga el teléfono durante las sesiones. A lo mejor debería sacar el portátil. Pero ha llamado para decir que no se encuentra bien, no quiere confundirlos mirando archivos. Para Aidan el trabajo no supone el mismo solaz que para

Ruth. Ella se había refugiado en él como quien entra en un búnker. «Estoy trabajando», el mantra infalible para no hablar de las cosas. Aunque, para ser justos, se recuerda, Ruth también necesitaba que algo tuviese éxito. Un avión empieza a acelerar sobre el asfalto.

Aidan de verdad había pensado —tenía toda la intención cuando lo había prometido— que se detendrían en el segundo. Pero el segundo ciclo se canceló cuando no hubo ningún embrión viable, así que por supuesto siguieron. Y en cada una de esas ocasiones, había puesto todo su amor en los rituales de folículos, recogida, maduración, fertilización. Y, en cada una de las ocasiones, las mismas emociones. *Esperanza*. *Miedo*. No se le habría pasado por la cabeza que la esperanza fuese la peor de las dos. Cada vez que sonaba el teléfono para contarles las novedades sentía aquella doble ola recorriendo su cuerpo. Y contemplaba cómo se le iluminaba la cara a Ruth, que volvía hacia él su brillante sonrisa, o se ensombrecía, y todo su cuerpo se encogía.

El tercer ciclo había sido duro, las hormonas de Ruth habían sido una montaña rusa infernal. Pero, al fin, hubo un test positivo con una línea más oscura que la última vez, y Ruth le decía que tenía una sensación distinta, buena. Cuando fueron a la clínica, los niveles de hCG eran altos y siguieron subiendo como debían. La oleada de esperanza, pura esperanza, era real esta vez. En la ecografía de las diez semanas oyeron el latido del corazón, rápido y fuerte. En la eco de las doce semanas volvieron a oírlo y vieron el borrón en blanco y negro de su futuro. Empezaron a decírselo a la gente. A hacer listas de sus nombres favoritos. Niamh. Mia. Luke. Aidan se arrodillaba junto a la cama y susurraba palabras al abdomen de Ruth como si fuese una especie de Merlín. Trece semanas de felicidad.

Debía de llevar un tiempo con dolores cuando se lo dijo. Aidan recuerda la certidumbre en la mirada de ella mientras él sopesaba posibilidades. Pero fue inevitablemente real cuando esa noche la vio

tener aquellas horribles minicontracciones, vio los coágulos que siguieron, le cambió las toallas que le había colocado debajo. La última parte Ruth la pasó en el váter y Aidan en una silla junto a la entrada. Ruth lo cogió con las manos: una gamba minúscula. Lo único que a él se le ocurrió fue envolverlo en tela. A la mañana siguiente, mientras Ruth dormía, él había llevado el bulto al hospital. Debió de pasarse una hora sentado en el coche, incapaz de entrar, incapaz de decir adiós.

¿Por qué él y Ruth nunca hablaron de esa mañana? ¿Y por qué, después, todos trataron a Aidan como si fuese un mero espectador, incluso Ruth? No, aquello no era justo, estaba siendo injusto de nuevo. Pero, aun así, hay algo de verdad.

El silencio de la sala resulta ahora un poco fantasmal y refuerza su limbo interior. ¿Qué cantidad de infelicidad es demasiada?

La pantalla sigue diciendo PUERTA EN 10 MINUTOS, pero Aidan coge la maleta de todos modos. Bajará y encontrará algún alivio en el ruido de la terminal, la distracción de las vidas ajenas.

16.13

—Es que… a mí ir a discotecas ya no me dice nada, así que es difícil hablar con la gente de la universidad que sigue con ese rollo.

Están de pie junto al puesto y Jo le está diciendo eso a su amigo Sam; su amigo Sam asiente. Y aunque Alice nunca ha ido a una discoteca, y de hecho la palabra «discoteca» no evoca ninguna imagen mental más allá de, quizá, una pista de baile, se muestra de acuerdo.

—Ya.

Y cuando Jo la mira y sonríe, Alice siente que tiene que continuar.

—Yo antes iba a fiestas, tengo amigos que van a esas fiestas y no hablan más de lo que te vas a poner o con quién te quieres enrollar, y… —Alice vacila.

—Quieres mantener conversaciones de verdad, claro, sobre cosas que de veras importan —dice Jo—. Pues claro. ¡Adelante, chica!

Y le tiende el puño a Alice, que toca a Jo con sus nudillos y piensa: esto debería ser incómodo, pero resulta agradable. Solo eso, solo tocar la mano de otra chica, nada más que eso. Está. Bien.

—¿Se encuentra bien Pen? —pregunta Jo, y Alice recuerda que dejó plantada a Jo cuando se dio cuenta de que Pen se había marchado, y ahora no sabe por dónde empezar a explicarlo. De repente Alice siente que se ruboriza y echa una mirada a Pen. Pen ahora tiene buen aspecto, está leyendo un folleto, pero Alice cree que a lo mejor se está tomando un pequeño descanso, a lo mejor leer es su forma de quitarse un poco de en medio.

—Sí, sí, es que nos hemos saltado el almuerzo.

Y Jo asiente. Y era verdad. Aunque no toda la verdad. La madre de Pen había dicho: «¡Comed algo!» y luego había dicho: «Por favor, Pen y tú ya habéis participado en la manifestación, volved ya a casa». Nada más salir de la galería vieron el puesto de burritos, lo cual era perfecto

porque era pequeño pero tranquilo, así que Pen no se iba a alterar. Y era verdad que sentaba bien comer algo, también Alice se sintió algo más sólida. Y fue aún mejor ver la sonrisa que esbozó Jo al ver a Alice llegar a la plaza.

—A veces tengo la sensación de que todo el mundo habla mucho —explica Jo, y Sam vuelve a asentir—, y es un callejón sin salida, vamos bajando por él pero en realidad no hay ningún sitio donde ir.

—Culo de saco —dice Alice.

—¿Cómo? —pregunta Jo, entre risas.

—Culo de saco, es callejón sin salida en francés, *cul-de-sac*.

Jo sonríe aún más.

—¡Qué guay! ¿Cómo lo sabes?

Alice y Pen iban un día de camino a su casa cuando vieron la señal:

Cul
De
Sac

Pen lo señaló y le dijo: «Culo de saco». Pen a veces era un poco brusca, y Alice lo consideraba una muestra de timidez, así que dijo: «¿Sí?» de una forma que esperaba que resultase guay. Entonces Pen le explicó lo de que en francés se decía *cul-de-sac*, pero que en realidad usaban más *voie sans issue*. Pen decía que resultaba gracioso pensar en algunas palabras que usábamos y en cómo eran en otras lenguas, normalmente no lo pensamos, ni siquiera pensamos en cuántas lenguas podríamos hablar. Alice miró a Pen, un poco de reojo, porque en realidad ser amiga de Pen era también como hablar un lenguaje secreto.

—Bueno —le dice Alice a Jo—. Pen me lo contó una vez.

—¿Hasta qué hora os quedáis? —pregunta Sam, y Alice tarda un momento en darse cuenta de que se lo está preguntando a ella. Vuelve a mirar a Pen.

—Ah, pues no lo sé. ¿Y vosotros?

—Bueno, nosotros vamos a acampar. —Sam señala con la cabeza las tiendas que están montando al otro lado de las verjas. Alice no podía sentirse más tonta.

—Ah, sí, ya lo sabía, perdón.

—Acamparemos por turnos para que el campamento sea seguro y mantener una presencia. —Jo sonríe—. Y para pasar un rato con la gente. Yo a ellos los conocía solo por internet —dice señalando a otro grupo un poco más lejano—, así que esto es genial, ¿no crees?

—Sí, claro.

—Seguramente tenéis colegio, así que no podéis quedaros.

No es una pregunta, sino una afirmación.

—Sí —dice Alice—, pero yo puedo estar un rato por la noche. Puedo echar una mano con las tiendas de campaña.

Y cuando Jo sonríe, cuando luego mira a Sam y este levanta las cejas, ante lo cual Jo borra su sonrisa pero vuelve a echarle una mirada a Alice, esta sabe que algo pasa. Alice mira al horizonte: el cielo, los árboles, el césped, las tiendas, la gente, y piensa en cómo se sentiría si Jo pusiese la mano de nuevo sobre la suya.

16.40

La mesa ofrece una imagen melancólica con las migajas de tarta y, aunque el recuerdo de Lisa y el bebé aún sigue presente, Ruth está sola. El reparto de personajes en la vida de Ruth es pequeño, pero siempre se ha dicho que son gente cercana. Sin embargo, la niña tiene un mes y esta es la primera vez que la ve. Ruth fantaseaba con llegar a casa de Lisa con táperes de comida para que los metiera en el frigorífico o en el congelador, porque Ruth era una buena amiga, una de esas personas que ayudaban a las demás. Pero solo eran eso, fantasías y, dado que no había hecho esas cosas, bueno, quizá debiese enfrentarse al hecho de que no era tan generosa como pensaba.

El teléfono de Ruth vibra y siente que sacarse ese objeto de plástico del bolsillo es un acto de triunfo muscular supremo.

16.41 EMBARCANDO

El pulgar de Ruth planea sobre la pantalla. ¿Qué decirle al marido que quizá va a dejarte?

VALE

Enviar.

En los baños de la galería, Ruth entra en un cubículo, y su abrigo roza el retrete cuando se da la vuelta para cerrar la puerta. La percha está rota, así que deja el bolso en el suelo, saca papel y limpia la taza, aunque no sirva de mucho. Suspira porque es un alivio estar en una habitación con cerrojo. Ruth se desata el cinturón y se sienta. La compresa desprende un olor almizclado, casi agrio. Ha tenido una pérdida de orina, quizá cuando se ha reído. Así olía su madre, cosa que la horroriza, la idea de que también es parte de su herencia. Ruth tensa los músculos de la pelvis y después se permite mear. Debería hacer con

más frecuencia los ejercicios de Kegels, debería empezar a practicar seriamente, es demasiado joven para ser vieja, joder, ni siquiera corre ya por miedo a la incontinencia. (Aidan sigue corriendo, con su banda negra en la frente, sus zapatillas de deporte rojas y amarillas, al menos él lo hace).

Oye la cadena en el cubículo contiguo e imagina los cuerpos que no puede ver, la fila de gente sentada meando, el agua que se lleva la orina, todo detrás de puertas cerradas, como si eso lo volviera limpio. Para el tiempo que dedicaban a ello, lo que salía de los cuerpos no era algo que gozase de demasiada consideración o, si lo hacía, era solo en privado. ¿Ha terminado ya seguro? Contrae de nuevo. Piensa empezar de veras los ejercicios. Contraer. Relajar. Y ¿estaba el papel ligeramente rosa? Lo que sale del cuerpo.

Habían estado embarazados. Es uno de los pensamientos prohibidos. Habían estado embarazados.

Fue en el tercer ciclo, el test positivo que significaba que iban a ser padres, que esta vez iban a serlo. Tras el falso comienzo del primero, sin embargo, y el segundo cancelado, habían postergado la celebración. «Esperemos a la primera ecografía en condiciones», había dicho Aidan. Y entonces, en aquella sala de la clínica donde había estado tantas veces, habían visto al bebé en la pantalla, habían oído el sonido sibilante del minúsculo latido. «Va muy rápido», dijo Aidan, pero la enfermera dijo que era normal.

Los dolores empezaron a las trece semanas. Le subían por las piernas, y Ruth pensó que eran las venas, por la presión de toda la sangre extra que fabricaba su cuerpo. Luego le subieron por el abdomen. Y luego sangre. No color herrumbre, no sangre vieja, un borbotón de un rojo brillante. Y Ruth, al verlo en sus dedos, no había dicho nada. Se lo ocultó a Aidan. A lo mejor, si no decía nada, no sería verdad.

Las luces de los baños de la galería, unos fluorescentes desvaídos, no

favorecen. Al reflejarse en el espejo que hay sobre los lavabos, Ruth se ve demasiado pálida, otra de las observaciones con que su madre la atormentaba. «Estás como desteñida», decía, agitando una caja de pastillas de hierro. ¿Y ahora? Ojos oscuros y manchas rojas; cuesta creer que la imagen del espejo sea ella.

No había forma de pararlo. Se retorcía de dolor en el abdomen, y tuvo que meterse en la cama. Aidan la abrazó y llamó al médico, que dijo que seguramente lo expulsaría ese mismo día o el siguiente. Habían salido coágulos, y Ruth se preguntó: ¿será esto? Pero en realidad la cosa no acabó hasta bien entrada la noche, cuando, encorvada y sentada en el váter, sintió que algo se iba, y se inclinó para coger el feto. El silencio cuando lo recogió. «Aidan», llamó con voz ronca, y él se inclinó suavemente para verla acunando aquella cosa minúscula entre las manos. Lo envolvieron en una tela, y Aidan encontró una caja.

El dispensador de jabón está pegajoso y gotea; deja un rastro de baba verde sobre el borde del lavabo color crema. Ruth intenta concentrarse en aclararse las manos en el agua tibia.

Ruth se enfadó mucho; nunca había sentido tal arrebato de cólera. Y a lo mejor la pureza de su ira la protegió, después de todo, los días posteriores se había recuperado lo suficiente como para levantarse, vestirse, comer y hablar. Para ir a trabajar. Desde fuera debía de parecer que estaba bien. «¿Cree que necesita hablar con alguien?», había preguntado el médico, como avergonzado de tenderles un folleto sobre el servicio de terapia opcional. Pero Ruth estaba demasiado enfadada para decir que sí.

Había esperado sentirse mejor, ser capaz de superarlo, sentir algo que no fuese aquella ira. Ruth sabía que los abortos espontáneos eran comunes, se lo habían dicho los médicos y las enfermeras, y, por

supuesto, Aidan. Sabía que era algo que se superaba. Pero Ruth no había podido. En su trabajo, Ruth se había encontrado ese sentimiento en el que se mezclaba furia, entumecimiento y culpa, pero en otro tipo de víctimas. No era razonable, no tenía sentido, y, sin embargo, en los meses que siguieron al aborto, Ruth se sentía como si la hubiesen violado.

Ruth sale de los aseos y se detiene ante los escalones que llevan al entresuelo. Debería salir por la puerta hacia el mundo. Pero todavía no está lista para el mundo.

EMBARCANDO

Da media vuelta, se dice Ruth mientras regresa al viejo edificio, como si fuese posible volver atrás. Dos ciclos, habían acordado. Luego tres. Y luego Aidan empezó a hablar de un cuarto, diciendo que debían probar por cuarta vez. Y en la mente de Ruth se repetía una y otra vez la misma pregunta: ¿cuánto tiempo se te permitía estar de duelo, sentirte entumecida, sentirte violada?

Ruth evita la muchedumbre, sin saber bien dónde se dirige. Se encuentra en una sala pequeña e interior. La sala está a oscuras, la única iluminación viene de la vidriera de la parte superior de la pared. Los colores la inmovilizan, el resplandor de los azules, los verdes y los rojos. Es una *pietà* de vidrio; María sujeta a su hijo macilento y la luz parece fluir de su rostro. El artista la ha colocado de un modo que parece también estar en la cruz, o quizá ser ella misma la cruz que aguanta a un Jesús flácido cuyo cuerpo roto encuentra cobijo en la túnica color añil.

¿Habló María a Dios tras la muerte del hijo de ambos? Aunque en realidad nunca lo compartieron. ¿Cómo fue la vida de María después? Quizá sobrevivió, quizá escapó al ciclo de venganza, vivió en una casa en el campo, o en el bosque, lejos de todas las personas que sabían lo ocurrido. Quizá era autosuficiente, quizá contaba sus propias historias y solo se ocupaba de ella misma. Quizá. Pero cuántas mujeres rotas, piensa Ruth. No todas podemos huir al campo, el puto bosque no daría abasto.

17.05

—Es que el gobierno es completamente autista —dijo el chico mientras les mostraba cómo alisar las lonas tras colocarlas en el suelo.

Ni siquiera se lo estaba diciendo a ellas, estaba hablando con su amigo, con otro chico, que asentía. «Completamente autista». ¿No sería mejor si lo fuese?, piensa Pen. Entonces a lo mejor la crisis climática podría arreglarse.

Alice y Pen se han quedado en la plaza para ayudar a montar las tiendas; en realidad es un campamento, porque va a ser una semana entera de protestas. A su alrededor, la gente se ríe y se divierte; algunos de los que están disfrazados son alucinantes, como sirenas. Pen observa su piel azul, la belleza que brota del miedo.

Pen ha clavado la piqueta de la tienda todo lo que puede, pero el terreno es irregular y no está segura de haberlo hecho bien. Pen quiere preguntarle a Alice, pero se ha vuelto a ir con el grupo de la tienda de al lado. Acampar no es lo que más le gusta en el mundo a Pen, aunque un jardín (*hortus*) en el centro de la ciudad no es lo mismo que los bosques (*silva*) donde Sandy las lleva a pasear para hablarles de la vida al aire libre como si fuese algo que conoce. Basta con estar allí, como si la hubiesen clavado al suelo a ella también, observando a otra gente. Jo se mueve por allí, sonriendo a todo el mundo, es popular, y Pen le echa una mirada a Alice, que está concentrada en atar una bandera a la parte superior de una tienda. ¿Qué significa esa bandera, qué significan todos ellos? Pen conoce la respuesta a esa pregunta sin tener que pensarla. Es cursi y va contra lo que la gente piensa de ella, incluso su madre, pero la respuesta es obvia: amor. El amor puede salvarte (y no es una metáfora). Sentías frío y miedo y luego, a causa del amor, alguien iba hacia ti, se ponía a tu lado y te rescataba. Hay otra cosa obvia, sin embargo. Podías entender que todo era por amor y seguir sin

entenderlo.

«El amor tiene que ser una calle de dos direcciones», dice Claire, pero esa frase siempre ha asombrado a Pen, porque seguramente significa que en esa calle de dos direcciones las dos personas que se quieren viajan en sentido contrario. Pen supone que podría ser como lo de Alice y ella y los trenes hoy, que es una buena imagen. Pero solo funciona si la otra persona conoce el plan, y ambas se apean en la parada correcta para encontrarse a mitad de camino. Encontrarse a mitad de camino es otra cosa importante para Claire. Pero ¿qué pasa si la otra persona está en una calle distinta, o un tren distinto, o un viaje completamente distinto?

Alice ha vuelto, Alice sonríe y habla.

—Hay una reunión —dice—. Nos preguntan si queremos pasar luego…

Pen no entiende la pregunta durante un momento, ¿pasar luego por dónde, con quién? La cara de Alice cambia. Le toca el brazo a Pen y la mira de una forma que a Pen no le gusta. (¿Estás bien ya?). Pen se concentra y, cuando vuelve a mirar, la cara de Alice está sonriendo de nuevo. Pen respira.

—Lo siento, Pen, quería decir: Jo pregunta si queremos ir a tomar algo, hay un pub que les gusta… —Alice señala hacia el norte—. Se supone que está muy bien y son todo bebidas locales y eso. ¿Qué te parece? ¿Lo de ir con Jo a tomar algo?

Pen desearía que Alice y ella estuviesen de nuevo en el puesto de los burritos, se estaba calentito y estaban ellas solas, sentadas en unos taburetes junto a la ventana, mirando hacia fuera, porque eso Pen podía hacerlo, podía mirar por un cristal y ver el mundo pasar. Pero Alice está abriendo unos ojos como platos y mirando directamente a Pen, cosa que normalmente no hace. A Pen casi le resulta abrumador, le entran ganas de cerrar los suyos. Pero no los va a cerrar, porque sabe que eso hiere a los demás, que eso hiere a Alice. Así que, en lugar de eso, clava la vista en el suelo.

—¿Sí? —pregunta Alice, como si Pen estuviese asintiendo, no apartando la vista de ella—. Pero solo si te parece bien, ¿vale?

La voz de Alice suena contenta, y entonces Pen se siente bien con que el plan se decida sin ella. Pero cuando Pen levanta la vista hacia Alice, esta tiene la cara un poco seria.

—Mira —dice Alice—, si quieres también podemos acompañarte a la estación. El pub está en el río así que nos viene de paso, y puedes irte a casa.

La voz de Alice sube el tono al final de la frase, como si fuese una pregunta.

A Pen le entran ganas de decir espera un minuto, para poder decidir si era una pregunta, o si de hecho Alice quiere que Pen se marche.

—Pen, no pasa nada si quieres irte a casa.

Pero sí pasa, porque luego tienen una cita, eso es lo que Pen quiere decir. Pero como Alice todavía no sabe que tienen una cita, Pen deberá decir otra cosa.

—No quiero irme a casa —dice Pen—; es que tengo una sorpresa para ti más tarde.

Esta es la sorpresa. El cumpleaños de Alice no es hasta diciembre, nació en Navidad. Alice odia compartir su cumpleaños y odia el espumillón. Las lucecitas blancas sí que le gustan, las tiene puestas en su cuarto todo el año. Pero le dan escalofríos cuando alguien dice «Navidad». Así que Pen le ha preparado una sorpresa que es un regalo de cumpleaños antes de tiempo y, cuando se lo dé a Alice, Alice sabrá que lo había planeado todo por ella, y mirará a Pen, y cuando eso ocurra, todo estará en su sitio. Todo eso significa que Pen tiene que ir al pub.

—Pero a lo mejor el pub es demasiado para ti. Quizá haya mucho ruido. Podrías sentirte confundida o algo otra vez. Y además tú ni siquiera bebes.

Pen ve que Alice ha juntado las cejas, eso significa que Alice tiene el ceño fruncido. Pen se pregunta si Alice bebe, o a qué se refiere Alice con «confundida», pero tiene que decir algo.

—Tengo una sorpresa para ti más tarde. —Pen se limita a repetirse, aunque no está segura de si eso delata decisión o súplica.

—No importa, puedes darme la sorpresa en otro momento, no importa si quieres irte a casa. De veras.

Pen nota un temblor en la boca del estómago porque ahora parece que Alice está con sus amigos, que Pen se ha quedado sola y que Alice y ella ya no están juntas. El pub es una idea pésima, dice la voz de su madre, pongamos nombre a los desencadenantes, Pen. Pen no quiere pensar en los desencadenantes, solo quiere cogerle la mano a Alice, aunque el recuerdo de que hoy se han dado la mano queda muy lejos.

—La sorpresa tiene que ser hoy.

La cara de Alice le recuerda a la de Claire cuando le dice a Pen que está siendo tozuda, que no está cooperando, y Pen se coge los hombros con las manos.

—¿O sea que vienes al pub? ¡Estupendo! —Alice sonríe.

—Voy al pub —dice Pen.

Pen ve que Alice echa a correr, es la única manera de decirlo, corre hacia el grupo que sigue riéndose junto a la otra tienda, ¿de veras Alice está dando saltos? ¿O solo anda de puntillas? Pero aun así, parece que se va a poner a saltar de un momento a otro, es la encarnación de la felicidad. Eso es obra de Pen.

17.08

Al final resultó que no estaban juntos en el asunto. Ruth había dejado escapar, ambos habían dejado escapar, toda posibilidad de confesar sus verdaderos sentimientos, de decir «Me siento violada». Ruth se temía que si se lo contaba a Aidan él habría intentado razonar con ella para que lo olvidase. O, aún peor, la habría mirado como si lo estuviese acusando de formar parte de la violación. Así que Ruth no le contó la verdad a su marido.

Se habían tomado un descanso después del aborto; ella al principio había pensado en unos cuantos meses, pero había acabado siendo un año. Y, poco a poco, Ruth había visto claro que no quería seguir con aquello. Pero Aidan no se sentía igual. Él no quería, no era capaz, de «abandonar así como así». Y Ruth no fue capaz de negárselo, no cuando les quedaba un embrión del tercer ciclo. Así que lo intentaron de nuevo. «Será un ciclo suave», había dicho Aidan. El día de la transferencia, Ruth había llorado en silencio a causa del dolor y la humillación. Quítate los pantalones. Quítate las bragas. Ponte la bata. Sube los pies. Abre las piernas. Instrumentos. Aidan le había cogido la mano. Y Ruth lo odió todo el rato. Por hacerle aquello.

«Sigue», dice la voz en la cabeza de Ruth, y ella obedece. Un pie delante del otro, la siguiente sala. Ruth mira las paredes a su alrededor. El retrato de una mujer con un niño en un banco le devuelve la mirada. Un paisaje, un hombre que se lo muestra todo a una mujer de vestido largo. Esos son los cuadros que le gustan a Aidan, los que tienen marcos dorados. «Parecen reales, gente de verdad», diría.

Cruza otro umbral y hay un cuadro que parece un collage, como el contorno de una casa, como el interior de una persona. Cubista, ¿se

diría que es cubista? Ruth se inclina hacia delante para leer el rótulo de la pared:

Decoration, Mainie Jellett (1897-1944).
1923.

Témpera sobre madera.
Heredado, Evie Hone, 1955.
Galería Nacional de Irlanda. 1326.

No hay rostro ni cuerpo, solo formas. Líneas rectas, esquinas puntiagudas, bordes curvos, puntos de color alrededor de los bordes, rojo amarillo azul negro, y luego formas más grandes, grises y doradas en el centro. De alguna forma un cuadro abstracto es más fácil de mirar, de estar con él. Ruth incluso se imagina en él, cautiva en su interior. Ridículo, piensa, soy ridícula, pero esto es real, este anhelo. Debe de haber hecho algún ruido porque el hombre que hay a su lado tose. Es mayor, y la mira mientras se inclina hacia delante para leer el título del cuadro. Ella estaba primero, es su cuadro, por qué tendría que echarse atrás. Pero lo hace, deja paso.

Una espera de diez días. El insoportable paso del tiempo.

Otro intento fallido.

Tras la consulta del médico, tras las miradas de lástima, las voces suaves y que le ofreciesen un vaso de agua a Aidan, hecho un mar de lágrimas, aunque no dejaba escapar sonido alguno, después de que se pusiesen de nuevo los abrigos y la recepcionista dijese que les enviaría la factura, que no se preocupasen por eso ahora, después de todo aquello, Ruth y Aidan se quedaron de pie en la calle, fuera de la clínica. La gente caminaba y conducía, vivía, como si no hubiese pasado nada. Al final, Aidan había dicho: «¿Qué quieres hacer?», y ella contestó: «No puedo más, se acabó».

Él la miró, su rostro estaba inmóvil y, demasiado tarde, Ruth se dio cuenta de que le estaba preguntando si quería un café o coger un taxi a

casa, o ir a trabajar. Ruth lo había dicho demasiado pronto. Aidan se había dado la vuelta y había empezado a caminar colina arriba, alejándose de ella. Tenía los hombros encorvados y arrastraba los pies al andar, y ella lo llamó varias veces, pero él no respondió. «¡Espera!», gritó ella, y él se detuvo con brusquedad para ponerse de nuevo en marcha en cuanto ella llegó a su altura. Y así fue todo el camino a casa. Debería haber corrido tras él, debería haberse abalanzado sobre él, obligarlo a abrazarla. Pero ella no había tendido los brazos, ni siquiera había intentado tocarlo. Lisa tenía razón en eso.

Ante el cuadro, Ruth suspira y se da la vuelta porque allí no hay respuestas. Mientras ella se gira, el hombre de pelo blanco habla. «Lo está disfrutando —dice—, veo cómo disfruta de este cuadro. Me dan ganas de encontrar también mi cuadro favorito». Y sonríe mientras se aleja.

Cómo nos equivocamos con los demás, piensa Ruth. A lo mejor al final resulta que no han sido las clínicas, los pinchazos y los resultados los que han acabado con Ruth y Aidan. Lo que se les dio mal fue lo que siguió. En la resaca de la aflicción, no dejaron nada para el otro.

«¿Esto es lo que quieres?», había preguntado Aidan la noche anterior, y Ruth había mirado la ventana, convertida en espejo por la oscuridad del otro lado, el reflejo de su cuerpo y de su casa y de su vida, y se había sentido desconectada de todo aquello. Cuando ella no respondió, la línea quedó en silencio, ni siquiera se le oía respirar. «¿Estás ahí?», preguntó ella.

En la tienda no tienen postal del cuadro, así que se decide por otro Jellett, *A composition*. Venden un montón de cosas en la tienda, no solo arte, no solo postales, hay rompecabezas, tazas y objetos de papelería. Ruth no quiere nada de eso, no tiene ni idea de por qué está comprando siquiera, pero ahora tiene la tarjeta en la mano, así que se pone en la cola para pagar.

Al final, no consiguieron nada de lo que querían, ¿no? Aidan necesitaba que alguien tuviese la culpa y Ruth, como no sabía qué otra cosa hacer, había aceptado la culpa de él. La persona que tiene detrás cambia de posición y Ruth se da cuenta de que es su turno en la caja. Tiende la postal como si fuese una ofrenda, de modo que la mujer pueda cogerla y meterla en una bolsa de plástico. «Estoy aquí», había suspirado él al teléfono por fin, y había sido un momento casi de reencuentro.

Ruth mira a través del cristal que hay encima de la caja, fija la vista en un collar, una delicada cadena de oro con pequeños cubos de madera, rosa y dorado. Al pasar el dedo por el cristal deja su huella.

—¿Ha encontrado todo lo que buscaba? —pregunta ahora la cajera, y Ruth se sobresalta. Le entran ganas de decir que no, le entran ganas de soltarle un bufido a la mujer, de arrojarse al puto suelo y ponerse a dar aullidos—. ¿Ha encontrado todo lo que buscaba? —pregunta de nuevo la mujer, como si Ruth no la hubiese oído la primera vez. Y resulta que no es una pregunta de verdad, sino solo una forma de decir adiós.

17.12

—La cosa es —dice Jo— que si no eliminamos más que un cinco por ciento de las emisiones en diez años, solo reducimos al cincuenta por ciento la posibilidad de que las temperaturas suban. Hay que ser más radical. Necesitamos imaginar cómo sería un mundo con cero emisiones.

A Jo le ha caído el pelo sobre la cara y ahora enrosca el mechón para sujetarlo.

Pen mira la oreja de Jo, una espiral de piel rosa y cartílago. Pen se pregunta cómo es que, si todos están de acuerdo, si todas las personas de esa habitación están de acuerdo de que esa es la crisis que corresponde a su generación, si los científicos están de acuerdo y los gobiernos admiten que tienen razón y que es una cosa seria, que tienen que ocuparse de ella y que van a convertirla en prioridad… ¿cómo es que sigue ocurriendo?

—Los gobiernos tienen que escuchar, no hablan más que de economía, economía, economía. No quieren pensar en la vida, en las vidas que están robando. El ecosistema se está colapsando, está muriendo gente. Estamos viendo inundaciones y sequía en Irlanda, y eso que aquí hay un clima templado… ¿podéis imaginaros cómo es la cosa en climas más extremos?

Alice había dicho: «Será fácil encontrar mesa porque es por la tarde», como si ella se pasara las tardes bebiendo en pubs de la ciudad. Pen había asentido.

—Y los refugiados… Bueno, lo que estamos viendo no es nada comparado con los refugiados climáticos. Habrá guerras por el agua. China se está apropiando de los depósitos minerales de África, están trasladando los recursos naturales y, de alguna manera, bueno, es como si hubiese otra vez esclavitud. Además a nosotros nos afecta. No es que

el malo esté «ahí fuera» —dice Jo agitando la mano—; los minerales van a las fábricas chinas y luego nosotros compramos las cosas que hacen. El norte de China es básicamente una fábrica gigante, llevan años sin ver el cielo, todos usan mascarillas por la contaminación.

Alice había parecido excitada, tensa y nerviosa. Mientras dejaban atrás la estación, Pen clavó una mirada persistente al otro lado de la carretera, y casi dice: ¡mirad, el museo de ciencias! Pero Alice no paraba de hablar sobre «los chicos» y Pen no quería parecer infantil. Y cuando llegaron, vio que Alice tenía razón, era fácil encontrar sitio en las mesas vacías alineadas a un lado del pub. Era lo que su padre llamaba «un pub de abuelos», con desaprobación, por supuesto. «¿Por qué no hacen las cosas modernas?», era una de las cantinelas de Sandy. En realidad no hay abuelos en el bar, solo están ellos, y los empleados también parecen jóvenes. Pero estar allí ayuda a Pen a comprender lo que Sandy quiere decir: es como de abuelos.

—Nadie quiere admitir que estamos en el punto de inflexión, todos hablan de aquí a diez años, pero necesitamos un esfuerzo global ahora, las naciones son las que provocan el cambio climático, pero sus efectos no conocen fronteras, los veremos en todas partes. Necesitamos un cierre coordinado de emisiones, porque la amenaza a la que nos enfrentamos no tiene precedentes. Hay que hacer entender a la gente que es real.

Cuando hace unos años la cosa empeoró, antes de que se usase por primera vez la palabra autismo, antes de que Pen supiese que no estaba tarada, le había preguntado a Claire qué cambiaría en ella si pudiese. Pen se golpeaba el pecho con la palma de la mano, cara a la pared, porque era la única manera que tenía de saber que era real.

—¿Qué? ¿Qué cambiarías? Dime.

—Pen, deja de golpearte para que podamos hablar.

—¿Qué cambiarías?

Y Claire se lo dijo.

—A los demás.

Eso es lo único que Claire había dicho que cambiaría, y algo en aquellas palabras le había proporcionado a Pen una especie de calma, había ralentizado los golpes de su mano, le había permitido respirar de nuevo.

Sola. Así se decía en latín. Es la sensación que te da cuando te das cuenta, o cuando te permites saber, que el mundo está hecho para otras personas. *Sola*. Era verdad que los demás decían «Ay, perdón» cuando te veían tropezarte y caer. Pero no les importaba, en realidad no, o no lo suficiente para cambiar. Porque en el fondo, o ni siquiera tan en el fondo, están contentos, felices y seguros de que el mundo está hecho para ellos.

Pen le da un sorbo a su bebida y piensa que a lo mejor eso ayuda a que las palabras fluyan. Está tomando zumo de grosella negra porque ella no bebe alcohol (que es a lo que se refiere la gente cuando dice «beber»). Pen odia la forma en que «beber» hace que la gente se comporte estúpidamente, aunque eso es lo que les parece gustar a los demás. No le gusta que Claire se ría tanto cuando ha tomado demasiado vino. Al parecer, Alice sí que «bebe», así que había pedido una jarra de sidra, y allí está, en la mesa, junto al vaso tubo de Pen, que parece una bebida de niños.

Pen debería estar en casa. Soraya ya estará en casa, haciendo los deberes en la mesa de la cocina, o viendo la tele, o en su habitación haciendo lo que sea que haga tras el cartel de «No entrar. Privado». Cuesta creer que las cosas sigan ocurriendo en los demás sitios, que la vida normal siga adelante, ligada a un horario, sin conexión alguna con este momento, con esta sensación. Pen mantiene el equilibrio sobre un taburete con patas de madera y una especie de cojín blando de terciopelo. Todos los taburetes son de estilos diferentes. Alice está en uno junto a ella; el suyo tiene un asiento de piel y patas de metal. Jo está en el banco que hay contra la pared, de cara a la mesa como si fuese una predicadora.

—Soluciones técnicas; no paran de decir que la tecnología resolverá

esto, pero la tecnología también lo está provocando, admitámoslo, eso que tienes en la mano no es un teléfono, es una granada que está continuamente haciendo explotar nuestro presupuesto de emisiones de carbono. Necesitamos llegar a cero emisiones. Suena imposible, todos dicen que estamos locos, pero eso es la ciencia, los científicos estudian el aire, el permafrost, la continua explotación de los combustibles fósiles. En este país aún se quema carbón, y eso nos preocupa.

—Y nos turba —dice un chico, y se oye un coro de gruñidos.

Pen lo mira, pero no sabe cómo se llama. Piensa en el día que se había imaginado, con Alice y ella paseando por la ciudad, y en que iban a entenderse la mar de bien. Se pregunta si eso sigue siendo posible. ¿Qué busca uno en otra persona, lo mismo o más de lo que buscas en ti mismo?

—Eso es, turba, gracias, la turba absorbe el CO_2, pero nosotros la quemamos, y llevamos miles de años liberando gases. Necesitamos liderazgo, que el mundo reconozca el peligro real de todo esto, no comprar los presupuestos de emisiones de carbono de otros países, ni trasladar las emisiones al extranjero, no podemos cerrar los ojos ante esta crisis, está atrapándonos, infectándonos como si fuese un virus, la escala de muertes es enorme. En Sudán es tremendo, el desierto del Sáhara no hace más que crecer de año en año y ha muerto un montón de gente en Darfur, eso por no hablar de los desplazados.

Pen podría tocar a Alice muy fácilmente.

—Si los que estuviesen muriendo fuesen blancos, a lo mejor la gente se daba cuenta, a lo mejor haría algo. África es quien emite menos carbono, pero es la más afectada: es la injusticia climática. Es de la injusticia climática de lo que deberíamos estar hablando.

Todos murmuran y esbozan sonrisas tensas, sin enseñar los dientes, sin entornar los ojos de felicidad. Jo da un gran sorbo de cerveza. Pen esperará a que empiece a hablar otra persona y entonces pondrá el brazo en la mesa, junto al de Alice, levantará el dedo meñique y tocará el lado de la mano de Alice. Tocar.

Pero es Alice quien empieza a hablar.

—Porque en las escuelas no nos enseñan realmente nada sobre el

cambio climático; quiero decir, que somos nosotros quienes vamos a tener que vivir en este mundo, pero ni siquiera aparece en el currículo, somos, cómo decirlo, analfabetos ecológicos, ¡si en nuestra escuela, por ejemplo, apenas reciclamos…! No se hace nada.

Pen piensa en el comité estudiantil sobre el cambio climático, piensa en la huelga escolar, piensa en las clases de educación cívica del año pasado sobre la salud global: ¿no eran indicios de que se estaba haciendo algo? Sin embargo, la lealtad la impulsa a asentir.

Alice mira a Jo, Jo le sonríe, y ambas inclinan la cabeza hacia la otra. Y Pen piensa en todas las cosas que se están perdiendo.

—Cuatrocientos mil millones —dice Pen. Todos los ojos se posan en ella—. Cuatrocientos mil millones de toneladas de hielo perdidas en Groenlandia.

Su voz suena a su voz.

—Noventa y tres por ciento, el mar absorbe el noventa y tres por ciento del calor extra que producen los gases de efecto invernadero. Un sesenta por ciento de los arrecifes de coral se enfrentarán a una amenaza letal durante los próximos diez años. Un veintiséis por ciento del CO_2 que producimos lo absorben los océanos a una velocidad de veintidós millones de toneladas al día, cosa que conduce a un incremento del treinta por ciento de la acidez del océano.

Los dedos de Pen rebotan en su muslo, toc, toc, toc. Pero esto es fácil, coser y cantar, y las palabras fluyen porque los hechos son nuestros aliados. Pen siente la mirada de Alice sobre ella y casi le quema la piel.

—Las temperaturas del Ártico ya están por encima del punto de congelación, y aumentarán hasta los cinco grados centígrados en 2050 como muy tarde. El año 2016 ha tenido la menor extensión de hielo marino, pero esto será común, y Groenlandia podría quedarse sin hielo para 2050, cosa que llevaría a un deshielo en cadena y aumentaría los niveles globales del mar de 60 centímetros a 2,5 metros. Cosa que desplazaría a cuatro millones de personas. Más de setecientos millones de refugiados climáticos para el mismo año, 2050.

Se produce una pausa. La sangre de Pen fluye a toda velocidad porque todo el mundo la ha escuchado, han estado en silencio y no se

han movido, hasta la gente que estaba charlando mientras Jo hablaba, y así es cuando la gente se interesa por ti y te respeta y así es estar con gente como tú. Ese sentimiento. Alice la mira resplandeciente, luego echa un vistazo a los demás y dice: «Se le dan fenomenal los números», como si Pen fuese algo suyo.

Jo está más seria, aunque ha entornado los ojos, cosa que implica amabilidad. Jo dice:

—A ver, eso es genial, esos son los hechos que necesitamos. Guau, Pen, deberías subir al escenario, te pones tan seria al hablar que la gente te escucharía.

Pen niega con la cabeza, ni siquiera sabía que iba a hablar, aún nota los latidos de la adrenalina. Ahora Jo está sonriendo abiertamente, y los otros comienzan a hablar de nuevo, sobre una nueva Irlanda, o un nuevo mundo, o el viejo mundo, en ese momento a Pen le da lo mismo. El chico que hizo el juego de palabras con la turba se levanta y se inclina sobre Jo, «¿Otra?», le pregunta, y Jo asiente y levanta el vaso.

—A tu salud. —Luego se vuelve hacia Pen—. Tu madre es una gran profesora; está claro que tenéis un don familiar para hablar en público.

—¿Qué estudiaste con ella? —Pen ha formulado una pregunta normal.

—Poesía victoriana, guau, me encantó, en plan «Si te sientas durante la puesta de sol», alucinante, se nota que le encanta.

Sin pensarlo, Pen recita:

Mañana y tarde
las criadas oyeron a los duendes gritar.

Alice la mira. Alice se ha equivocado: a Pen no se le dan bien los números, lo que pasa es que tiene buena memoria.

—¡«El mercado de los duendes»! ¡Sí! O Barrett Browning:

Te amo con la respiración
las sonrisas y las lágrimas acumuladas ¡de toda una vida!

»¡Uuf!

Y Pen continúa:

Escribiré mi historia por el lado bueno
como cuando uno pinta su propio retrato para un amante
mucho después de que ha dejado de amarte, solo
para recordar lo que fue y lo que es.[4]

Nadie más presta atención mientras los versos resuenan en el aire. Más allá, en la mesa, hay una conversación sobre el nivel del mar, sobre los negacionistas del cambio climático, sobre la fuga blanca, pero aquí, donde están ellas, solo están Pen, Alice y Jo, y Pen está en el centro.

—Es alucinante —dice Alice—; no sabía que lo hacías, eso de recitar poesía.

Y Pen, que lleva un buen rato intentando encontrar una manera de hablar con Alice, se queda asombrada de que las palabras de otra persona puedan ser suyas.

—Barrett Browning es una escritora comprometida, eso es lo que la profesora… quiero decir, tu madre me enseñó; hay un poema sobre los niños que lloran en el país de los libres que vendría de perlas para las manifestaciones de ahora, porque eso es lo que hacemos; a lo mejor necesitamos a un poeta laureado para denunciar el cambio climático.

A Pen le gusta la cadencia del verso, el hecho de que lo primero que notas es el ritmo, antes de entender las palabras. Le gusta que el ritmo te cuente cómo se sentía el poeta, que te cuente qué debes sentir.

—¡Eh, gente! —Jo alza la voz—. Pen me ha dado una idea —dice lanzándole una mirada sonriente a Pen—; un poeta irlandés laureado para denunciar el cambio climático. —Al momento alguien empieza a criticar las jerarquías para acallar a Jo, que vuelve a sonreírle a Pen—. No se trata de jerarquías, sino de encontrar una voz que hable por nosotros.

Pen sigue mirando a Alice, con la esperanza de que lo que se rompió antes, durante el ataque de Pen, se haya arreglado. Alice baja la vista

hacia su bebida y luego vuelve a mirar a la sala, a las mesas. Su pierna está a unos cinco centímetros de la de Pen. Solo hace falta un gesto levísimo, un minúsculo desplazamiento a la derecha.

Pen mira por encima de la cabeza de Jo y ve una esquina del cielo por la ventana, recortada al fondo por el extremo del banco y, en la parte superior, una pequeña pizarra con la lista de las cervezas locales que Alice quería.

La pierna de Pen se desplaza cuatro centímetros a la derecha.

Luego un centímetro más.

Alice vuelve la cabeza, casi mira a Pen. Y Pen no se lo imagina. Siente una leve presión cuando la pierna de Alice se pega a la de Pen.

El amor inmoviliza y embellece el mundo.

Sanctus.

17.58

La azafata camina por el pasillo y les dice que si desean comprar artículos libres de impuestos «pulsen el botón de llamada». Al menos a Aidan le ha tocado el asiento de la ventanilla, aunque significa que tiene las piernas pegadas al asiento de delante: el precio de un horizonte más amplio. Observa el parpadeo de las luces, comprueba el recorrido del vuelo. Están sobrevolando el norte de Gales. Hojea de nuevo la revista, donde faltan algunas páginas, como si un pasajero anterior hubiese querido guardarse los consejos para visitar Haarlem o Múnich. Antes Ruth también hacía esas cosas, y llenaba carpetas en casa con todos esos sitios y planes que hacer en el futuro, una lista que nunca podría realizarse. «¿De qué sirve?», decía él, pero ella se limitaba a encogerse de hombros y a decirle que un día se alegraría de tenerlas.

Aidan le echa un vistazo al hombre que hay en el asiento del pasillo. Apenas se ha movido en todo el vuelo, apenas ha levantado la vista, fija en su pantalla. El asiento que los separa está vacío y al menos hay eso, un poco de espacio extra. Aidan agradece de veras el silencio. Se pregunta si al final forcejearán para ver quién es más diestro en coger la chaqueta y el equipaje del compartimento superior. Se pregunta si el hombre, si cualquiera, nota con solo mirarlo que él sigue perdido.

—Podemos hacerlo. Por favor, Ruth, mírame a los ojos.

Un año atrás, en el aparcamiento del supermercado, con el maletero lleno de compras, ambos habían observado a la familia de tres hijos de enfrente, apeándose uno a uno del asiento trasero de un coche familiar. Contaron uno, dos, tres. Aidan vio que a Ruth se le hundían los hombros, quiso decir que lo sabía, que no era justo, pero eso no habría servido para que ninguno de los dos se sintiese mejor.

—Aidan, estoy muy cansada.

—Lo sé. —Hizo una pausa, intentó cambiar el tono—. A lo mejor podemos irnos de vacaciones, a Wexford, o a España, quizá. Un descanso nos sentaría bien.

—Lo dices porque crees que así tendremos más posibilidades.

—Lo digo porque necesitamos un descanso. Caminar, que nos dé un poco el sol, alejarnos de todo esto. Cenas buenas, a lo mejor unas tapas.

—Pero sin vino, ¿no?

—No tomar vino no nos matará, Ruth.

—Pero a mí me gustaría ir allí para ser yo durante unos días. Para ser nosotros.

—Eso digo yo. Podemos serlo.

El más pequeño iba columpiándose de la mano de sus padres, mientras que los dos mayores empujaban el carro. Aidan los observó hasta que doblaron la esquina y se perdieron de vista. Y empezó de nuevo.

—Has estado trabajando muchísimo, Ruth, te exiges demasiado. No hay nada malo en necesitar un descanso. Y, cuando nos hayamos recuperado un poco, pues sí, tendremos más posibilidades.

—¿Y qué pasa si otra vez no funciona, Aidan? ¿Qué pasa si se produce otro aborto o se cancela otro ciclo? No puedo soportarlo.

—A lo mejor esta es la definitiva, Ruth. Podría ser esta. —Qué frase tan automática—. Solo necesitamos una.

—Estoy harta, Aidan. Lo hemos intentado cuatro veces.

—Ruth… —Aidan había mantenido el tono de voz—. Creo que podríamos tener éxito si lo intentamos de nuevo.

—¿Y si no? —Ruth casi había apoyado la barbilla en el volante—. ¿Y si no, Aidan? ¿Qué hacemos entonces?

Al menos, en aquella época, Ruth aún hablaba del asunto. Él se permitía creer que solo era otra tregua. En momentos de ocio, Aidan incluso había llegado a componer algunos post para foros imaginarios: ¡Positivo! ¡Solo necesitábamos un descanso! O: Ha sido un largo viaje,

pero ha merecido la pena. No soportaba formular la versión real: Tengo que suplicarle a mi esposa de nuevo para hacer un ciclo más. A lo mejor nunca lo conseguimos. ¿Cuánto tardó Aidan en darse cuenta de que no habría quinto ciclo? No era una tregua, sino el final.

Más abajo, el país entra en su campo de visión: la costa dublinesa, el escarpado cabo de Howth, con el faro de Baily parpadeando al sur. Se oye un chirrido; deben de ser las ruedas al bajar. La presión de la gravedad los mantiene en sus asientos, resisten el tirón hacia la izquierda mientras el avión da la vuelta. El hombre sentado junto al pasillo apoya la mano en su bolso para impedir que se deslice por el asiento intermedio vacío, aunque la azafata le ha pedido que lo coloque debajo del delantero. Ahora ya están cerca del suelo, y hay un extraño momento en que el avión parece ralentizar y luego acelerar, sin duda bajo el control del piloto, pero da la sensación de que algo va mal. Los alerones suben, el avión va deteniéndose mientras las ruedas golpean, rebotan y luego tocan por completo el suelo.

Aidan piensa en lo mucho que ha querido a Ruth, en lo mucho que aún la quiere ahora. Piensa en todo lo que perderá. Si es honesto consigo mismo, no la culpa porque haya necesitado parar, pero eso no le impide estar enfadado con ella. Es muy duro ver cómo la vida, el amor que siempre había querido, eran rechazados por la persona con quien estaba destinado a compartirlos.

18.01

Alice y Pen están fuera del pub. Las campanas del ángelus aún siguen sonando. Alice pareció un poco sorprendida cuando Pen le sugirió que hablasen fuera, pero cuando Pen se puso en pie, la siguió.

—¿Estás bien? —dice Alice.

Pen niega con la cabeza, no para decir que no, sino para poner distancia con la parte anterior en la que no estaba bien, para separar el antes del ahora. Si Alice la estuviese mirando de veras, vería que ahora es una nueva Pen.

—Tengo algo para tu cumpleaños, una especie de regalo antes de tiempo —empieza Pen, concentrándose en mirar la costura que hay en el hombro de la chaqueta de Alice—. Una sorpresa.

—Guau, no tenía ni idea —responde Alice. Su voz suena un poco apagada, pero su cara no hace nada malo.

—Una entrada para un concierto. Me he comprado…, he comprado dos entradas para un concierto. Esta noche.

—Guau —dice Alice de nuevo, pero ¿está sonriendo?—. ¿Y para qué concierto?

—¿Recuerdas que te gusta mucho Florence?

—Pero ahora no está de gira…

—No, pero en este grupo toca uno de los que toca con Florence, y se inspiran en la exploración del Ártico o algo así, y tienen una orquesta entera. Recolectan dinero para Greenpeace. —Pen se arriesga a mirar. Alice parece estar decidiendo qué cara poner—. Son como una mezcla de música de cámara y jazz.

La cara de Alice aún no se ha decidido.

—Es difícil de explicar, son buenos, buenísimos. He comprado entradas para las dos. Es en el National Concert Hall, así que hay asientos y no estará a oscuras, conque estamos seguras, y podemos

comer algo de camino si vamos, hay un sitio vegetariano. Lo tengo todo marcado en el plano.

Y Pen respira y dice lo que le da miedo:

—Será… —explica mirando a Alice—. Será una cita.

Pen quiere decirle a Alice que había visto al grupo en un programa de conciertos en línea, y que era guay, y que le gustó cómo hablaban de lo que hacían, y el sonido que tenían. Que le entraban ganas de saber de música. Todo era contar, pero contar de una forma que parecía que no estabas contando. Le entran ganas de decir: *ricercar*. La palabra suena bien en la boca de Pen, y está a punto de…

—¿Cómo? —dice Alice.

Pen se ha quedado sin palabras. No puede explicar que *ricercar* es una forma de fuga musical del Renacimiento, no le salen las palabras, y *ricercar* le da vueltas y más vueltas en la punta de la lengua, en la mente y en los oídos, porque ella y Alice son como una fuga humana, y eso es lo que quiere decirle, lo de que la fuga es una especie de amor, porque Alice toca el piano, así que debería entenderlo, pero no lo dice porque Alice ha girado la cara.

Alice no está mirando a Pen ni a la calle ni a los árboles que hay al otro lado de la carretera ni al cielo, intentando averiguar qué hora es por la luz que queda, ni… ¿sigue respirando Alice? Y entonces habla.

—Lo siento, lo siento, Pen, yo pensé que solo éramos buenas amigas. Yo no… no quiero eso. No es por ti, es por mí, soy…

¿Alice tiene los ojos húmedos? Es que están brillantes, y ahora está mirando a Pen, mirándola sin hablar, pero la mirada es más dura, más dolorosa. Pen la interpreta. Demasiado. No lo bastante. Nada.

—El concierto es esta noche. —La voz de Pen suena alterada, como si no saliese de su pecho, de su garganta. Alice, su mejor amiga, su única persona, que se ha tumbado en la cama junto a ella, que ha inspirado y espirado con ella, que la ha tocado…

—No puedo —dice Alice, y retrocede.

A Pen nunca le han pegado. Ni siquiera cuando Claire dice que Pen ha cruzado el límite, o que la está volviendo loca, o que necesita cinco minutos de descanso. Nunca le ha pegado nadie, aunque haya estado

cerca, pero una debe de sentirse así cuando te pegan en el pecho, en todo el cuerpo, porque Pen no se mueve pero al mismo tiempo está viajando por el espacio y el tiempo, propulsada por un golpe en el plexo solar. Y no hay bastante oxígeno en este mundo de la Vida Real.

Alice ha dicho que no. Pen no había planeado esto, había pensado que a lo mejor Alice preguntaría cosas o querría abrazar a Pen o que pasaría otra cosa, pero que esa otra cosa no sería esto. Alice ha dicho que no. En realidad, Alice ni siquiera ha dicho que no, ha dicho…

No hay aire.

Respira de todas formas.

Es como si oyese la voz de la mujer de antes. Inspira, espira. Y Pen intenta seguir las instrucciones, aunque no puede cerrar los ojos porque entonces perderá el equilibrio, así que en lugar de eso mira al suelo, al lugar donde Alice estaba, y susurra «Inspira», y después «Espira», y de alguna forma el aire entra y sale de su cuerpo.

Pen se estremece, es que tiene frío, o si no es que está temblando. La chaqueta y la mochila están en su taburete, las ha dejado en el taburete junto a Alice, enfrente de Jo, junto a una persona cuyo nombre no sabía, a lo mejor se llamaba Sam, no lo sabía, no hay problema, su mochila está segura; mover los pies, esto es un problema. La ventana está justo allí y ve la mesa contigua a la suya pero el cartel de las cervezas de las narices oculta su mesa. La mesa de ambas. La oculta.

Pen ya no está en la calle. Pen está apoyada en el taburete, no tiene ni idea de cómo ha llegado allí, ¿cómo es que está allí? Pero Alice no está en su taburete. La chaqueta y la mochila de Pen están allí. La chaqueta de Alice está allí. Jo está hablando con el presunto Sam.

—¿Dónde está Alice? —Pen habla en voz alta.

—¿Perdona? Ah, pensaba que estaba fuera contigo —responde Jo.

—No, no, entró —dice el presunto Sam, señalando a su espalda—. ¿En el baño?

Pen sigue de pie allí y ve que Jo mueve la cara y mueve la boca, pero hay como un zumbido fuerte en la cabeza de Pen y no oye las palabras.

El nombre de lo que Jo está haciendo con la cara es «preocupada», pero esa palabra parece llegar de muy muy lejos, y Pen piensa: inspirar y espirar, y espera que esa sensación de mareo desaparezca porque, si hay algo peor que el hecho de que Alice diga que no, o de que Alice no esté allí, es que Alice la vea caer y tenga que llamar a la madre de Pen para que la repare, será como estar de nuevo en el armario y como cuando se abrió la puerta por fin y Pen salió arrastrándose como un animal, entre gruñidos, y todo el mundo se alejó de ella.

Está la cara de Alice, por encima de los demás, Jo señala. Alice se mueve hacia ella, está mirando la cara de Pen. Y toca a Pen. Alice toca a Pen mientras se sienta, pero no de forma deliberada, sino de forma accidental, como tu cuerpo toca a veces el de un extraño porque está en medio, y Pen no está segura de quién se sobresalta más, si ella o Alice.

—Ah —dice Alice—, ha sonado tu teléfono.

El hombro de Alice apunta hacia Pen, su cara hacia Jo; Pen no puede interpretarlo, pero lo hace.

—Alice.

Es un susurro.

—Alice.

—Pásalo bien en el concierto, Pen. A lo mejor en la taquilla te reembolsan la entrada sobrante.

—Anda, ¿qué concierto? —pregunta Jo, y luego desvía la mirada ante el silencio de Alice y Pen, cosa que significa que aún comparten algo, aunque ese algo sea no hablar.

Pen retrocede.

A lo mejor la gente se queda mirando, pero no le importa si lo hacen, no está en la lista de las cosas que le importan ya.

18.20

La galería va a cerrar. Ruth sigue junto a la puerta, sin saber muy bien adónde ir. ¿A casa? Todavía no. Ve unas ventanas iluminadas al otro lado de la calle.

El pub está tranquilo, todavía es pronto, aunque hay un grupo que ha unido las mesas y se ríe, pronto estarán montando jaleo, se les nota. El joven de detrás de la barra le hace un gesto con la cabeza y ella se acerca a pedir.

—Menudo día de sequía llevan —dice el camarero mientras coge un vaso, pero Ruth lo mira inexpresiva—. Por lo de las protestas —añade, señalando con la cabeza a la televisión y su carnaval de manifestantes enarbolando carteles y pancartas—. Por aquí vienen muchos estudiantes, son unos entusiastas. No hacen ningún daño, eso pienso yo.

Ruth esboza una vaga sonrisa a modo de respuesta, y el camarero se da cuenta de que es una de esas personas que vienen para estar en algún sitio. Decide no molestarla con la pregunta de qué ginebra prefiere y coge Dingle, la irlandesa: una apuesta segura.

—Siéntese —dice—, yo se la llevo.

El vaso deja un cerco húmedo en el posavasos, y Ruth lo menea para oír cómo entrechocan los hielos. Le da unos sorbitos a la copa, sin mirar a ningún sitio. ¿Es esto lo que quieres?, había dicho él, pero en realidad no estaba preguntando, no era una súplica ni una petición. Estaba evitando decir que no era eso lo que él quería.

El grupo que hay junto a la puerta hace un brindis cuando se les une más gente, y resulta sorprendente verlos con tanto ímpetu —un lunes por la noche—; tal vez se trate de una despedida de alguien que deja un trabajo, tal vez de una reunión. El camarero se les acerca, qué desean, con los brazos abiertos, quiere ganarse una propina.

Aidan había dicho que ella no era fácil, pero ¿acaso no era aquello

otra táctica elusiva? Una coartada para su afirmación real: que ella, sin niños, no bastaba.

Su bolsillo vibra y, a pesar de que Ruth siente el impulso de ignorarlo, lo saca. Un mensaje que no había visto.

ATERRIZADO

Ruth no había oído los pitidos, o, no, eso es, el teléfono seguía sin sonido desde la galería.

Conque vuelve a casa.

¿Y eso qué significa? Basta. «¡Ya vale! Basta», gritaba su madre para decir que no había más que hablar. Ruth hace chocar de nuevo el hielo contra el vaso y lo levanta en un brindis irónico, intentando fingir que no es una mujer en un bar hurgando en las entrañas de su matrimonio. ¿Cómo es que no había visto venir esto? ¿Cómo se había equivocado tanto con Aidan? Menuda psicóloga.

Le contará lo de la aventura, eso será la gota que colma el vaso y entonces la dejará seguro. O a lo mejor se muda ella de piso. Ruth se imagina diciéndoselo: «Me mudo», imagina la mirada de aprobación de Aidan. Al menos, de esa forma, obtendrá algo de control. «Soy el capitán de mi destino».[5] ¿No decía eso el poema de Henley? ¡Menuda broma! Otro sorbo. Tal vez se limite a quedarse aquí emborrachándose lentamente.

Te mudas, de acuerdo, imagina qué pasa luego, Ruth. Tendrá que buscarse un piso para ella sola, a lo mejor más cerca del trabajo. Siempre ha querido vivir cerca de un parque, tal vez en el Phoenix Park, entonces. Volverá a correr, o a dar largos paseos, a lo mejor hasta podría hacer yoga en el parque. Pero entonces tendrán que vender la casa. Eso ya cuesta más imaginárselo. Todo lo que acompañará a tal decisión. ¿Necesitará un nuevo abogado? ¿Un nuevo testamento? Y tendrán que dividirse las posesiones. Ruth debería empezar mentalmente a etiquetar las cosas: tuyas y mías, de ella y de él. «No lo hagas, Ruth. Sabes que es peligroso imaginar las cosas hasta convertirlas en realidad».

Sería más fácil si tuviesen menos que perder. Ruth recuerda, y en

realidad no hace tanto de eso, que Aidan carraspeaba para que ella levantase la vista de lo que estaba haciendo, y le sonreía, y ella le devolvía la sonrisa. «¡Buu!», exclamaba él, y ella se reía con lo ridículo de la palabra, se reía porque eran muy felices. Y nunca se cansaban de hablar, hasta bien entrada la noche a veces, hablaban como si oír las palabras del otro fuese lo más importante del mundo. Y ahora, qué sequía, Dios mío, sequía de palabras, de gestos y de amor, cuando antes estaban radiantes de felicidad. ¿Cómo habían tirado por la ventana algo tan valioso?

A lo mejor habían sido demasiado felices. Necesitaban el sexo como el respirar, no solo al principio, sino durante años. Cuando estaban juntos se sentían muy dichosos. Después del sexo, Aidan se amodorraba, su rostro relajado e indefenso. Ruth esperaba un poco, con las rodillas presionadas contra el pecho y, luego, cuando era seguro moverse, se iba al baño a hacer pis, se veía la cara sonrojada en el espejo y sonreía. Aquí estoy, soy deseada. Ruth regresaba despacio al dormitorio y dejaba que la escena se revelara poco a poco. Y, con las manos aún algo húmedas, trazaba una línea desde el dedo del pie hasta los labios de Aidan, mientras miraba su cara estremecerse de antemano. Parece algo tan lejano…

El teléfono vibra sobre la mesa y, como si se moviera dentro del agua, pulsa el botón para ver la pantalla.

EN EL TAXI

Ruth le da un sorbo a su copa, fingiendo una calma que no siente. ¿Y si su relación se ha acabado de verdad?

«¡Huye!».

«¡Quédate!».

Piensa en su primer día, hace tres años, el primer día con clientes en la consulta. Era después de que cancelasen el segundo ciclo, cuando empezó a sentir un miedo sordo, el miedo a no poder tener hijos. Ruth recuerda lo nerviosa que estaba aquella mañana, que había ido a la

oficina temprano, café recién hecho, flores (sin olor) y pañuelos de la marca más suave. Que se sentó a la espera de que diese comienzo esa otra parte de su vida. Veinte minutos antes de la cita con el cliente el teléfono había vibrado y ella se reprendió por no haberlo apagado, pero era un mensaje de Aidan: Mira en tu estuche. Pensó que le estaba gastando una broma, porque él siempre se metía con ella por llevar un estuche, como si aún estuviese en el colegio. Pero al abrir la cremallera vio la nota amarilla y la desdobló: «Yo creo en ti». Eso era lo único que decía. Lo que ella daría, ay, no por un bebé, sino por recuperar aquello.

Su teléfono vibra de nuevo y pulsa el botón para iluminar la pantalla.

¿TE VEO EN CASA?

Lo que la decide son los signos de interrogación. ¡Que algo tan insignificante pueda decidir nuestro destino…! Antes de darse cuenta de que se va, Ruth se pone en movimiento, casi tira la mesa, la silla chirría, se marcha del pub con un portazo, el aire fresco de fuera supone una conmoción. El canal estará abarrotado a esta hora, piensa, mejor que vaya por Cuffe Street y pare un taxi allí.

Mientras adelanta a un grupo de compradores, Ruth se imagina a Aidan en la parte trasera del taxi, con el pulgar sobre la pantalla. Debe de estar diciendo que no vayan por el túnel del puerto, que mejor arriesgarse por Drumcondra, mirando las carreteras, y no es que Dublín sea la ciudad más bonita del mundo cuando la ves desde el aeropuerto, pero a lo mejor Aidan ha visto la curva de la bahía de Dublín cuando el avión pasó por encima. Ruth cruza en el semáforo del final de Dawson Street, y desanda el camino, pasa por el espacio vacío que hay detrás de las empalizadas, y ¿eso ha sido hoy? Parece que hace una vida entera. Tal vez Aidan se haya dado cuenta de que sus mensajes eran —¿qué?— demasiado secos, demasiado imperiosos, como un examen. Y ahora, mientras él viaja de regreso a su vida, va pensando en ella.

Ruth odia a la gente que se interpone en su camino mientras rodea el Green. Que el tráfico esté inesperadamente tranquilo, desea, quiero llegar antes que él, quiero ser el hogar al que él regresa. Ahora va sin aliento, pero ha dejado atrás la iglesia unitarista y allí está la esquina;

si Dios existe, habrá un taxi vacío. Extiende la mano y uno se detiene en el bordillo. Ruth se mete en el coche del desconocido y le da su dirección. Al arrancar, recuerda que se ha olvidado el libro, pero no importa.

¿Ha pensado ella de veras que él iba a abandonarla? ¿O que ella iba a permitir que la abandonase? Tras el Instituto Tecnológico y la aguja de la catedral, un giro brusco a la izquierda, y unos faros de freno delante. ¿De veras había pensado ella —esa misma mañana— que tal vez fuese para bien, que aquello no era lo que ella quería, que no quedaba nada a lo que aferrarse y decir no, esto es mío? Pero ahora. Es como si el amor hubiese regresado a su cuerpo.

Cruzan más semáforos, la carretera sube ligeramente, y Ruth mira de nuevo su teléfono, el mensaje, los signos de interrogación, y parece que es la primera pregunta real que él le ha formulado en años. Le pregunta si estará allí.

Es un hecho: llegan a Leonard’s Corner y al puente de delante, el mismo puente de esta mañana pero ahora es diferente porque ahora ella va a casa. Es un hecho, piensa Ruth, que si te obligabas a sentir dolor entonces también eras capaz de sentir alegría. Eso le dirá a Aidan y él parecerá vacilar, pero ella lo dirá de veras y a lo mejor su determinación los llevará a los dos a creerlo. Ruth se inclina hacia delante para indicarle al conductor que gire a la izquierda en el parque, en dirección a Five Points.

El coche se interna en la plaza, aprovechando el hueco que han dejado los coches aparcados a los lados, y pasa por la primera fila de badenes, y luego gira a la izquierda. «Ahí», le dice ella al conductor, y él asiente por el espejo. El coche se detiene y Ruth experimenta una última oleada de temor, de duda, al mirar por la ventanilla del taxi en dirección a la casa. La luz está encendida. Él ha llegado antes que ella y ella vuelve a su casa, a él, pero, en realidad, ¿puede volver a casa? (Una noche Aidan había dicho: «No puedo imaginarme una vida sin hijos». Y ella había respondido: «Yo sí»).

No saldrá del coche, le dirá al conductor que siga adelante, que la lleve a algún otro sitio, pero ahora está pagando, y empujando la

puerta, y las bisagras crujen y Ruth piensa: ay, lo va a oír, y ahora ella está casi en el porche, buscando la llave, y lo ve por la ventana delantera, de pie en mitad del salón, mirando a su alrededor. Cierra la puerta, la casa se estremece al reconocerla, y le entran ganas de abrazarlo porque Aidan tiene una expresión abierta, triste, perdida. Y casi se ríe, como cuando de veras tienes miedo, porque ahí está por fin la tormenta.

Ruth se queda frente a Aidan, mirándolo. Sin reírse, seria ya. Porque ahí está el pensamiento. Ahí está lo que ella no ha permitido. Ahí está.

Él ha dejado de quererla.

18.20

Ella no te corresponde. Ella no te corresponde, con lo que eso implica en cuanto a cómo te sientes, cómo eres e incluso quién eres. Alice no te corresponde y son como cortinas negras que lo enmarcan todo y solo te dejan existir en el centro, y el espacio se hace más y más estrecho, y se produce esa vibración en tu cabeza. A lo mejor te desmayas.

Puedes caminar sin ver, puedes andar por la calle con las lágrimas cayéndote por las mejillas sin que te vean. Puedes dejar atrás un edificio que de alguna forma sabes que es la procatedral de Santa María, y darte cuenta únicamente por los sacos de dormir en la escalera. Puedes ver un cuerpo en el espacio, y el tiempo se colapsa, pero no lo verá nadie, solo tú puedes verlo, y no lo ves porque tienes los ojos y las mejillas llenos de lágrimas que te escurren por la barbilla y te dejan un sabor salado en la boca.

Solo empiezas a ver de nuevo cuando llegas a un cruce, oyes un claxon, y de repente te das cuenta de que te has bajado de la acera al asfalto de la calzada, y de que el espejo retrovisor lateral del coche ha pasado rozándote. Y parece que en tu cuerpo sucede algo y, de repente, te das cuenta de que estás en la calle y adviertes el resto de cuerpos, de vidas, de gente que camina con un propósito invisible para ti, pero que inequívocamente está allí. Van a algún lugar, vienen de algún lugar, van al encuentro de alguien. Las mujeres llevan bolsas, y caminan menos recto, los hombres se balancean más, llevan las manos en los bolsillos. Los niños habitan un mundo diferente, más deprisa más despacio no hagas eso. Llevan ropa, de diferentes colores, sobre todo negra o gris, son importantes pero también, en cierto modo, corrientes.

Te das cuenta de que todo el mundo lleva un teléfono, van hablando o escuchando o sujetándolo, mirando, vigilando, todos ellos, blindados. Mujeres con caras como máscaras, hombres con gorras y ropa ancha,

esos son los jóvenes, y luego hay una división, un borde, y lo ves, nunca te has fijado pero ves gente joven y gente mayor, dónde está la gente de en medio, la gente que no lleva zapatos de suelas desiguales por el desgaste, sin bolsas de la compra, buscas una cara, una espalda que reconozcas, y no ves a nadie, pero ellos te ven. Un grupo de chicas fuera de una tienda; son vivarachas, hacen ruido, están contentas. Estás bajo el puente de la estación de ferrocarril de Connolly; podrías montarte en un tren e ir a casa. O tal vez podrías ir a otro sitio, al extremo sur, a sentarte en una playa arenosa y mirar el mar, el mar que aumenta de nivel y se vuelve ácido. O al norte, seguir la línea de las pocas paradas hacia la casa de Alice, sentarte en Fairview Park, donde ambas hicisteis un pícnic una vez, sentarte, observar y esperar. Solo que estar allí bajo los árboles te daría miedo, y a lo mejor ella vuelve a casa de otra forma. A lo mejor, en lugar de eso, podrías quedarte en el tren e ir más lejos, bajarte en Howth, o más allá aún, en el puente que casi se cae y mirar allí el mar, siempre quieres mirar el mar. Pero aun así, seguirías estando sola, así que te alejas de la torre de la estación, y ahora estás en unas calles que no conoces, girando por instinto, pero seguro que tu instinto se equivoca porque tú eres completamente autista y ella te ha dicho que no y te ha mirado como…

Pasas junto a más chicas apoyadas en las verjas; te dicen algo a voces, pero tú estás en otra parte, hay un minicarrito de niño en mitad de la acera, así que lo rodeas y en esa calle en realidad no hay coches, te das cuenta de eso y también de la mezcla de edificios viejos y nuevos, de que los viejos son más bonitos, ¿cómo se puede tener el corazón roto y seguir advirtiendo cosas así? El mundo está destinado a desintegrarse o a acabarse, y tú deberías estar ciega, porque ya no podrás verla, porque te miró como…

Hay unos columpios en esta calle con árboles, y la naturaleza sigue ahí, aunque cercada, limitada, solo se le permite existir en rectángulos; alguien lleva un patinete por la acera y no te mueves a pesar de que avanza hacia ti; va con un suéter negro y vaqueros negros, te da tiempo a observar que tiene los ojos azules, más o menos; te golpea con el codo en el brazo, dejas de caminar, y una señora te toca en el hombro y te

pregunta: «¿Estás bien?». Tú no dices nada pero tu cara sigue húmeda, y la mujer le dice al hombre que tiene al lado: «Creo que está un poco ida», así que tú dices: «Perdón», aún te funciona la voz, y luego dices: «Gracias», porque ha sido amable, y sigues caminando.

Hay un cartel: N1, N2 y ✈

El edificio de la esquina tiene unas ventanas muy grandes cubiertas con anuncios de la tienda que podría abrir allí y ahora puedes llevar la colada y te la planchan, años de experiencia y Hill 16 Pub, ¿qué quiere decir? Está colina arriba, eso es. Ahora, de nuevo, edificios viejos, simples y altos, y más árboles en otra plaza, todos los árboles de la ciudad.

Ves la aguja de una iglesia y podrías ir a la derecha, podrías seguir recto, pero de algún modo tu cuerpo gira a la izquierda, hacia la aguja de piedra, y ves carteles de hostales con desayuno, a lo mejor has estado aquí una vez con tu madre para ver una obra de teatro en una sala pequeña en la que tenías que quedarte de pie mirando a un hombre mayor que lloraba porque el hombre joven no podía amarlo. Y luego Claire te había comprado un helado y te lo habías comido; primero habías roto el chocolate en fragmentos y luego habías lamido el interior cremoso, el helado de verdad.

En la esquina hay un quiosco como de mosaico amarillo y verde, y una tienda cerrada que se llama Tip Top Cakeshop, y miras los letreros de las calles y las calles tienen nombres interesantes, que es lo que se decía antes de las embarazadas, «en estado interesante», y ahora se usa cuando algo te gusta. «Ella me interesaba mucho». Pero te miró como…

La iglesia de delante tiene andamios y luego hay otra plaza con más árboles, y de una excursión con el cole sabes que esto es el Garden of Remembrance, es decir, el Jardín del Recuerdo, y no sabes cómo un jardín puede recordar. Y más allá ves la galería que también visitaste, que tiene una instalación exterior de LED en forma de señora que camina, siempre moviéndose, siempre iluminada, y tú eres como ella, vas caminando, caminando, y tú no eres como ella porque ella no siente nada, es solo una máquina.

El portón de la plaza está cerrado; hay unos cuantos hombres de pie

por allí, con bolsas de viaje en el suelo entre sus pies; están bebiendo de unas latas, y los miras mientras esperas a que cambie el semáforo. Dentro de las verjas ves el estanque que llega al final y hay escalones y luego unas figuras retorcidas de metal que son los niños a los que les echaron la maldición y se convirtieron en cisnes. Conoces esa sensación, la de estar atrapada, de que el exterior no encaja con el interior, de necesitar algo que viene de fuera para liberarte.

Está oscureciendo.

Tal vez ella esté en el pub, y tal vez esté con Jo, y tal vez esté con el tipo cuyo nombre no existe. Así que vas colina abajo y hay mucha gente porque has acabado llegando a O'Connell Street, así que caminas bajo los árboles de la plaza y dejas atrás columnas y monumentos. Te entra hambre y te detienes en el mostrador, una ventanilla en realidad, porque huele bien. La chica con redecilla te fríe una masa caliente y la sumerge en azúcar; tú coges la bolsa y está caliente, dulce y crujiente, no deberías comer esas cosas por los niveles de azúcar en sangre, pero ahora mismo lo necesitas, a la mierda las reglas porque ella te ha mirado como…

¿Por qué lo ha hecho?

Llegas de nuevo al río y te quedas de pie en el puente, mirando al mar que no ves. Hay un puente nuevo que te enseñó Claire porque por fin le han puesto el nombre de una mujer. Pero lo único que piensas es que podrías darte la vuelta y volver atrás. Podrías darte la vuelta, caminar, volver sobre tus pasos, decir y redecir, o pedir perdón o decir otras cosas que no son lo que sientes, o quedarte de pie o sentarte y sentirte pequeña, hay muchas formas de sentirse pequeño. Podrías hacer algo de eso y quizá a ella le gustarías de nuevo. Quizá. Quizá bastaría con que fueses a sentarte a su lado. Pero tú miras las luces en el agua y las luces de la torre fea que no es fea porque tiene unas luces bonitas, a quién le importan las emisiones de carbono con lo bonitas que son, y miras el puente del ferrocarril, la antigua Casa de Aduanas, más allá, y los raíles del tranvía ante ti. Y de alguna forma todas esas cosas significan que no quieres volver.

Corazón de piedra corazón de león corazón de oro deseo de corazón

corazón que no ve deja que tu corazón te guíe abrirle el corazón a alguien con el corazón en la mano hablar de corazón ganarse el corazón de alguien no caberte el corazón en el pecho el corazón de la ciudad un corazón roto.

Sabes que el dolor del pecho se debe a que estás cansada y a que no respiras lo bastante hondo. Sabes que te pesa el cuerpo porque has tomado azúcar y estás cansada y no respiras lo bastante hondo. Sabes que te sientes perdida porque no estás siguiendo tu plan y son los planes los que te hacen sentir segura. Pero también sabes que te duele el pecho, te pesa el cuerpo y estás perdida porque tienes el corazón roto y a veces la metáfora es real.

La gente camina, se va se va se va.

Así que a lo mejor tú también tienes que irte.

Coges tu corazón roto lleno de azúcar, cruzas el semáforo, y hay gente y coches, sales ante ellos y giras en la parte delantera del Trinity College, sigues los raíles del tranvía y adviertes el agujero donde había un edificio, con las grúas iluminadas, y tus piernas se quejan porque tener el corazón roto resulta agotador, estás a punto de desplomarte, pero sigues caminando, pasas junto a la librería, el Royal Hibernian Way y la casa del alcalde hasta que llegas a la parte de arriba y estás ante el parque de Stephen’s Green. No tienes ninguna visión como la de antes, no hay árboles descoloridos ni envenenados. El parque está cerrado. Así que cruzas los raíles, lo rodeas y el azúcar te mantiene las venas vivas, y no sabes, realmente, qué nivel de azúcar te hace sentir así, la cabeza te da vueltas, caminas entre los coches y a lo largo de las verjas hasta que llegas al extremo más lejano, donde vuelves a cruzar. El letrero de la pared dice Earlsfort Terrace.

Miras hacia delante y sigues caminando, intentando no tropezar, y de repente ves las guirnaldas de piedra del portón y las luces de la sala de conciertos encendidas.

Las han encendido para ti. Pensamiento que no podrías haber tenido después de que ella te mirase como…

Te está vibrando el teléfono. ¿Cuántas veces?

Lo sacas para mirar la pantalla aunque te hace sentir esperanza y

desesperación al mismo tiempo.

¿DÓNDE ESTÁS?

¿DÓNDE ESTÁS?

¿DÓNDE ESTÁS?

Aquí.

Y sabes que deberías responder, porque Claire está preocupada, porque Claire es tu defensora. Pero también sabes que estás haciendo lo que tienes que hacer y ella no iba a entenderlo porque no piensa en ti como alguien que puede estar enamorado y eso es triste y verdad y te hace sentir sola pero no piensas abandonar ese amor, aunque ella te mirase como…

Subes las escaleras y un hombre te abre la puerta, a ti, y hay mucha luz pero no mucha gente así que todo bien, ves el letrero donde pone «entradas» y cruzas la zona entre las columnas blancas, dices tu nombre en la ventanilla iluminada y te dan un sobre marrón que pone P. O'NEILL; abres el sobre y la mujer del mostrador señala; cruzas unas puertas, ves unos candelabros, y más puertas, donde una mujer te mira la entrada y te pregunta si vas con alguien; dices que no, cosa que te desgarra el alma, pero ahora estás dentro, buscas la M y el 17 y es tu asiento, podrías también sentarte en el 18, pero miras y piensas: ahí se habría sentado ella. Solo que ella ha dicho que no y te ha mirado como…

19.45

El silencio de la casa resultaba relajante, reconfortante, y Aidan lo inspiró, pensando que era agradable volver a casa, al olor y la sensación de tu hogar. Había algo sólido en la chimenea, en la repisa, en los muebles, algo que no había cambiado, que no cambiaba, algo que le decía que ese era su sitio. Le alivió estar solo. Cuando oyó el chirrido de la verja, el sonido de la llave de Ruth en la puerta, no se movió para saludarla. En la pausa que antecedió a su entrada por la puerta del salón, deseó que cambiase de opinión, que subiese en silencio las escaleras o volviese por donde había venido. Déjame disfrutar esto, deseó en silencio.

Pero no, Ruth está de pie en la habitación con él, alterando el espacio, y una vez más Aidan siente un acceso de irritación por ese modo suyo de insistir siempre en una reacción, de dejarse oír y ver en el momento exacto que ella quiere, sin respetar dónde estás tú o lo que sientes.

Aidan finalmente se da la vuelta para mirar a su mujer. Ruth tiene la cara encendida y la llave en la mano, como si esperara abrir algo más con ella.

—Quería estar en casa, darte la bienvenida —dice ella.

—No lo esperaba.

—Te he echado de menos.

Aidan no responde porque no está listo, porque es demasiado pronto para afirmar que él no la ha echado de menos.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta ella.

—Normal. —Y Aidan se pregunta por qué ella no se da cuenta de que él no quiere hablar, de que necesita silencio—. Pasé por la nueva terminal. Todavía no han puesto nada del Brexit. Pero allí no se habla de otra cosa, la industria de la publicidad no sabe si poner la bandera

del Reino Unido en todas las etiquetas o si no ponerla en ninguna. Te da la sensación de que nadie dice lo que realmente siente. Nunca sabes qué votó la persona que tienes delante —dice Aidan, encogiéndose de hombros.

—¿Y Londres? ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien. —No digas nada más, se dice, no hables solo porque estás nervioso, porque alguien tiene que llenar el espacio. No le cuentes lo de las copas del viernes por la noche ni lo de la resaca del sábado. No le cuentes lo del servicio de habitaciones. No le cuentes lo del paseo de hoy, ni lo de las horas del fin de semana odiándote a ti mismo. No le cuentes nada.

Ella frunce un poco el ceño.

—Bien, genial —dice.

—Ha estado bien pensar solo en mí mismo —dice Aidan.

Ahora es Ruth quien se encoge de hombros. Se quita la chaqueta, y durante un momento, mientras ella se gira para dejarla en una silla, la ve, la mira, como a una desconocida. Intimidadora. Ella cruza la habitación, abre la puerta y se va. De forma casi involuntaria, Aidan la sigue por el pasillo hasta la cocina. Ruth le da la espalda en el fregadero. Ausente, coge un vaso sin apenas echar una ojeada al estante, solo extendiendo un brazo mientras mira por la ventana.

Ruth abre el grifo sin preguntarle si él quiere agua. Menuda bienvenida.

—¿Tienes hambre? —dice Aidan a su espalda, para romper el silencio—. No he probado la comida del avión, así que estoy famélico.

No hay nada en la nevera, él lo ha mirado antes, ella no suele tenerla llena. Ruth se gira y lo encara; durante un segundo él le sostiene la mirada y luego se mueve; es como si Aidan oyese el cambio de marcha: Ruth abre la nevera y niega con la cabeza.

Es más sencillo si él no dice nada, si se limita a llamar por teléfono.

—Hola, quería hacer un pedido, por favor. —Sus palabras suenan demasiado, rechinan demasiado en la habitación. Ruth ha regresado a la ventana para mirar fuera, o para mirarlos a ellos, reflejados. Aidan ve el vago contorno blanco de la rosa, aún florecida. Al final han tenido

un verano cálido, pese al desastroso principio.

—Gracias. —Aidan cuelga—. Tardarán cuarenta minutos.

Parece una eternidad.

20.13

NO PUEDO CREER QUE ESTÉS TRAICIONANDO MI CONFIANZA DE ESTE MODO

PEN, TENEMOS UN TRATO

¿¿ESTÁS BIEN?? RESPÓNDEME

PEN, ¿DÓNDE ESTÁS?

Hay dos violines, aunque uno es más grande, así que a lo mejor es una viola. Una guitarra pequeña también. Un chelo. Un contrabajo. Dos pianos. Cada instrumento hace un sonido distinto, pero no es un caos en tu cerebro, es como poner orden en el mundo porque así suena el mundo. Y las notas suben y bajan, suben y bajan, con una línea invisible que parece ensartar las notas. ¿Cómo suena el mundo? Un lamento lento y fúnebre brota de las cuerdas y la suave percusión, un tono del piano, y juntos son como el sonido de la conexión. Ella baja y baja, siguiéndolos hasta que una percusión la hace subir y el hombre al piano balancea la cabeza hacia atrás y hacia delante.

Alice está sentada a su lado, Pen le coge la mano y Alice le aprieta los dedos; son una sola persona.

Alice no está sentada junto a Pen y Pen aprieta los puños sobre sus muslos, preparada para lo que supone esa sensación.

Los músicos cambian de instrumentos y dan comienzo a una canción que el cantante llama «Protección», dice que cada vez que la tocan cambia porque siempre se pierden en algún punto. Pen se pregunta cómo puede pasar algo así, cómo pueden perderse, porque debe de estar escrita o compuesta, de forma que si se pierden a lo mejor es porque quieren.

Pen le ha enviado un mensaje a Claire.

BIEN. EN UN CONCIERTO. ERA UNA SORPRESA PARA ALICE.

Pero el teléfono no dejaba de vibrar. Así que, aunque el acomodador al acompañarla le había pedido que apagase el teléfono por favor, Pen sabía que tenía que hablar con Claire. Pero no importaba, pensó, porque aún era pronto, y era la única que estaba sentada en la fila.

—Hola, mamá.

—Pen, te dije que podías ir a una manifestación, pero no a un concierto.

—Mmmm. —Eso es lo que dice Pen cuando no sabe qué decir.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¡Estaba preocupada!

—Mmmm.

—Es tu noche favorita: lunes por la noche, pizza.

Las notas de las palabras de su madre mostraban tensión: alternaban entre alto y bajo, agudos y graves.

—Esto no está nada bien, Pen. Y además, ¿qué ejemplo le das a Soraya?

Claire suspiró y Pen pensó que no era justo hacer que alguien lo pasase mal solo porque tú lo estabas pasando mal, pero eso era lo que ella había hecho con Claire al no ir a casa.

Ahora el grupo está tocando una canción llamada «Armonio encontrado», y Pen piensa: ah, no hay solo música para perderse. El armonio parece una caja, así que debería ser un piano, pero suena como el viento entre los árboles, unos árboles ruidosos, como un órgano, esa es la palabra. La música es como un chapoteo de momentos minúsculos.

La voz de Claire suena con más fuerza.

—Voy a ir a buscaros a ti y a Alice, y no quiero discutir, señorita.

Pen llevaba años sin oír esa voz.

—Alice no está aquí.

—¿Qué, Pen?

—Estoy sola. Y… —Pen miró al techo—. Muchos adolescentes hacen estas cosas todo el rato, van a los sitios solos. Es seguro, mamá.

Claire soltó un ruidoso suspiro, tan largo que era asombrosa la

cantidad de aire que le cabía en los pulmones, y luego se quedó en silencio, solo respirando, y Pen se imaginó a su madre, en el recibidor, con las llaves del coche en la mano, apoyada contra la pared.

—Vale, Pen, vale —dijo Claire—. No has bebido, ¿verdad?

—No.

—Y te vas a meter en el autobús a las nueve para volver a casa, pase lo que pase, vienes a casa, y si algo te asusta, o te pones nerviosa, cógete un taxi y yo le pago cuando llegue. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Esto no quiere decir que esté todo perdonado, Pen, habrá consecuencias de todos modos —dijo Claire, pero después su voz cambió—. Pero de perdidos, al río.

Y entonces Pen supo que no había ningún problema. Porque aún podía sonreír, y su madre aún podía reírse, ante el ridículo funcionamiento del lenguaje. Pen es una adolescente y, aunque está perdida, no va a tirarse al río.

El hombre del escenario se gira hacia el público y su rostro se ve bastante pequeño y lejano, pero aun así puede verlo, y dice que esa canción se llama «La vida de un emperador», y Pen de repente ve un cielo azul con cirros y llanuras nevadas que se extienden hasta el horizonte, y ve que las notas se extienden entre el cielo y la nieve, y la música en sí es casi visible si lo piensas, reverberaciones, turbulencias aéreas, que se extienden entre los cuerpos de los instrumentos y el cuerpo de la persona que se inclina sobre la madera vibrante y la cabeza, la oreja, el cuerpo de Pen, todos los cuerpos allí presentes.

Pen está sentada, rodeada de gente, y nadie necesita que ella hable, sea o parezca algo concreto. Aventura una mirada a la gente que hay a su alrededor. Tienen los rostros inexpresivos, no puede interpretarlos. Cosa que tal vez quiera decir que todas esas personas están solo siendo ellas mismas. Pen se pregunta si ven lo que ella ve, si está realmente sentada, inmóvil, dejando que las vibraciones se produzcan, en un edificio con espacios y columnas que se alzan en el espacio vacío

existente sobre sus cabezas. Y se pregunta si se ven a sí mismos y sus vidas.

Las notas alcanzan su cuerpo y los músicos no miran realmente al público, tienen la vista clavada en sus instrumentos, en sus atriles. No en las personas. Pen imagina que algunos son como ella. Silenciosos.

Una vez Alice le enseñó a Pen un cuaderno lleno de palabras, con listas de palabras. Pen se quedó callada, confusa.

—Son listas de las cosas por las que me siento agradecida —dijo Alice—. Mis padres me obligan a hacer listas cuando me da un bajón.

Alice hizo una pausa, Pen esperó.

—Son para que ponga los pies en la tierra.

—¿Funcionan?

—No de la forma que ellos esperan. Quieren que esté bien.

—Los padres siempre quieren que estemos bien. —Pen pensó en su madre, que la llevaba cada semana a la consulta de la mujer-terapeuta —. Es que no saben.

Alice dijo que ella estaba harta de fingir, y Pen sintió que la habían admitido en un espacio libre de fingimientos.

Todo el mundo cree que Alice no es una chica callada, que Alice es lo contrario de Pen. Pero eso es porque están en el espacio del fingimiento y Pen no. Alice le dijo a Pen que ella solo quería pasar desapercibida, que por eso iba con la pandilla, porque era una forma de que no te viesen (nadie te mira). Alice no es como los demás, aunque es guapa y popular, así que es fácil equivocarse y pensar que le gusta presumir, pero en realidad la Alice de verdad es callada. Y por eso le gusta a Pen. Le gustaba. Le gusta.

«Mírate las manos, Pen». Se suponía que eso te daba sensación de control. Las manos en los muslos, rosa con uñas brillantes contra el tejido vaquero. Alice le había preguntado si se hacía la manicura. «Tienes unas uñas preciosas, Pen». Pero Pen dijo: «No, es que crecen así». La madre de Alice la lleva a que se hagan la manicura, «solo chicas», y Alice hizo una mueca al decirlo, y esa fue una de las primeras

veces que hablaron de verdad o compartieron algo.

Pero no llegan vibraciones suyas.

Ningún mensaje que diga espérame. Ningún mensaje para retirar el no, la mirada, el hombro frío.

21.15

Los movimientos son experimentados, aunque algo vacilantes. Aidan observa a Ruth mientras ella recoge los platos y los coloca en fila en el lavavajillas. Él dobla las tapas de los envases de cartón y los apretuja en el cubo de la basura. Oye su propia respiración y el tictac del reloj de la cocina. Apenas han hablado.

—¿Quieres un té?

Aidan asiente, pensando que podría poner una excusa e irse arriba a deshacer la maleta.

Ruth llena el hervidor de agua, lo coloca en la base y enciende el interruptor. Aidan se queda allí, luego cambia de posición y se apoya contra la isla de la cocina con la vista clavada en el hervidor. Se siente como en una primera cita. O como en una última. Se apaga la luz del hervidor, pero Ruth no se mueve.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta Aidan, permitiéndose una nota de exasperación.

Ruth se vuelve hacia él, y Aidan ve que ella tiene los ojos arrasados de lágrimas, y ambos guardan silencio por un momento.

—¿Qué ocurre, Aidan?

—¿De verdad me estás diciendo que no lo sabes?

Han empezado.

—¿Sigues queriendo té? —pregunta Ruth.

—Vale.

Ruth vierte el agua en las dos tazas. Remueve. Añade leche. Le tiende la taza a Aidan. Ambos ponen cuidado, advierte él, en no tocar la mano del otro, y sacude levemente el brazo al pensarlo. Se derrama un poco de té. No sirve de nada, pero Aidan no es capaz de decirlo. Tiene que decirlo.

—Creo que me está saliendo una llaga en la boca —dice, y ve que

Ruth hace una mueca.

—Ay, pobre —dice ella, y tiende la mano para acariciarle el dorso de los dedos.

Y por un momento a Aidan le resulta fácil pensar que no tienen miedo uno de otro, que Ruth puede aliviarlos a los dos al acariciarle la mano, que ese único acto los reparará, y que entonces quizá él no tenga que decir la verdad. Ella retira su mano y él casi se siente abandonado.

Ruth no puede mantener su mano sobre la de él, no cuando la otra yace tan inerte en la encimera, no cuando él no da muestra alguna de saber siquiera que ella lo está tocando. Siempre igual, Dios mío, siempre es igual, aun cuando ella tiende la mano está frío frío frío.

Egoísta, esa es la palabra que Aidan quiere decir. Egoísta. Pero ¿cómo puede decir eso? Era su cuerpo, Ruth tenía razón. Dios, ahora ella sonríe. Aidan sabe que es un acto reflejo, que lo hace cuando está nerviosa. A su madre la sacaba de quicio, eso le había dicho, y por una vez él se muestra de acuerdo con esa mujer, porque, al mirar ahora a Ruth, cuesta creer que se lo esté tomando en serio. Que tenga la menor idea de hasta qué punto Aidan tiene el corazón roto.

Ruth está pensando «Creo en ti», y sonríe, pero Aidan parece a punto de alejarse, y el momento se perderá, ella estará perdida. Su mano se posa sobre la de Aidan de nuevo, le da una palmada contra la encimera de madera, contra los nudillos, y esa acción, que pertenece a su mano, los sorprende a ambos.

—Egoísta. —Aidan sabe que lo ha dicho en voz alta porque ella hace una mueca—. Fuiste egoísta. Eres. Eres egoísta.

—¿Cuándo? —La mano de Ruth permanece sobre la suya, por pura cabezonería.

—Cuando decidiste que solo contaba tu opinión, que era solo tu

cuerpo, que se había… Que se había… Que se había acabado.

—Ya no podía más, Aidan.

—¿Y yo?

—Tú dijiste que estabas de acuerdo —suspira Ruth—. Dijiste que estabas de acuerdo, Aidan, dijiste: «Vamos a tomarnos un respiro».

—Llorabas, gritabas… ¿Te acuerdas? Te estabas golpeando el cuerpo con los puños, pensé que te harías daño, tuve miedo. Así que dije que sí. Pero esto… —Y Aidan aparta su mano de la de ella para señalarla—. ¡Esto no es un respiro! Así que ¿qué opción me queda? ¿Ser el gilipollas que te obliga a intentarlo, que te obliga a estar embarazada…?

—¿No querrás decir no-embarazada? —Ruth lo mira con rostro beligerante—. ¿No-embarazada, de nuevo? Porque ya lo hemos hecho, lo hemos intentado, y no ha servido para nada.

Abre los brazos, abarcándolo todo.

—No fue… para nada no. —Aidan tiene el corazón en un puño—. Lo intentamos por nosotros, por nuestro hijo.

—¿Acaso crees que no lo sé?

—No estoy seguro de que lo sepas, Ruth. En serio. —Pero Ruth no se mueve ni un milímetro y Aidan decide soltarlo. Hace un gesto con la mano para referirse al pasado reciente—: En el viaje… Os creéis que a los hombres no nos preguntan, pero sí. Bueno, uno me preguntó si tenía hijos. Y, cada vez que pasa eso, me quedo congelado por dentro. ¿Qué podía decirle a ese tío que apenas conocía? ¿Que queríamos tenerlos, que lo intentamos, pero que no nos salió bien? No podía, ni siquiera podía obligarme a decir que no.

—¿Qué dijiste?

—Negué con la cabeza. —Y Aidan repite el gesto.

—Estoy segura de que lo pilló.

—Pues yo estoy seguro de que no. ¿Sabes lo que dijo? Dijo: «Tú sí que eres listo, los niños son una pesadilla, tío, qué suerte tienes de poder hacer lo que quieras». Y me dio una palmadita en la espalda. Me entraron ganas de darle un puñetazo.

—Ay, Aidan, lo siento mucho.

—¿De verdad? —Aidan deja la frase en el aire durante un momento

—. Podríamos haberlo intentado en España o en Praga, tienen mejores resultados, otras personas lo consiguen.

—¡Y otras personas quedan destrozadas!

—¿Y nosotros cómo estamos? ¿Cómo estamos, Ruth? ¿Felices? Bueno, tú sí, tú estás bien, mírate, tú estás avanzando, soy yo el que se queda atrás.

Aidan casi jadea de hostilidad. Están cada uno en una punta de la habitación, como boxeadores en sus esquinas.

—Hoy he ido al hospital sola, Aidan.

Aidan la mira perplejo, luego recuerda.

—Era hoy.

—Era hoy. Estoy bien, por si te interesa.

—Lo siento, se me olvidó. Lo siento. Quiero decir, me alegro.

Aidan se frota la nuca, intentando ahuyentar algo. ¿Por qué siempre parece que están compitiendo? Como si hubiese oído el pensamiento, Ruth cambia de postura y suspira mientras mueve la taza de té sobre el posavasos.

—¿De verdad te parezco egoísta? Egoísta con el cuerpo amoratado, egoísta con las inyecciones diarias, con los picos hormonales, ¿egoísta? Para ti es fácil: te quedas allí de pie, dándome la mano, pero tú no has tenido que pasar por nada… Ah, sí, correrte en un vasito, qué humillación, pobre, pero las sondas y las agujas y todo lo demás, eso es para mí, me lo meten a mí… No te haces una idea de lo degradante que era, y nunca preguntaste nada, no dejabas de decir que al final habría valido la pena, pero no me veías, no veías lo que me costaba, porque era lo que tú querías. No soy yo la egoísta.

—Eso no es justo, yo estaba allí, y tú nunca querías hablar, te ibas a la cama sin más, o me pegabas un corte y yo… te dejaba sola, porque era lo que querías.

Aidan no puede mirarla, se mira los pies, se siente más avergonzado de lo que creía posible, porque seguro que tiene derecho, seguro que sus sentimientos también cuentan. ¿Te acuerdas?, quiere preguntarle a

Ruth, pero no puede, ¿te acuerdas de cómo fueron esos meses en que fuimos padres? Él pensaba que estaban juntos en eso. Pero después, hace un año, Ruth le gritó al salir de la consulta del médico, le dijo a voces que ella no pensaba intentarlo más, y supo que estaba solo.

—Es que a veces, Ruth, en serio, es que a veces es como si no lo lamentases.

—¿Como si no lamentase qué?

—Que no saliese, como si estuvieses aliviada de que no hubiera funcionado. Así puedes entregarte por entero a tu trabajo.

A Ruth le entran ganas de darle una bofetada, de decirle que debe de estar de broma. Suspira.

—¿Sabes cuál es el término que usan para mí, para mujeres como yo? A las personas como yo, a los úteros como el mío, los llaman entorno hostil.

—Pero si una vez funcionó. ¡Solo tuvimos mala suerte!

—Hubo un montón de días en los que no me habría levantado de la cama —dice Ruth—; cada vez que alguien me preguntaba cómo estaba sentía que me agredían, pero yo tenía que decir: «Bien». Era insoportable.

—¿Y mi cuerpo? —pregunta Aidan—. Nunca preguntas por el mío. Ni por el dolor que tenía de no dormir. Ni por aguantar esas emociones todos los días. Y sí, yo también me hice pruebas, no tan duras como las tuyas, pero también me pasaba el día preguntándome: «¿Será culpa mía?». —Aidan se detiene, pero Ruth le devuelve la mirada—. Y en la clínica, cuando tú rechazaste la terapia, ¿sabías que yo sí que la pedí?

—¿Cuándo?

—Más tarde, volví más tarde. Concerté una cita y salió la terapeuta, que nos esperaba a los dos, supongo. Cuando se dio cuenta de que solo estaba yo, me miró como si hubiese dicho algo obsceno. Al parecer, las parejas solo tienen derecho a acudir con la madre.

—Aidan. No lo sabía. De verdad… Lo siento.

—Me abandonaste. —La voz de Aidan sale con más fuerza de la esperada, y ve la conmoción en el rostro de Ruth.

—Lo siento —empieza a decir Ruth, pero no, no puede, no puede

quedarse atascada en ese bucle de «perdón, perdón, perdón», parece que se está borrando a sí misma. Hace una pausa. ¿Dónde más pueden ir? Lo mira, pero él mira de nuevo el suelo.

—Aidan, ¿y si probásemos de nuevo?

Aidan levanta la vista hacia ella, incapaz de creer lo que está oyendo.

—¿Y si probásemos de nuevo?

El sonido empieza a entrelazarse y a formar un significado cuando Aidan se da cuenta de que Ruth le está haciendo una pregunta. *Esperanza. Miedo.*

—¿Y si dijera que sí? —dice Ruth—. Que probemos de nuevo. ¿Y si lo intentamos, si lo intentamos y nos entregamos de lleno una vez más? Y qué hacemos si lo intentamos, pero aun así no funciona. —Ruth se detiene—. ¿Aidan? ¿Serías capaz de parar entonces?

No es una pregunta justa. Aidan carraspea. No es justo porque si lo intentasen de nuevo y no funcionase, ya no podría seguir. Ahora la ola no es de miedo ni de esperanza, es de desesperación. Tiene que agarrarse a un clavo ardiendo. ¿Qué le está diciendo ella ahora?

—¿Y si en realidad estamos viajando en el tiempo? Sé que es una locura. Pero ¿y si estamos en el futuro, en un futuro diferente, y yo te digo sí, lo intentamos de nuevo, y pusimos en ello toda nuestra esperanza, y aun así, Aidan, no funcionó? —Ruth está temblando del esfuerzo—. ¿Y si hiciésemos cinco, seis o siete intentos y aun así no funcionase?

Aidan se hunde; ni siquiera intenta luchar con las olas.

—Puedo imaginarme ese otro futuro, en el que iríamos perdiendo cada vez más de nosotros mismos y seguiríamos sin tener lo que queríamos. Y tú seguirías allí, mirándome, pidiendo más. ¿Cuántas veces habrían bastado para ti? —Ruth se detiene, y siente cómo vibran en el aire las palabras que son la peor pesadilla de su marido—. Nunca habrías abandonado, Aidan.

Él no respira, está bajo el agua.

—Lo intentamos, hicimos todo lo posible, Aidan.

Aidan nota una punzada en el pecho.

—No dejamos de intentarlo; pero siempre nos daban un no por respuesta.

Él nunca sobrevivirá a eso.

—Nos daban la respuesta que no deseábamos.

Ahora todo su cuerpo está bajo el agua.

—Tuve que tomar la decisión.

Ella se ha acercado a donde está él, está de pie junto a él, mirándolo, y Aidan no puede hablar ni llorar ni respirar.

—Y me da mucha pena, yo también llevo ese dolor a cuestas, pero tienes que perdonarme, Aidan. Perdonarnos a los dos.

Es como si él formara parte del agua.

—Aidan, escúchame. Te perdono.

A lo mejor la marea retrocede ligeramente.

—No es culpa tuya, Aidan. Nada de esto es culpa tuya, no es culpa de nadie.

Ahora la parte superior de su cabeza se libera.

—Aidan, tienes que perdonarme a mí y perdonarte a ti mismo.

Inspira.

—Podemos superar esto —dice Ruth, y abre los brazos en un gesto de súplica—. Si intentamos eso, esto, en lugar de lo otro.

Él carraspea, consciente del aire seco. Está en su cocina, con la mano en la encimera de madera que él y Ruth habían elegido para su hogar, el hogar que él pensó que compartirían con sus hijos.

—Tienes que perdonarnos a los dos, Aidan.

—Un viaje en el tiempo —dice él.

—A lo mejor. —La voz de Ruth es débil. Debe de saber que ha ido demasiado lejos.

Aidan se queda de pie; siente los residuos de la mentira que la ola se ha llevado, la mentira que se ha estado contando a diario, la mentira que ha usado como escudo durante tanto tiempo. La esperanza también era mentira, la esperanza de que habría funcionado la próxima vez. Mira a Ruth y ve el borrón de rímel bajo los ojos, los mechones de pelo que se le escapan del moño, las marcas de las gafas en la nariz.

—Viaje en el tiempo, Ruth —dice Aidan, y oye que el agua corre de nuevo—. Pero no hacia delante, sino hacia atrás.

Se detiene y siente la ola en su interior. Mira a Ruth y ve su rostro indefenso, ve su enorme esfuerzo, y es verdad, ella lo ha dado todo. Pero duele demasiado.

—En esta máquina del tiempo volvemos al pasado. ¿Te lo imaginas, Ruth? Retrocedemos un año y medio, hasta la última vez que dijiste que necesitabas un descanso. ¿Lo recuerdas?

Ruth asiente levemente.

—Y, dime, Ruth, si retrocedemos con esta visión mágica tuya, ¿puedes retirar lo que dijiste de nuestro último embrión?

Ruth lo mira.

—En tu fantasía sobre el tiempo, ¿puedes conseguir no haber dicho nunca lo que dijiste sobre nuestro último embrión?

—¿Qué, Aidan? —Ruth sacude los hombros como para quitarse algo de encima—. ¿De qué estás hablando?

—Yo dije que no podía abandonar, que no podía parar, cuando todavía quedaba un embrión.

—No lo «abandonamos». Lo usamos. No se implantó.

—Pero, antes de eso, cuando yo te supliqué, cuando te estaba diciendo que eran nuestras células, nuestra carne y nuestra sangre lo que estaba en aquel congelador. ¿No recuerdas lo que dijiste?

Ruth se limita a negar.

—Dijiste: «Si te cuesta tanto imaginar “nuestra carne y nuestra sangre” en un congelador, podemos pedirle a la clínica que se deshaga de ellas».

Ve cómo las palabras dan en el blanco, ve que Ruth lo recuerda.

—Estaba asustada, Aidan.

—O quizá… —Y Aidan verbaliza lo que nunca se ha permitido pensar antes—. Quizá en el fondo nunca quisiste un bebé.

Ruth se queda completamente quieta, conteniéndose por miedo a que el menor movimiento la destroce. Siempre es la persona que mejor te

conoce, que mejor te ve, la que más te quiere, quien se revuelve y te hace más daño.

Todo el día, esas voces alternas en su cabeza.

«¡Huye!». «¡Quédate!».

21.25

LEESON STREET (PEMBROKE STREET)
PUENTE DE LEESON STREET

46A, segundo piso, asiento delantero.

SUSSEX ROAD
MOREHAMPTON ROAD (MARLBOROUGH ROAD)
GARAJE DE AUTOBUSES
IGLESIA DE DONNYBROOK

El autobús hace el ruido de costumbre: el rugido del motor cuando la carretera sube por una colina, el traqueteo de las ventanas, las risas de los niños en la parte trasera, el parpadeo del intermitente cuando paran, el silbido y el estruendo de las puertas, la voz diciendo el precio del billete, no oyes adónde, el bip de la tarjeta de transporte, el ruido en las escaleras al subir la gente, cuando el autobús arranca, acelera, el chirrido y luego el crujido que hacen al sentarse, y luego el motor de nuevo. Wiin, wiir, wuuus.

WELLINGTON PLACE. «Con lo pijos que son, seguro que lo llaman Huilington»; diciendo este tipo de cosas Pen hace reír a Soraya, es una sensación agradable. Y cuando ahora piensa en eso a Pen le importa menos haber tenido que marcharse pronto del concierto, haber tenido que abrirse paso a empujones entre gente que ponía mala cara, haber tenido que caminar por el vestíbulo mientras oía que la música seguía a su espalda. Pero a lo mejor Pen ya se había llevado lo que necesitaba porque siente como si su cuerpo vibrase, cosa que significa que lleva la música en su interior.

STILLORGAN ROAD. NUTLEY LANE. Paso a nivel que lleva a la universidad donde trabaja su madre, el garaje de Green Apple, todos esos bloques de apartamentos, aún con su valla publicitaria hablando de «la

elegancia de vivir en el sur de Dublín». «¿Qué es lo que les parecerá tan “elegante”? —dice siempre su madre—. Solo son apartamentos que dan a una carretera de doble sentido». Coches en la carretera; ¿adónde van? Todas las casas, cada una de esas casas, cada uno de esos coches, son vidas, todas sus vidas; cada una de esas personas cree que su propia vida es especial. WOODBINE ROAD. SEAFIELD ROAD. WOODLANDS AVENUE. Siéntelos, nómbralos, conócelos. Guárdalos en tu cuerpo junto con la música.

CIRCUNVALACIÓN DE STILLORGAN, cuyas sílabas repican. La bolera de Stillorgan. Donde a Pen le había dado una crisis, alguien la había grabado y Claire se había quejado, a lo que el encargado respondió: «Mire, señora, nadie la obliga a traer a su bicho raro aquí». Más apartamentos. «Qué poco inspirador», dice su padre en su cabeza, y a Pen le resulta gracioso-raro pensar en sus padres, que ya no están juntos, diciendo cosas que suenan igual. Y aún le parece más gracioso, y más raro, darse cuenta de que ninguno de ellos lleva razón. Porque las vidas del interior son elegantes e inspiradoras. MERVILLE ROAD, GALLOPING GREEN.

La iglesia de Foxrock fue donde se celebró el funeral de la niñita. Los rostros de la gente eran inexpresivos y después Claire había dicho: «Esa es la cara de la conmoción, Pen», y su voz sonaba cansadísima. Habían visto a la mujer-terapeuta en la iglesia, así que ella también debía de conocer a la familia. Se suponía que no hablabas con tu terapeuta fuera de las sesiones, tenía que ver con la privacidad, cosa que estaba bien porque la iglesia estaba de bote en bote y Pen se sentía mejor fuera, en el aparcamiento, pero piensa en ello, en la cantidad de gente que acudió ese día para estar triste con los demás, cada vez que el autobús gira junto a la iglexia de Foxrock. Sabe que también Claire piensa en ese día, porque en ocasiones, cuando pasan con el coche, dice el nombre de la niña entre dientes, y parpadea mucho; Pen piensa que está intentando mantenerla viva de alguna forma, porque la gente también vibra. En la siguiente sesión, Pen le dio el pésame, y la mujer-terapeuta se lo agradeció; luego dijo que sentaba bien llorar, que tenías que pasar el duelo. Pen sabía que no estaba hablando de ella misma. A

veces la mujer-terapeuta usa ejemplos de fuera y Pen sabe que está hablando de sí misma. Puede resultar difícil demostrar nuestra felicidad, pero estar triste es aún más difícil, es como un peso en el pecho. Es lo que Alice llama «un bajonazo». Pen lo había buscado y se lo contó a Alice, que dijo que le gustaba más en latín. *Magnus descensus*. Igual Pen tiene que dejar de poner lo de «la mujer» antes de «terapeuta»; al final resulta que un montón de gente va a terapeutas.

—¿Te pasa alguna vez lo de meterte en la ducha y dejar que el agua caliente te corra por encima? —le preguntó una vez a Alice, que asintió y respondió:

—Cojo la alcachofa de la ducha y me encanta ponérmela en el cuello; si cierras los ojos no sabes dónde empieza el agua y dónde tu cuerpo.

Y Pen había asentido. Se había sentido tan cerca de Alice que casi le había contado que, a veces, cuando estaba así, debajo del agua, se tocaba las cicatrices de los cortes en los muslos. Que se le aceleraba el corazón, pero también se sentía vacía. Ese era el objetivo de cortar: te vaciaba de todas las cosas malas, pero también te vaciaba de las buenas. Eso fue lo que le dijo la terapeuta.

Lo de los cortes empezó después de lo ocurrido en la casa de Lauren, y Pen ni siquiera lo había hecho muchas veces, pero Soraya la vio un día, vio la sangre seca sobre sus muslos al entrar al dormitorio, cuando Pen no estaba vestida. «¡Mamá!», había gritado Soraya, y Pen se había enfadado muchísimo con ella, se había puesto a gritar y a llorar, pero ahora se da cuenta de que su hermana pequeña había hecho lo correcto.

Claire había hablado con las dos una noche, poco después de aquello. Les había dicho que Sandy iba a alojarse con John, el del trabajo, hasta que tuviese su propio apartamento, y que ellas también tendrían su propio apartamento. Soraya lloró, pero Pen se limitó a asentir y a decir «de acuerdo». Cuando Soraya se fue a la cama, Claire le pidió a Pen que se quedase un poco más. Y entonces dijo: «Pen, hagamos un trato». Le dijo a Pen que era una persona inteligente, y que, como su padre ya no

iba a estar allí, era como si ella fuese la otra adulta, a pesar de tener solo quince años. Así que Claire necesitaba que asumiese algunas responsabilidades; no solo tareas domésticas, ella se refería a la familia, a ser de la familia. Claire le hablaba despacio y con suavidad, y miraba a la ventana, no a Pen. Mientras Claire estaba hablando, Pen tenía ganas de preguntarle qué había pasado, por qué se mudaba su padre, ¿era culpa de ella? Pero no lo dijo, porque sabía que Claire diría no, amor, no ha sido culpa tuya, a veces dos adultos blablablá. Aunque la respuesta probablemente fuese que era culpa suya. Así que dijo que estaba de acuerdo con el trato, que consistía en que cada una de ellas daría lo mejor de sí por la otra, y que no se guardarían secretos, porque la familia era lo primero. Y Claire tenía razón: las cosas habían ido a mejor. Quizá Pen estaba más tranquila sin su padre allí, sin las peleas. A lo mejor la terapia había ayudado, la sensación de que no estaba tarada, de que simplemente era ella. A lo mejor Claire tenía razón también en otra cosa: en que solo podías ser tú mismo si dejabas que la gente se acercase, si dejabas que la gente te viese.

CRUCE DE DEAN'S GRANGE, y Pen, en su asiento alto, mira el paisaje; antes vivían por allí cerca, antes de la casa nueva, pero Pen prefiere vivir más cerca del mar, y cuando hace poco le dijo a Claire que ahora podían dar paseos junto al mar cada día, así que no importaba que ya no tuviesen jardín, la cara de Claire se suavizó y Pen pensó que había hecho bien en decirlo.

BAKER'S CORNER, PARQUE DE BOMBEROS DE KILL AVENUE, CARRIGLEA COURT, y la facultad de arte que Soraya siempre les señalaba al pasar porque quiere hacer cosas, y Claire decía: «Pero ¿de dónde he sacado yo estas hijas tan maravillosas?». Pen pensaba que aquello no era verdad, que Claire no tenía esa opinión de ella. Le había comentado algo así una vez a la terapeuta. «¿De veras crees eso?», preguntó la terapeuta. Pen negó con la cabeza. «¿Puedes decirlo en voz alta?», preguntó. «No», contestó Pen y luego, como la terapeuta seguía mirándola con cara amable, Pen dijo: «Mi madre piensa que soy maravillosa».

Toca el timbre. Baja las escaleras. Quédate cerca del conductor. El autobús seguirá sin ella, por York Road, Crofton Road, hasta la estación donde estaba Pen esta mañana, cuando todo parecía posible.

TIVOLI ROAD. ¿De dónde venía el nombre de Tivoli? «Ah, buena pregunta, Pen», había dicho Claire, y habló de Copenhague, de París y de Roma; a Pen le encanta eso de su madre, la cantidad de cosas que sabe, todas las formas que tiene de decirles que el mundo está hecho para ellas.

Pen gira en su calle, ve la cerrajería y el taller mecánico. Sandy siempre decía que habían tenido suerte al comprar cuando lo hicieron, pero lo dice de una forma rara; cuando Soraya lo contó, Pen dijo que a lo mejor decía eso porque le daba envidia, y entonces Claire se recochineó: «¡La vida es dura!». Pen piensa que Claire ralla el queso que se ha puesto duro; lo mete en el pan, lo tuesta, y se ablanda de nuevo. A lo mejor su padre es así, a lo mejor necesita algo que lo ablande, aunque ese algo no sea Pen, ni Soraya, ni Claire.

La luz de la puerta delantera está encendida; Pen mete la llave en la cerradura. Su madre está en el zaguán.

—Estás en casa.

Pen mira a su madre, la estrecha escalera, la montaña de zapatos junto al rodapié. Y es demasiado.

Pen camina hacia Claire, baja el rostro y apoya la coronilla contra la clavícula de su madre; ahora está de veras en casa. Se quedan así, tocándose, respirando juntas, están de nuevo, y están en silencio, cosa que a Pen se le da bien, y a su madre mal. Pen levanta la cabeza y ve a Soraya en los escalones de la parte superior, apoyada en la vieja barandilla que se tambalea, sin decir nada, de pie con su pijama rosa; suspira levemente antes de regresar a su habitación.

—Mamá —susurra Pen en el hombro, y no sabe qué decir, pero a lo mejor ese «Mamá» es suficiente.

22.00

Alice está de pie en la esquina, esperando para cruzar. Tal vez debería bajar un poco más, donde está el semáforo, pero, por otro lado, tal vez el tráfico se detenga pronto. Se nota algo borracha.

«¿Se sentía bien Pen?», preguntó Jo, y Alice asintió. Después de aquello, resultó fácil y difícil a la vez quedarse en el pub y seguir escuchando la conversación, aunque Alice no habló demasiado. Cuando doblaron la esquina para ir a Talbot Street a comprar unas patatas fritas, aún parecía normal seguir con el grupo. «¿Sabíais que la mayoría de las patatas de estos sitios no se cultivan en Irlanda?», dijo Jo. Unas cuantas personas gastaron bromas sobre la Gran Hambruna, y Alice se rio, pero en realidad seguía pensando en Pen. ¿Por qué no había ido con ella, sin más?

—Volvemos a las tiendas —dijo Jo tras engullir las patatas y las hamburguesas picantes—. No deberíamos haberlas dejado tanto tiempo.

Alice asintió, y se dio cuenta de que los demás se quedaban algo apartados.

—¿Te apetece volver con nosotros?

Alice desvió la mirada.

—Creo que debería irme a casa.

—¿A dormir?

—Sí, supongo. —Alice se dio cuenta de que debería decir algo más; Jo parecía estar esperando algo—. Pero ha sido una pasada, gracias.

—A lo mejor deberíamos darnos el número de teléfono —dijo Jo—. Para poder mantener el contacto sobre las manifestaciones y esas cosas.

Alice asintió, pero dijo:

—Lo siento, no tengo batería. —Aunque sabía que su teléfono estaba perfectamente.

—Pues dame el tuyo, entonces —sugirió Jo, encendiendo la pantalla, lista.

—086 —empezó Alice, aunque su número empezaba por 087.

Un autobús se detiene y Alice se da cuenta de que está en una parada, nunca conseguirá cruzar al otro lado por ahí. Camina un poco más abajo.

—¡Eh! ¡Eh, tú! ¿Sabes por dónde se va a Marino?

Hay un coche parado junto al bordillo, y el conductor se ha inclinado hacia la ventanilla para hablar con Alice. Es un coche gris. A lo mejor plateado, cuesta saberlo en la calle iluminada por farolas amarillas. El conductor sonríe. Así que Alice se acerca.

—¿Perdón?

—Que si sabes por dónde se va a Marino —dice el hombre, señalando a la carretera.

—Ah, sí, es…

¿Hay algo raro en lo que ve?

Hombre, sonriendo. Luces encendidas en el salpicadero. Un abrigo arrugado en el asiento del copiloto. Su mano en el asiento mientras se inclina hacia delante. Alice se agacha para poder verlo bien.

Verla bien.

Su otra mano.

—Oh. —Alice se queda paralizada.

Está moviendo la otra mano. Algo delante de sus pantalones. Mano. Tirando.

—Oh. —Alice retrocede, con una sacudida. Una oleada de náuseas. Se aleja del coche, del sátiro.

Allí, de pie; mira a su alrededor, no hay gente cerca, a lo mejor Alice debería gritar. Pero no le sale la voz.

El coche se acerca más al bordillo, muy despacio. La ventanilla vuelve a quedar enfrente de Alice.

Late. Esa es la palabra. Es como darse cuenta de algo extraño con respecto a ti, como ser dos personas. Una que presencia todo lo que ocurre, y la otra, este cuerpo, que no se mueve para salvarse. Los ojos de Alice vuelven a la ventanilla. Y ahí se da cuenta de otra cosa. Él no ha dejado de sonreír, no ha dejado de mover la mano, sigue con su mirada de sátiro. Alice sabe, y no sabe cómo lo sabe, pero sabe que su reacción es parte de lo que él busca.

Alice retrocede y trastabilla un poco; luego se detiene de nuevo. Le entran ganas de acurrucarse, de hacerse un ovillo. Le entran ganas de llorar. Ojalá, ojalá, Pen estuviese allí. Pen, buena y fuerte.

Y entonces el hombre dice:

—Oye, entra.

¿Qué debería hacer?

—¿Estás bien, cariño?

Hay una mujer junto a Alice, y apenas acaba de terminar la pregunta, el coche ya se está alejando.

—¿Qué era, algún pervertido?

—Sí. Bueno, sí, se estaba… —Y Alice hace un gesto ante sus pantalones.

—¡Menudo capullo!

—Sí —asiente Alice, que ya ha vuelto un poco en sí—. Gracias por estar…

—Ten cuidado con esas cosas, eres muy niña todavía.

—Voy de camino al tren —explica Alice; se siente estúpida. La mujer asiente.

—Pues hala, ve, ahora no hay problema.

—Gracias. Adiós.

La estación está en silencio, pero ya son más de las diez, así que a lo mejor es normal. Alice pasa por los tornos de acceso y recorre el pasillo hasta donde se bifurca. La escalera queda a la derecha, el pasillo subterráneo delante. Mira las pantallas.

3 MIN a Howth.

1 MIN a Bray.

Podría ir en cualquiera de los dos sentidos. ¿A casa? ¿O con Pen?

La pantalla para el tren de Bray parpadea y luego queda vacía.

22.26

—¿Quieres contarme lo que ha ocurrido?

Están sentadas en el sofá, y las notas de la voz de Claire son suaves.

Pen no puede hablar.

—¿Os habéis peleado Alice y tú?

Pen no puede hablar.

—Puedes asentir con la cabeza, Pen.

Pen medio asiente.

—¿Fue durante la manifestación? Cuando me llamó Alice parecía muy preocupada por ti. Ay, Dios, ojalá hubieses venido a casa entonces, ojalá hubiese ido a recogerte.

Nada de todo esto son preguntas, así que Pen no responde.

—¿Alice quería irse a casa?

Niega con la cabeza.

—¿En qué momento se fue Alice a casa?

Pen se encoge de hombros.

—Pen, necesito que me cuentes más. Tú y Alice ibais a ir a un concierto; era un secreto, y ¿Alice no quiso ir?

Ahora la voz de Claire suena más dura, las notas suenan quebradizas. Pen asiente.

—¿Así que Alice cambió de opinión, se fue a casa y tú te quedaste en la ciudad sola?

Pen niega.

—¿Qué parte, Pen?

—En el pub.

—¿Tú fuiste al pub?

Las notas de la voz de Claire suben. Pen asiente.

—¿Tú sola?

Pen niega.

—¿Con quién? ¿Qué pub? Ya sé que tienes dieciséis años, Pen, pero ¿pubs? —Pen empieza a separarse de Claire—. Vale, vale.

Claire levanta las manos.

Tal vez si Pen pudiese abrir su cerebro de algún modo para dejar que su madre echase un vistazo a su interior… pero eso era imposible. Tal vez si los demás pudiesen abrir sus cerebros para que Pen pudiese ver… pero eso era igual de imposible. Claire espera mientras Pen clava la vista en el suelo.

—Así que tú estabas en el pub, y Alice decidió irse a casa en lugar de al concierto. Pero tú querías oír a la banda o lo que sea, así que te fuiste sola. Caray, Pen.

—Alice no se fue a casa.

—¿Qué quieres decir?

—Se quedó en el pub.

—Espera, ¿qué?

Las notas ahora son más altas. Pen no se mueve.

—¿Dejaste a Alice en un pub sola, ella sola?

Las notas caen, en plan esto es serio. Asiente. Niega.

—Sola no.

—¿Con quién?

—Con Jo. —Pausa—. Con más gente.

—¿Jo?

—Tu alumna.

—Mi alumna, yo tengo centenares de… Ah, vale, Jo, la del cambio climático, segundo curso. —Claire respira—. Pen, ¿Alice estaba bebiendo?

Notas que suben y bajan, suben y bajan. Asiente.

—¿Has sabido algo de ella desde entonces?

Triste. Niega.

—¿Puedes llamarla ahora?

Más triste. Niega.

La madre de Pen se pone de pie, coge su móvil de la mesita, desliza el dedo por la pantalla.

—Dame el número de Alice.

Las notas bajan, son definitivamente bajas. Pen se inclina hacia delante.

—No, mamá.

—No me vengas con «no, mamá». No me dices lo que ha pasado. —Y ahora las notas son todas iguales—. Vale, Jo es buena alumna, pero ¿qué hace con dos crías?

Pen no tiene ni idea de cómo responder a esa pregunta.

—Vamos, Pen, dame su número. Solo para asegurarme de que está bien.

Pen no se mueve durante un momento. Después le enseña a su madre la pantalla. Claire levanta y baja la vista, marcando el número. Pulsa la tecla del teléfono verde. Niega con la cabeza. Cuelga.

—No entra la llamada.

Claire ahora tiene cara de perplejidad. Pen mira la pantalla del móvil de su madre, pulsa el teléfono verde, escucha. El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.

Alice nunca se queda sin batería, nunca apaga el teléfono.

Alice se aleja, Alice en el pub, Alice me voy a tomar una sidra, Alice borracha, Alice sola o con mala compañía, Alice en peligro. A Pen se le ha detenido la respiración, pulsa el teléfono verde otra vez. La madre de Pen está sentada junto a ella, acariciándole la espalda.

—Inspira, espira, inspira, espira. De acuerdo, Pen.

Y Pen es la peor persona del mundo, porque no se le ha pasado siquiera por la cabeza, ni una sola vez ha pensado que no fue Alice quien la dejó, sino que fue Pen quien se marchó.

—Inspira, espira.

Caricia, caricia. Plap, plap, pero no es suave, la palma contra la pierna, más tam, tam, tam.

—Estoy segura de que está bien.

Caricia, caricia, tam-tam-tam-tam-tam.

Ha dejado sola a Alice.

22.31

—¿Te acuerdas? —pregunta Ruth—. ¿Te acuerdas de que me dio fiebre y tuvieron que ingresarme para hacerme una última ecografía? ¿Y que después de la eco me dijeron que no se habían eliminado todos los restos? —Aidan la mira, parece como si se estuviese ahogando y, si las cosas fuesen de otro modo, le preguntaría si está bien, si se está ahogando, pero ella no piensa tender de nuevo la mano.

—Lo siento, no sé cuándo fue —dice Aidan.

—Tras el aborto, cuando nos dijeron que el útero no estaba limpio.

Ruth lo observa mientras Aidan hace memoria. Se ve a ella con él, muy lejos, sentados en la sala sombría, con las persianas cerradas para preservar la privacidad convertida en una cueva. ¿Cómo puede él haberse olvidado del riesgo de septicemia, de la mirada de preocupación de la comadrona y de lo rápido que llamó a un médico?

—Les preocupaban muchas cosas, y dijeron que tenía que hacerme un legrado. ¿Te acuerdas ahora?

Aidan medio niega, medio asiente con la cabeza.

—Así que me fui al hospital al día siguiente. Cuando volví después estabas sentado en la cama, y la enfermera te dijo que podíamos irnos a casa si conseguía caminar hasta el baño yo sola. Tuviste que ayudarme, pero lo conseguí, y nos fuimos a casa en taxi. ¿Te acuerdas?

Ahora la cara de Aidan refleja una profunda aflicción y Ruth sabe que es porque le está haciendo recordar la peor semana de su vida.

—Creo que sentí… —Ruth se detiene porque tiene miedo de derrumbarse, de deshacerse en un millón de minúsculos fragmentos irrecuperables— que aquello era la gota que colmaba el vaso. Como si con las ecografías y la operación hubiesen abusado en cierto modo de mí. O me hubiesen echado a perder, a lo mejor es eso.

Aidan niega con la cabeza, por el abatimiento o porque no está de

acuerdo, no se sabe bien por qué.

—Sentí como si me hubiesen arrebatado una parte vital de mí, como si me hubiese perdido a mí misma. —Ruth lo intenta de nuevo—. Sé, bueno, sé lo que diría un psicólogo, que estaba perdiendo un bebé, que estaba perdiendo la sensación de control, que mis sentimientos eran una reacción a aquellas cosas que me ocurrían contra mi voluntad. —Ruth inspira—. Pero no quería que me dijesen esas cosas, no quería explicaciones. Yo solo sabía que no podía seguir haciéndome daño a mí misma.

—Lo siento, Ruth. —Aidan habla con voz queda—. Pero ¿no era por eso por lo que convenía ir a terapia, no era justamente por eso?

—Lo sé, lo sé, tienes razón —asiente Ruth, a pesar de que su sensación interior no cambia. ¿Es pedir la luna esperar que su marido esté de su lado?—. Pero sentía que mi cuerpo también lo sabía. Sentía que no tenía que haberme hecho el legrado. Sé que es irracional. Pero noté un cambio en mi interior, como si hubiesen raspado más de lo que debían. Y nunca te dije nada, ni a ti ni a los médicos, pero no dejaba de pensar en ello. Estoy destrozada. Mi cuerpo y mi mente reflejaban lo mismo. Y sabía que nunca iba a ocurrir porque no me había quedado nada allí dentro. ¿Lo ves ahora, Aidan? ¿Lo entiendes?

Guardan silencio. Ya no hay agua, ya no hay aire, solo quedan ellos, ellos juntos, ellos solos, heridos y abatidos.

—Ruth, eso no tiene sentido. Es algo que les hacen a miles de mujeres, si cambiase algo lo sabrían, los médicos lo sabrían, habrían dicho algo en el último ciclo. —Aidan hace una pausa para serenarse—. Y esa sensación es natural. Claro, yo también la sentí. Pero detenerse no iba a curarlo.

De nuevo, silencio. Aidan se mira las manos, mira la pared, cualquier cosa, al parecer, menos a Ruth.

Ella se lo ha contado todo. Así que ¿cómo es que él sigue sin tocarla? ¿Cómo es que sigue sin ser suficiente?

22.32

Un sonido agudo que no sale de Pen.

—Sigue respirando, Pen —dice Claire por encima del hombro mientras acude al recibidor. Se oye el crujido de la puerta principal—. ¡Ay, Alice!

Y Pen está de pie, pero no puede mover las piernas. Pen se dirige al vestíbulo de todos modos, sin sus piernas, a lo mejor se han quedado atrás, en el salón. Y allí está Alice, su madre le ha puesto las manos en los hombros y la ha conducido dentro de casa. (*Ecce! In pictura est puella!*).

—Tranquila, no te preocupes.

Pero las notas de la voz de Claire dicen a las claras que están preocupadas.

Pen mira la cara de Alice. Alice tiene una expresión que Pen no consigue nombrar, pero recuerda a cuando Soraya ha roto algo de Pen.

—Tenías el teléfono apagado —dice Pen, y oye las notas duras de su propia voz.

Y Alice responde, pero no a Pen, está hablando con la madre de Pen. Algo sobre la cobertura, y Pen no oye ni procesa porque durante diez segundos, durante un minuto, durante más rato, Alice estaba herida, perdida, muerta. Y ahora Alice está viva.

—Voy a preparar un té —dice Claire, y le hace un gesto con la cabeza a Pen; luego cierra la puerta de la cocina, que normalmente nunca se cierra, pero ahora la madre de Pen la está cerrando.

Alice huele a cerveza y a calle.

Alice no dice nada, tampoco Pen.

Un momento. No hay notas, solo aliento. Luego Alice esboza una sonrisa minúscula.

Alice tiene el teléfono y los auriculares en la mano. Le tiende a Pen

uno y no hay nada extraordinario en ello aparte de que Alice esté de pie delante de ella con una nueva expresión en el rostro. Alice da un paso hacia Pen, y otro, y ahora está tan cerca que Pen podría inclinarse hacia delante y rozar con su labio el flequillo de Alice.

Alice levanta la mano y le introduce el auricular en el oído a Pen con suavidad. Se pone el otro en su oreja, así que están compartiendo. Alice mira la cara de Pen, muy cerca, muy cerca, y luego la pantalla del teléfono; pulsa el PLAY.

Primero se oye la vibración de un teclado, un ritmo fijo. Casi se percibe el viento de nuevo en esas notas. Una voz aguda que puede hacer que la palabra *sweet* dure un compás entero, luego *gentle* y *sensitive*, y el momento en que Kate Bush canta la palabra *obsessive* como si se tratase de una cualidad heroica da la impresión de que nunca ha habido sonido más hermoso.

Alice observa la cara de Pen. Intenta interpretarla.

Guitarra.

Estribillo. *Three*, las notas suben alegremente, *point one four*.

La sonrisa crece en la cara de Alice mientras se balancea hacia Pen, mientras comparten la canción favorita de Pen. La madre de Pen mira desde la puerta y luego vuelve a cerrarla.

22.50

—¿Me quieres?

—¿Qué dices, Ruth? Por supuesto.

—¿Estás seguro?

—¿Qué pregunta es esta? Sí.

—«Sí». —Ruth levanta las manos y luego las deja caer—. ¿Qué significa eso para ti, Aidan? ¿Qué significa eso, si esta es tu reacción?

—¿Mi reacción? ¿Y qué pasa con la tuya? De verdad, es que actúas como si fuese una decisión cualquiera, «no más intentos». Pero es nuestra vida, es toda nuestra vida juntos.

—Estás muy enfadado conmigo. —La voz de Ruth sale como un susurro.

—No lo estoy, no estoy enfadado, Ruth. Estoy decepcionado.

—Lo siento, Aidan.

—«Lo siento». ¿De verdad? Ni que fuésemos desconocidos. Se diría que nada de esto te afecta lo más mínimo.

—¿No has escuchado lo que acabo de decir, Aidan? ¿No te he dicho que me siento culpable?

—La culpa no tiene nada que ver. ¡Era una intervención, tenían que hacértela! Acabas de decirlo, no es culpa de nadie.

—No te enteras.

—Ruth, nunca he intentado culparte.

—Pues yo tengo esa sensación, Aidan. ¡Venga, mira lo que me dices! Es como si yo fuese solo una incubadora de bebés para ti. —Ruth no puede creerse que lo esté diciendo por fin—. Una incubadora estropeada.

Aidan se limita a negar con la cabeza, aunque al menos la está mirando al fin.

—No estás estropeada, Ruth. Aunque a lo mejor quieres estarlo, a lo

mejor te resulta más fácil justificarte. No lo sé. Lo siento, no es eso lo que quería decir. —Aidan niega de nuevo con la cabeza.

Ruth no lo soporta más y no tiene planes, ni verdad, ni respuestas, ni idea de lo que hacer. Se inclina hacia delante y apoya la frente en la isla que se alza entre ellos, como suplicando. La madera es dura y oculta el mundo.

—No puedo hablar contigo si haces eso —dice Aidan.

—¿Qué quieres que te diga? —La voz de Ruth suena amortiguada por la madera—. ¿Quieres que te diga que soy feliz?

Se le ve el cuero cabelludo a través del pelo, que ha caído hacia un lado; la piel es gris y rosa. Aidan siente el extraño impulso de acariciarla. Aidan mira la ventana y su reflejo, con la cabeza de Ruth en la encimera, y él inclinado sobre ella, ambos grotescos. ¿Cómo puede ser que Aidan los haya llevado a los dos hasta ese punto?

—Ruth.

—La verdad es que así no puedo respirar —dice Ruth, incorporándose. Tiene la cara roja, la punta de la nariz blanca, se enjuga los ojos—. ¿Te acuerdas de la Alhambra, el año pasado?

¿Por qué siempre tenía que hacer eso? ¿Qué era, el aborto por el que se sentía culpable, o aquel miserable viaje a España? ¿Qué era lo más importante?

—¿Recuerdas que hubo una confusión con el autobús en Málaga? —pregunta.

—Tú habías adquirido los billetes —le reprocha él a su pesar.

—Tú no te pusiste nada nervioso —dice Ruth. En cambio ella se recuerda escribiendo como una posesa en el teléfono para recuperar su reserva, ampliándola para ver los detalles en la pantalla minúscula—. Y dijiste que estábamos en el sitio adecuado, y que si esperábamos, todo saldría bien.

Aidan asiente de nuevo.

—Eso fue después de haber parado —dice Ruth. Porque fue tras el cuarto ciclo.

—Yo pensaba que seguiríamos más tarde, eso creía —protesta Aidan.

—¿Recuerdas los Palacios Nazaríes? —pregunta Ruth, porque la voz de su cabeza le dice «quédate». Aidan la mira, inexpresivo, pero ella no se da por vencida—. ¿El calor que hacía y que yo no dejaba de amenazar con meterme en una de las fuentes? —Aidan asiente de nuevo—. Podría ser así de nuevo —concluye Ruth.

—¿Cómo, Ruth?

—Podríamos estar bien, ser felices.

De nuevo Aidan la mira con cara de perplejidad.

—No quiero decir —prosigue Ruth— solo en vacaciones, sino siempre. Aquello estaba bien porque tú estabas allí.

Ruth se detiene, porque Aidan no le da nada, y no sabe cómo decir lo que viene a continuación.

—Y aun así, sabía —dice Ruth, y le flaquea la voz a causa de un dolor largo tiempo contenido—, sabía que faltaba algo. No dejaba de pensar que habría sido mucho mejor enseñarle todo eso a un niño, todas las celosías y las cámaras secretas, meter los pies de un bebé en el agua fría. Esas visiones me acompañan: imágenes nuestras, con nuestro bebé. Quería estar allí con mi familia.

Esa sensación. Aidan la conoce. Él había querido lo mismo, exactamente lo mismo.

—Nunca me lo has dicho. —Su voz suena demasiado brusca.

—No sabía cómo. Y no soportaba sacar el tema de nuevo, por ti, pero también por mí. —Ruth lo mira. Está inclinada sobre la encimera, con una mano apoyada en la superficie de madera.

—Pensé que no te importaba —dice Aidan mientras clava en ella su mirada. Y de repente se acuerda. No de Granada, sino de la habitación del hospital. De que él también había sentido que no podía más.

Ruth hace un leve gesto con la cabeza.

—Pensé que ya habías pasado página —aduce Aidan, dando voz a las

acusaciones anteriores, pero sin convicción—.Te pasabas todo el santo día trabajando.

—Echo de menos los hijos que no tuvimos —dice Ruth, y de nuevo asoman lágrimas a sus ojos—. Nunca conoceré a nuestros hijos, nunca los abrazaré, o conversaré con ellos, o los veré moverse por el mundo. Nunca podré quererlos. No creo que lo supere nunca, Aidan, siempre lloraré su pérdida.

Es casi demasiado oír en labios del otro las palabras que has esperado tanto tiempo, demasiado tiempo. Cuando lo oyes y te das cuenta de que no estás solo en tu duelo. ¿Cómo podía haberse él convencido de que ella no sentía nada? Aidan mira a su mujer y siente por fin un arrebato de amor parecido a una puñalada dolorosa. No podían seguir, así que ella dijo que parasen.

—Yo también los echo de menos —dice Aidan—. Ambos los echamos de menos.

22.51

La madre de Pen dice que Alice puede quedarse a pasar la noche, pero que tienen que irse ya a la cama porque mañana hay colegio y además ella no piensa llegar tarde a la universidad solo porque ellas hayan decidido callejear todo el día. Aunque sus palabras son severas, Pen piensa que es como si Claire estuviese riéndose, como si Claire y Pen estuviesen pensando lo mismo: es una ocasión feliz. Pen dice que ella dormirá en el suelo, que Alice puede quedarse con su cama, y Claire vuelve a sonreír, pero dice que no piensen, que ni se les ocurra, repite, ponerse a charlar ni nada de eso. Claire entonces asiente y dice que Alice dormirá en el sofá de abajo, que lo tendrá listo en un minuto. Entonces Claire recuerda que Alice tiene que llamar a sus padres para saber si puede quedarse, porque ella no es una blanda que rompe las reglas de otros padres. Pen oye la voz sensata de Claire al decir eso, y sonríe en su interior.

Alice y Pen han tomado té y dos rondas de sándwiches de queso con Marmite (solo Pen, a Alice no le gusta el Marmite). Alice y Pen han hablado y no han hablado. Está bien, Pen no necesita que Alice diga nada. Porque Pen sigue sin estar segura de qué pasa, pero este no saber, de alguna manera, le sienta bien. Es lo opuesto al armario.

—Había un tío en un coche —dice Alice, mirando el suelo, y Pen siente que se le encoge el corazón—. Se había sacado… la polla… y era… —Alice se encoge de hombros—. Era asqueroso, Pen.

Pen no sabe qué decir, así que levanta despacio la mano izquierda y la coloca suavemente en la nuca de Alice. Su mano descansa sobre el pelo de Alice y se siente bien. Alice se queda inmóvil, transcurre un momento, y Pen devuelve la mano a su propia pierna. Respiran de nuevo.

—No sabía qué hacer —dice Alice con vocecilla débil—, así que vine

aquí.

Mira a Pen, rápidamente, luego aparta la mirada.

—¿Dónde fue? —pregunta Pen.

—Justo al lado de Connolly, ya sabes, cerca del pub.

Pen sabe, y asiente.

—Si te subiste en Connolly, estabas a once paradas de aquí. —Cosa que no es en absoluto lo que hay que decir.

—Sí —dice Alice, y parece que se relaja.

—Vosotras dos, ya vale —grita Claire desde el pasillo—. Basta de perder el tiempo; a dormir.

Pen le presta un pijama a Alice y le da un cepillo de dientes que Claire compró en un pack de la segunda unidad a mitad de precio. Pen y Alice se cepillan los dientes, en silencio, pero un silencio bueno. Pen y Alice se inclinan adelante al mismo tiempo y sus cabezas casi chocan. Pen y Alice se mueven al mismo tiempo, las caderas dan una contra otra, las manos se tocan de forma accidental. Es asombroso.

Alice se cambia en el baño y Pen en la habitación. Pen se está preguntando si debería esperar en el rellano cuando Alice llama a la puerta.

—Entra.

El corazón de Pen bombea con fuerza mientras Alice abre la puerta, y durante el momento en que se quedan mirándose Pen cree que Alice tiene que estar oyéndolo, pero no es posible, solo vibra en el interior de Pen. Alice mira a Pen y es el contacto visual más largo que Pen ha mantenido nunca. Alice baja la vista primero, como si intentase verse mejor los pies. Tiene los deditos pequeños, de color rosa claro, y las uñas cortas y perfectas.

—Me siento como una imbécil. Debería haber ido al concierto, ha sido un detalle por tu parte prepararme una sorpresa.

—No importa.

—Me alegro de que lo pasases bien, de que el grupo fuese bueno. A lo mejor la próxima vez podemos ir juntas.

Pen asiente.

—Supongo que me confundió que me hablaras de una cita.

—Podemos ser amigas si es lo que quieres.

«Di que no. Di que no es eso lo que quieres. Di que me quieres a mí».

—Me gustas mucho, Pen, no sabes cuánto, lo importante que eres para mí.

—Pero te gusta Jo. —Pen no tenía intención de decir eso. Alice levanta la mirada y tiene los ojos más abiertos de lo normal.

—¿Jo? No; a ver, es simpática. Es solo que… Son distintos, ya sabes, y no me conocen. Así que puedo. Puedo ser distinta con ellos.

—Puedes ser distinta conmigo.

—Lo sé. Pero en realidad no —dice Alice—. En realidad no sé muy bien qué quiero decir.

Pen balancea el peso de un pie al otro. Y se produce un silencio, un silencio distinto al de antes. Alice mira a su alrededor y, por una vez, Pen no siente que es ella la que es incapaz de encontrar las palabras. Su terapeuta siempre le recuerda a Pen que no solo le pasa a ella, que a todo el mundo le cuesta, que cuesta más decir algunas palabras que otras.

—¿Quieres escribirlo? —pregunta Pen.

Y Alice levanta la vista y en su rostro se refleja la esperanza. La esperanza y la súplica. Pen va a su escritorio y es un alivio tener algo que hacer, concentrarse en algo que es Alice y no es Alice.

—¿Tengo papel?

Pero las manos de Alice ya están ocupadas con su teléfono. Alice levanta la vista. Alice pulsa la flecha verde.

Y entonces el teléfono de Pen pita. Pen da dos pasos hacia la cama y lo coge; pulsa el botón para leer el mensaje de Alice. Y entonces Pen lee algo que ella no sabía.

NO ME GUSTA NADIE. NO DE ESA FORMA.

Pen guarda silencio. Pen mira la pantalla. Pen lo lee y lo relee. Sabe lo que quiere decir, y al mismo tiempo no lo sabe. Es como si estuviese buscando las palabras, pero se le hubiese olvidado leer.

—No te gusto. —Afirmación, no pregunta.

Pen no consigue mirar a Alice, no ve lo que pasa en su cara, de todos modos no sabría qué significa. Otro bip del teléfono.

ME GUSTAS. ME GUSTAS MUCHÍSIMO. PERO NO SIENTO NADA.

Pen levanta la vista. Alice tiene los ojos brillantes y la cara blanca. Ahora Alice habla:

—Me gusta la idea. O creo que me gusta. Cuando las chicas hablaban de los chicos o de tocarlos o esas cosas, yo siempre pensaba «puaj», porque siempre he pensado que me gustaban las chicas. Pero luego, con las chicas, es como lo que dicen otras personas, o como las fotos o lo que sea en línea. No significan nada. No consigo imaginar, no consigo imaginar…

Alice se interrumpe.

Pen, que sabe cómo es quedarse atascado, estar mirando lo mismo que los demás pero ver algo completamente distinto, dice: «Lo sé». Aunque en realidad no.

—Es como si la parte que conecta la mirada con el sentimiento no funcionase en mí. —Alice mira a Pen.

Pen piensa en el mensaje que le ha mandado Alice.

—Lo siento. No tengo a quién más contárselo.

Pen escucha lo que dice Alice, y no se mueve.

—He intentado contarles a mis padres que me siento distinta de los demás, pero no son… No son como Claire, solo me obligan a llevar un diario de mis sentimientos, como si en realidad no importasen.

Pen está en su cuerpo, y le dice a su cuerpo, a su cerebro: haz algo.

—Pero me tocaste. —Pen señala la cama con la cabeza y lo ve de nuevo: los brazos de Alice rodeándola, los dedos de Alice sobre ella.

Pero Alice niega con la cabeza.

—Pensé que si lo intentaba… Que si lo intentaba podría ser como los demás. Es que… —Y a Alice le saltan las lágrimas; encoge los hombros y se rodea con los brazos—. Soy una imbécil.

Pen respira. Inspira, espira. Alice no la quiere. Pero no, esa no es la respuesta correcta. Porque no es que Alice no la quiera, es que Alice no quiere a nadie.

—Creo que se llama asexual —dice Alice.

Y Pen asiente de nuevo.

—Pero ni siquiera sé si… si esa palabra me define. O a lo mejor… es algo que se me pasa al crecer… a lo mejor solo tardo más en desarrollarme.

Pen conoce muy bien ese pensamiento. Que, de algún modo, esa cosa tuya, eso que te hace distinta, pasará sin más.

Alice no es Alice. O no es la Alice que Pen pensaba que era, no es «su» Alice.

Pero, definitivamente, Alice sigue siendo Alice. Eso también es verdad.

A Pen le entran ganas de gritar, porque ahora nunca estará con ella.

Pero Alice está en su habitación. Alice está con ella.

Pen mira el teléfono, sus manos, que sujetan el teléfono.

Respira.

Mensaje. Nuevo.

Respira.

Escribe.

Respira.

Y vacila durante un momento porque, aun escritas, las palabras cuestan.

Envía.

Date la vuelta y mira a Alice, a quien quieres.

La cara de Alice.

La cara de Alice y sus lágrimas.

Está leyendo el mensaje de Pen.

Es todo lo que Pen sabe, piensa y siente, y no es una respuesta a la pregunta de Alice, pero es lo único que se le ocurre dar.

Porque a eso se parece el amor en la vida real.

ERES BASTANTE.

23.07

Aidan tira los restos finales de la cena al abono orgánico, y se derrama un poco fuera. Arranca una hoja de papel de cocina y se agacha para limpiar el lateral del cubo. A lo mejor cambia la bolsa. Ruth nunca se ocupa de los cubos, si no fuera por él viviría en una casa rebosante de basura. El padre de Aidan es igual. Su padre no acababa de pillarle el truco a las tareas domésticas ni de enterarse de que las cosas que antes hacía su esposa ahora tenía que hacerlas él. Al final había sido más fácil contratar a una mujer de la limpieza, aunque su padre finge odiarlo. «Me mueve las cosas», refunfuña cada semana. «Ese es su trabajo, papá», dice Aidan. Ahora fuera hace frío, y Aidan se dirige presuroso al fondo del jardín; abre la tapa marrón y mete dentro la bolsa. Aún medio vacío. La tapa se cierra con un estruendo.

—¿Qué hacemos ahora? —había preguntado Ruth.

—Seguir hablando, supongo —respondió Aidan—. Ir a terapia.

—Averiguar adónde llegamos desde aquí.

—Algo así, Ruth.

Durante toda su niñez, el padre de Aidan nunca expresaba orgullo, así era la cosa. «No soy yo el responsable —decía—, todo el mérito es de mi hijo». Así que no era propio de él que, durante la cena del compromiso, pidiese silencio. Habló de cómo observaba jugar a su hijo de pequeño, en un arenero que había desaparecido hacía mucho. Veía cómo Aidan añadía pacientemente arena al cubo, le daba la vuelta y lo golpeaba suavemente. Veía que cada castillo era un triunfo personal, que cada torreta que se desmoronaba era una pérdida profundamente

lamentada. Se fijó en que Aidan no derruía las rotas, sino que seguía, según era su costumbre, con la siguiente. «Entonces supe que mi hijo sería un hombre íntegro». Y entonces, de forma insólita, su padre había recitado: «Estrellita, dónde estás, ahora todos te verán, en el cielo o en el mar, un diamante de verdad». Y Aidan se había quedado perplejo. Tanto que había estropeado el momento y, en lugar de darle las gracias a su padre, le había preguntado si había encontrado el poema en un cracker de Navidad.

Aidan cierra la puerta trasera tras él y deja las llaves en el plato de la repisa. «¿Cuándo vais a darme nietos vosotros dos?», había empezado a preguntar su padre justo después de la boda, disfrutando de sus sonrojos. Luego llegaron las clínicas y los tratamientos, y su padre fue lo bastante listo para dejar de preguntar. Pero hace poco se le había escapado algo sobre que ellos entendieron mejor las cosas cuando tuvieron hijos. Se produjo una pausa, como si todos registrasen el error. Y luego, en lugar de cambiar de tema o minimizar la cuestión, como hacía normalmente, Ruth se echó a llorar. «No, no, no, no», sollozó una y otra vez. Y el padre de Aidan había asentido antes de poner la mano en el hombro de Ruth. Ella se resistió un momento, y después se giró para apoyarse en su suegro. «Ya pasó», dijo él, dándole palmadas en la espalda a Ruth y mirando por encima de su cabeza. Aidan se encontró con una mirada tan triste que ambos hombres se apresuraron a apartar la vista. «Ya pasó», repitió. Y Aidan se quedó a un lado, observando a su mujer y a su padre, con el deseo de que alguien lo consolase a él.

23.08

Alice sigue mirando la pantalla de su teléfono, porque le cuesta demasiado mirar a Pen. Y un breve intervalo en el que puede oír la respiración de ambas, o tal vez puede oír que ambas contienen la respiración. Pen se mueve un poco, y Alice piensa: tengo que seguir.

—Siento mucho lo de esta noche, y haberte dejado en la ciudad. He querido decírtelo muchas veces, pero es que no me venían las palabras.

Alice se detiene porque cuesta decirle a tu mejor amiga que te preocupaba que pensase que eras un bicho raro, y que te soltase una sarta de cosas desagradables y que te hiciese daño. Y cuesta aún más cuando sabes más o menos seguro que tu mejor amiga quiere besarte. Alice espera que Pen no piense que ella le ha mentido siempre.

La madre de Pen llama a la puerta.

—No me hagáis hacer de mala madre —dice, y Alice y Pen sonríen; es la primera sonrisa desde que Alice pronunció la palabra «asexual».

—Vale —dice Pen, que es lo que ella dice siempre, y aguzan el oído mientras Claire baja las escaleras.

—Siento no… —Alice se interrumpe.

—¿Tienes…? —comienza Pen—. ¿Te apetece alguna vez, con alguien?

Alice niega con la cabeza; ahora cuesta menos hablar.

—Cuando intento imaginarme a dos personas juntas, ninguna de las dos soy yo. Como si estuviese mirando y una de esas personas se llamase Alice y se pareciese a mí, pero no fuese yo. No yo, con mi cuerpo. A lo mejor eso se parece a una crisis…

Pen se encoge de hombros y asiente al mismo tiempo.

—Y entonces… ay, qué vergüenza… a ver, me pongo caliente y todo, ¿vale? Abajo, y si me toco está bien. Pero si me toca otra persona me siento rara, como si no fuese mi cuerpo. Porque no quiero.

—Vale —dice Pen, y añade—: A mí eso me parece normal, realmente.

—Ya. Pero ¿te acuerdas de la fiesta esa? —Alice se detiene durante un segundo, porque Pen nunca va a las fiestas—. Bueno, hubo una fiesta del solsticio o no sé qué, y había un chico allí; la gente empezó a decir que haríamos una pareja perfecta y todo eso. Pero yo me fui temprano y luego todo el mundo se puso a escribir «calientapollas» y cosas así en mi perfil.

Pen asiente, pero no dice nada, y en realidad esa es una de las razones por las que a Alice le gusta estar con ella, nunca te lleva la contraria. De repente Alice se siente cansadísima, como vieja. Da un paso hacia Pen.

—¿Pen? ¿Crees que sería buena idea que nos diésemos un abrazo?

No parece que Pen vaya a hacer nada. Y de repente asiente.

Alice da otro paso hacia delante y rodea con sus brazos a Pen.

Pen es cálida y fuerte. Alice siente que el cansancio la abandona.

Pen rodea con sus brazos a Alice, y es justo como se imaginó que sería. Y completamente distinto. Pen piensa en Claire, en lo que había dicho cuando Pen le preguntó si se sentía decepcionada de tenerla como hija. «Ay, Pen. No siempre conseguimos lo que queremos —había susurrado Claire, sonriendo y llorando—. A veces nos toca otra cosa».

Alice es como un pajarillo en los brazos de Pen, como un haz de ramitas, como una bolsa de plumas.

Alice está en brazos de Pen.

23.40

Ruth se contempla en el espejo, apoya el peso en una pierna, de modo que solo ve la mitad de su cara; así está mejor. Menos mal, piensa, que no puedes verte mientras lloras, porque solo serviría para llorar más. Ruth tiene la sensación que se le queda después de las peleas: de que la han herido, de que ha hablado de más, de querer retirar todo lo que ha dicho. Y también de liberación. Ahora estoy abierta, piensa.

El amor es una cosa tan improbable, ¿se puede decir que está uno «enamorado» de alguien después de tanto tiempo? ¿Se puede querer a alguien que te ha herido en lo más hondo? Ruth pone pasta de dientes en un cepillo de cerdas abiertas. Nunca seré madre, le dice a su reflejo, pero comienza a cepillar antes de que pueda haber respuesta. Es solo ella misma, no puede ser nadie más. Se inclina y escupe en el lavabo; se aclara con agua del grifo y vuelve a levantar la vista hacia el espejo. Y la voz que oye es la de su madre: «¿Acaso pensabas que todo sería coser y cantar?».

Ruth escucha el clic de la planta de abajo, debe de ser Aidan, apagando la luz del vestíbulo. Sí, ahora se oyen los pasos por las escaleras. Pasa de largo, no pases de largo. Contiene el aliento cuando él llega a la puerta del baño, pero Aidan enciende la luz del rellano, sube el tramo siguiente, hasta el dormitorio, y se oye otro clic. La luz de la mesilla. Ruth se lo imagina mirando la habitación, con la maleta aún sin deshacer apoyada contra la cajonera y la cama deshecha. El ruido áspero de correr las cortinas. Ruth apaga la luz y cierra con suavidad la puerta del baño. Vacila en el rellano. No va a ir con él todavía.

Por la ventana del trastero ve que el resplandor amarillo de la farola se refracta en el árbol y crea una forma de luz y oscuridad. Enfrente ve el techo de la casa del guarda del parque, la malla de la verja de la

pista de tenis, setos y coches aparcados. La carretera brilla como si hubiese llovido mientras ellos discutían, se ahogaban, se salvaban.

Se oye un repiqueteo en las escaleras, pero no viene de su casa, es alguno de los niños de la puerta de al lado, que se han quedado despiertos hasta tarde, o quizá un padre corriendo escaleras arriba para comprobar que están bien.

Ruth podría haberse marchado, aún podía. Pero cada vez que ha oído su propia voz ese día, resonando en su mente —«huye, quédate»—, se ha quedado, ha avanzado, ha elegido la dependencia después de todo.

Se oye otro ruido procedente del dormitorio, pero Ruth sigue vacilando. Necesita un minuto más. Un minuto más para mirar por la ventana, para ver cómo caen las sombras en la calle, fuera. Un minuto más para contemplar las sombras que caen también dentro de la casa. Un minuto más de simplemente existir.

Y, cuando ese minuto se acabe, irá con él. Irá con su marido, y le pondrá la mano en el pecho, piel con piel. Y si él no se encoge ante su gesto, si la mira, o la toca a su vez, entonces se inclinará hacia él y dirá: Sé lo que quiero. Que seamos de nuevo nosotros.

23.53

Es tarde.

Pen no sabe la hora, ni cuánto tiempo hace que Alice bajó las escaleras. Cuánto tiempo ha pasado desde que se abrazaron.

Claire ve la luz por la rendija de la puerta y la abre un poco más. Pen tiene dieciséis años, pero sigue siendo su niña.

—¿Está bien Alice? —pregunta su madre, y Pen asiente porque es demasiado complicado, aunque también sea simple, muy fácil de ver ahora. Los «bajones» que le daban a veces a Alice. El miedo que le atravesaba el rostro cuando un chico o una chica se acercaba demasiado. El hecho de que siempre estaba en el centro pero decía que se sentía fuera.

Claire entra en la habitación.

—¿Vosotras sois solamente amigas, o puedo preguntar…?

A Pen le arde la garganta. Un pequeño temblor. Alice no es su Alice, pero esa historia no tiene que contarla ella.

—Me quiere como amiga —dice Pen.

—A ver, hazme sitio. —La madre de Pen se mete en la cama con ella y no la mira; solo sus hombros se tocan, está bien—. Pen, ya sé que a lo mejor ahora no lo ves, pero los mejores amigos son las relaciones más importantes en la vida.

Claire hace una pausa y Pen sabe que su madre va a decir algo más.

—Si quieres hablar o algo… —dice Claire, y se detiene—. Quiero decir, que hablar es mejor que hacerse cortes…

—¡Mamá!

—Lo siento, Pen, es solo que no importa…

—¡No voy a hacerlo más!

—Bueno, me alegro de oírlo. No te juzgo, Pen.

Y es gracioso-raro, porque la idea de cortarse de nuevo ni siquiera se

le había pasado por la cabeza. Pen siente cierta calma. El plan no había funcionado, pero a lo mejor el amor era así. La casa hace clic y se queda en silencio, clic silencio, clic silencio, a su alrededor.

Claire le frota la rodilla a Pen por encima del edredón.

—¿Se puede?

Pen asiente porque no solo se puede, se agradece. Algo en el interior de Pen, su corazón, se relaja. Y piensa que ojalá pudiese hacer que Alice se sintiese de ese modo.

—Estoy orgullosa de ti, Pen. Porque el amor da miedo, y a pesar de todo tú te has arriesgado.

—Vale —contesta Pen.

—Bueno, venga, a dormir. No todos somos adolescentes de energía inagotable.

Pen escucha la voz de Claire. Es briosa de nuevo, y las notas son cálidas y amables. Eso quiere decir que todo irá bien.

23.55

Lo han hecho centenares de veces antes. Ruth da dos pasos hacia su marido, y en medio del silencio oye su respiración, pesada, como si estuviese levantando algo. Es tan familiar, tan precisa, su forma de colocarle la mano en el pecho y de pasarle un dedo por encima. Él levanta levemente la cabeza, ella inclina la suya, sus labios se encuentran; el acto de un beso es casi obsceno. Aidan separa los labios y ella le mete la lengua en la boca, qué ritual tan extraño, piensa Ruth, mientras le acaricia la lengua con la suya. Un beso.

Sin querer, él empuja las caderas contra las de Ruth. Aidan se pregunta cuánto tiempo llevan sin hacerlo, sin desearse. Espera, podría decir, espera. Ruth se quita la camisa y él contempla cómo se descubre su piel, quiere, de repente, colocar los labios en ese plano suave y desnudo. Le tiemblan los dedos.

Ruth se desabrocha el sujetador. A lo mejor va demasiado rápido, demasiado. Espera, podría decir, espera. Pero sus manos siguen moviéndose, su cuerpo se acerca al de Aidan, que extiende la mano para tocarla. Cuando empiezan a hacer el amor, Ruth piensa: esto es maravilloso, pero las palabras no permanecen en su mente, y de todos modos no expresan lo que ella quiere.

—Hola —dice Aidan, con la cara en la almohada, junto a ella. Le quita un mechón de los ojos con suavidad.

—Hola —contesta Ruth—. ¿Ha estado bien?

—Sí. —Aidan espira largamente y cierra los ojos durante un momento—. Pero ahora estoy muerto.

Echa el edredón sobre ellos para ocultar las pruebas, y Ruth se sonríe ante ese hombre que siempre ha odiado hablar después del sexo.

—Un día largo —se permite decir.

—Sí.

Ruth lo mira; ahora ya tiene los ojos cerrados.

—Voy a por agua; ¿quieres una poca?

—No, estoy genial.

Mientras va caminando por ella, la casa parece distinta. A lo mejor es acogedora de nuevo. Tras regresar al dormitorio, Ruth se queda un momento en la puerta, observando a Aidan. Está dormido, como alguien que tiene la conciencia tranquila. «No le des vueltas, Ruth. Déjalo estar».

Pero no es fácil, nunca ha sido fácil dejar que la gente sea como quiere contigo. Ruth se desliza en la cama, pensando en la ceremonia y en las palabras que escribieron, en la esperanza y en la perfección, en cómo la había mirado él. Y en que él había cerrado los ojos esa noche, mientras hacían el amor. Me folla, no me folla, me folla. El sexo, piensa Ruth mientras se acomoda sobre la almohada, el sexo no lo arreglaba todo. Pero significaba algo. Abajo, él había dicho que ella lo había abandonado. Y no obstante, allí están, no hay nadie más, no hay otro tiempo, no hay otra persona.

Era su broma preferida desde el principio: que Aidan la cuidaba, la alimentaba, la mimaba y la atendía, pero Ruth, ahora se daba cuenta, no quería que aquello se quedase en una simple broma. Él se quedó de piedra, su rostro lo traicionó, se quedó petrificado al oírla decir que ella también estaba pasando su duelo. A ella le entraron ganas de decir: si no sabes eso, no estás prestando atención, no me estás atendiendo en absoluto. Ahora está harta de todo, de darle vueltas a todo, y se aparta ligeramente de él. Aidan suspira y se gira para enroscarse con ella; luego respira profundamente de nuevo. No había estado atento. Pero ella tampoco, por otro lado.

Aidan no había entendido, o al menos no del todo, que el trabajo de Ruth no suponía tanto un consuelo como una forma de hacer algo nuevo. Algo que estaba fuera de ella, pero que al mismo tiempo venía

de su interior. En realidad es difícil de expresar, pero quiere eso para sí, y también quiere volver a Aidan, hablarlo con él, compartirlo con él, todo. Porque no ha oído ni sentido ni visto nada hasta que se lo ha dicho a Aidan. Y esa es la revelación de hoy, aunque es un hecho que siempre ha estado ahí: el único camino que hay para ella es estar en esto de forma completa. No más huidas.

Ruth se siente ahora muy cerca de él; su respiración suave le susurra contra el cuello. Tendrá una familia. Aunque esa familia tenga una forma distinta a la que ella pensaba.

¿Qué le había dicho a esa chica antes? Nombra una cosa que veas. Ruth mira el contorno de las cortinas y del armario, y piensa: esta es mi vida. Nombra una cosa que sientas. El edredón enredado entre las piernas. Mi vida, que se asienta a mi alrededor. Nombra una cosa que toques. Aidan, por fin. Aidan.

Un futuro.

El reloj señala casi la una. Nunca lo superarán del todo, ahora lo ve, ninguno de los dos. Solo aprenderán a cargar con ello. A manejarlo, un poco, luego un poco más. Así es construir una vida con otra persona. Raro, difícil. ¿Cuándo no será difícil? Nunca, pero hazlo de todos modos. Ruth se siente cansada, pero no quiere perder ese momento, no quiere que termine.

Ruth no es fácil, quién busca lo fácil, él tampoco lo es. Otra persona sería más fácil, eso le dirá, mañana, pero espera a que haya desayunado, a que haya tomado el café, eso seguro, y díselo, ¿querías algo fácil?, ¿querías? Porque yo quería algo interesante, y todavía podemos ser interesantes, ¿no? Han encontrado un armisticio, no una solución, y mañana empezarán de nuevo y encontrarán mejores respuestas, verdades diferentes y encontrarán un camino, un sendero, no todo está perdido, no es demasiado tarde, aún queda tiempo.

¿Cuál era la pregunta?

¿Es esto lo que quieres?

En la oscuridad, mientras respiran suavemente, la esperanza, el

amor, la amabilidad y la aceptación. ¿Es esto lo que quieres? En la oscuridad, pero también en la luz. ¿Es esto lo que quieres?

Sí, piensa ella, sí, esto es. Sí.

1.15

Nada de chicas besándose.

—¿Podrías ser de todas formas mi novia aunque no quiera sexo? —preguntó Alice al final.

Y Pen no había llegado a responder porque no quería que pareciese que solo quería a Alice para una cosa. Pero a Pen le gustan las chicas, quiere mantener relaciones sexuales de verdad con una chica, y guarda esa verdad en su interior.

Pen se pregunta si a Alice le pasa lo mismo, si siente que ser distinta te hace peligrosa. Recuerda a su madre y a su padre hablando de ella, usando palabras como hipersensible, síndrome y diagnóstico. Su madre la había llevado a hacer un montón de pruebas, había insistido y presionado a pesar de que tanto el médico de cabecera como la directora la tildaban de difícil, hasta que Claire dijo que entendía lo que Pen estaba pasando. A veces Sandy la miraba, se olvidaba e intentaba tocarle la cara, como si estuviese comprobando si Pen estaba de veras allí y, cuando Pen se apartaba, negaba con la cabeza. Y luego llegaron las peleas y los portazos, los gritos de Pen, la casa de Lauren y la cuchilla, los sollozos de Claire y Sandy sentado en el coche, llorando, con la cabeza en el volante.

Y ahora viven allí, Pen va a una escuela normal donde ella no es normal, pero es ella misma, y su madre también es ella misma y a su hermana se le da genial el arte, pero no puede dormir sin luz, y se estresa tanto con el colegio y con ver a su padre que a veces vomita. La madre de Pen dice que nunca volverá a querer a nadie, y suelta carcajadas pero también llora por teléfono con su mejor amiga, Lisa, que acaba de tener un bebé y está preocupada por la edad, porque

tendrá más de sesenta cuando la niña aún esté en la escuela, por Dios. Y Alice, la chica más popular de la clase, es asexual.

No hay normalidad, así que esto es normal.

Pen piensa en Alice durmiendo abajo, en las sábanas y el edredón, el hueco en el medio, el resplandor del reloj del DVD, el ruido del frigorífico que se oye por la noche, los ruiditos de los radiadores al enfriarse, quizá un coche que pasa y aminora la velocidad por los semáforos. Pero quizá Alice esté dormida, y su respiración sea tranquila y regular. Pen lo espera, Pen espera que duerma bien y profundamente. ¿Había dicho y hecho lo correcto con Alice? Mañana pensará en palabras mejores, mañana fluirán las palabras, mañana escuchará.

Pen se da la vuelta, cierra los ojos, desliza su mano entre las piernas y aprieta la cabeza contra la almohada. Y piensa en lo que no ha dicho. En que quería gritar: «Yo solo intentaba quererte, como hacen los demás». Pero su madre tenía razón, y de momento basta con que Pen no esté sola, con que esté ahí su mejor amiga, ya vendrán otros tipos de amor. Los hombros de Pen se relajan un poco. Mañana. Pen no está segura de lo de mañana, pero hoy ha sido bastante. Susurra una palabra, *libera*; las sílabas le llenan la boca de terciopelo, de esperanza.

Pen empieza a frotar. El tejido del pijama es fino, y siente el calor de los dedos mientras se toca, suavemente al principio. El algodón se hace una bola, así que mete la mano por debajo del elástico. Su corazón empieza a latir un poco más fuerte y siempre es así, cuántas cosas en las que pensar, elige una, concéntrate en una. Pen siente la suavidad de la palma mientras la desliza sobre ella, y coge un poco de humedad con la mano. Empieza a mover el dedo corazón. En círculos, alrededor, alrededor. Directo, no lo desvíes, vale, Pen, sabes cómo hacerlo. Pen siente que se acerca la culminación mientras desliza un dedo en su interior. La presión del segundo, ahora dos dentro, retorciéndose en la humedad. Ese es su cuerpo. Su placer. Su deseo. Todo suyo. Lo siente

en esos dedos primero, una contracción, luego un espasmo que se expande por su cuerpo.

Ya está aquí.

AGRADECIMIENTOS

Simon Prosser creyó en este libro desde el principio. Un sincero agradecimiento para él por su entusiasmo y su generosidad, y para Hermione Thompson, Anna Ridley, Leah Boulton y, por supuesto, para Hamish Hamilton. Gracias también a Karolina Sutton y Molly Atlas por su amistad y sus expertos consejos, y a todo el equipo de Curtis Brown, en particular a Claire Nozieres y a Enrichetta Frezzato. También querría agradecerles a Penguin Random House y a Laura Salas Rodríguez su cuidadosa traducción. Además querría darles las gracias a Jody O’Neill y Eleanor Walsh por sus observaciones a la hora de escribir sobre autismo. Empecé este libro mientras era escritora en residencia en el National Maternity Hospital; mi agradecimiento a todos allí. Regresar a mi trabajo como académica durante el covid me ha hecho sentir aún más agradecida de lo normal por todos mis maravillosos compañeros y nuestros alumnos en la Escuela de Inglés, Teatro y Cine en la University College Dublin.

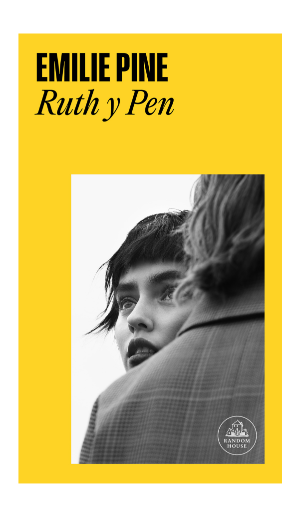
A mi familia de amigos, un sentido agradecimiento. Por momentos específicos de consejos sobre escritura, gracias en particular a John Butler, Anna Carey, Alex Marrable, Tony Roche y Pádraic Whyte.

Gracias a mi hermana, Vanessa, por su alegría, sabiduría y fortaleza. Y gracias a mis padres, Melanie y Richard, por todo lo que me han dado, y por ser siempre tan brillantes.

Este libro es para Ronan, de nuevo y siempre.

Galardonada con el Kate O'Brien Award Ruth y Pen es el debut novelístico de Emilie Pine, autora de *Todo lo que no puedo decir*. Una obra luminosa, inteligente y de una delicadeza conmovedora, que retrata los límites del dolor y del amor, de cómo navegamos por aguas conocidas y desconocidas y del valor que exige encontrar la fuerza para seguir adelante.

«Una exploración desgarradora y cruda del valor necesario para encontrar tu lugar en el mundo».
The i



Dublín, 7 de octubre del 2019. Un día, una ciudad, dos mujeres: Ruth y Pen. No se conocen, pero ambas se hacen las mismas preguntas: ¿Cómo habitar el mundo en completa sintonía con los demás y, a la vez, con uno mismo? ¿Cómo encajar y hacernos un hueco cuando el destino pretende excluirnos?

El matrimonio de Ruth con Aidan pende de un hilo, y hoy ella debe tomar una decisión: quedarse o partir para siempre, arriesgarse y tender puentes o cortar por lo sano. Para Pen, una adolescente de diecisiete años, hoy es el día en que las palabras fluirán, le contará su verdad a Alice y le preguntará lo que tan desesperadamente desea saber.

La crítica ha dicho:

«Emilie Pine es una de las voces más importantes de la nueva literatura irlandesa. Todo lo que escribe está impregnado de sabiduría».
David Park

«Emilie Pine escribe sobre las grandes y las pequeñas cosas: la amistad, el amor, la fertilidad, el dolor; levantarse, ducharse, coger el autobús. Ya lo hizo en su sorprendente colección de ensayos *Todo lo que no puedo decir*, y lo vuelve a hacer en su igualmente sorprendente novela debut *Ruth y Pen*».
Chloë Ashby, *The Spectator*

«Impresionante. Pine explora con gran agudeza y ternura la reparadora y amplia naturaleza del amor. Un libro inteligente y agradable».
Daily Mail

«Un libro sobre aquellas cosas que la gente duda de comentar en público, como el aborto natural, los problemas maritales, la sexualidad, la salud mental y el autismo».
Cristín Leach, *RTÉ*

«Pine se desmarca de los clichés que acompañan la representación de los personajes autistas en la literatura y el cine».
Hephzibah Anderson, *The Guardian*

«Pine hace que sus capítulos sean enérgicos, escribiendo con una afable curiosidad que hace recordar a Ali Smith. La sopesada pero tierna yuxtaposición que hace Pine de la vida de las mujeres no dibuja paralelismos demasiado nítidos, sino que demuestra que una necesita a la otra: la joven necesita a la mayor, la optimista a la pesimista, la introvertida a la extrovertida. Y nuestros opuestos pueden ayudarnos a encontrar la claridad».
The i

«Pine fortalece su reputación como una de las escritoras más empáticas del país».
The Irish Examiner

«Cruda y emotiva. La habilidad de Pine para introducirse en la cabeza de dos personajes tan diferentes es una clara señal de promesa literaria».
***The Sunday Times* (Irlanda)**

Emilie Pine es profesora asociada de Dramaturgia en el University College de Dublín. Es editora de la *Irish University Review* y, como académica y crítica, cuenta con gran cantidad de publicaciones sobre cultura y memoria. Es autora de *Todo lo que no puedo decir* (Random House, 2020), su primera colección de ensayos, best seller seleccionado como Irish Book of the Year en 2018, y de *Ruth y Pen* (Random House, 2023), su primera novela.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Título original: *Ruth & Pen*

Primera edición: octubre de 2023

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
a partir del diseño original de Penguin Random House UK
Fotografía de portada: © Takuya Uchiyama/Trunk Archive

ISBN: 978-84-397-4185-5

Compuesto en: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros

Notas

[1] En castellano en el original. *(N. de la T.)*

[2] Emily Dickinson, «Sentí como un entierro», en *Morí por la belleza*, Penguin Random House (2017). Traducción de Carlos Pujol. *(N. de la T.)*

[3] Andrew Marvell, «El jardín». Traducción de Nicolás Suescún para *Saltana. Revista de literatura y traducción*. *(N. de la T.)*

[4] Los poemas mencionados son, por orden: «Cuenta este día como un día perdido», de George Eliot; «El mercado de los duendes», de Christina Rosetti, y «XLIII», de Elizabeth Barrett Browning, en traducción de Xandru Fernández y Gonzalo Torné para la *Antología de poetas inglesas del siglo* XIX, Alba Editorial (2021); el último es el fragmento inicial de «Aurora Leigh», de Elizabeth Barrett Browning, en versión de José C. Vales para el volumen homónimo de Alba Editorial (2019). *(N. de la T.)*

[5] *I am the captain of my fate*, cita inexacta del poema «Invictus», de William Ernest Henley. Los versos finales del poema en realidad dicen: «I am the master of my fate / I am the captain of my soul» [«Soy el dueño de mi destino / soy el capitán de mi alma»]. *(N. de la T.)*

Índice

Ruth y Pen

6.19

7.10

7.23

8.01

8.30

9.51

9.52

10.18

10.19

10.33

10.38

11.10

11.30

11.30

12.07

12.43

12.45

13.05

14.00

14.25

14.45

14.45

14.45

14.55

15.10

16.00

16.13

16.40

17.05

17.08

17.12

17.58

18.01

18.20

18.20

19.45

20.13

21.15

21.25

22.00

22.26

22.31

22.32

22.50

22.51

23.07

23.08

23.40

23.53

23.55

1.15

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Emilie Pine

Créditos

Notas